

TÚ NO ERES QUIÉN PARA JUZGARME A MÍ

Autora: M.<sup>a</sup> Carmen Artaloytía Lázaro

Título: Tú no eres quién para juzgarme a mí

Autora: M.<sup>a</sup> del Carmen Artaloytía Lázaro

Notas de la autora.

Siempre he sentido una gran impotencia ante las injusticias y una gran injusticia es imponernos a quién tenemos que amar y cómo.

Deberían ser analizados los comportamientos de las personas que persiguen a los que aman sin distinción de sexo.

Esta historia es ficticia, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

He querido plasmar la historia de una mujer que desde pequeña se dio cuenta de que no sentía como sus amigas y no se doblegó a lo que su cuerpo le marcaba, fue libre, rompió las ligaduras que la ataban a la razón que la sociedad quería imponerla.

Se enamoró y consiguió el amor de cuatro hermosas mujeres.

Alejandra, que era virgen, Judit, cuyas pasiones la llevaron hasta lo prohibido, Mirian, que le hizo sentir el aguijón de los celos, y Arancha, a la que amó hasta el borde de la locura y ni la muerte consiguió separar de ella.

El amor le hizo atravesar la barrera entre los sentimientos y las sensaciones, sintió e hizo que sintieran placeres y pasiones sin límites.

El amor no tiene control,

es el fuego que hace arder la jara,

la lluvia que cae de la nube,

los rayos de sol que aparecen al amanecer,

el agua del mar al romper en la arena.

Es lo que yo he querido transmitir en mi historia.

*Se la dedico con todo mi amor  
a mis nietas,  
a mis cuatro amores, mis hijos.*

«Tengo el corazón roto de dolor, las lágrimas corren por mis mejillas, debo contar mi historia, se lo debo a los corazones que amaron y sintieron las pasiones prohibidas. Corazones envueltos entre el dolor y el placer, rasgados al inicio de sus vidas, perseguidos y ajusticiados por el hombre.

Escribo esta historia, por ti Aroa, me pediste que lo hiciera, desde mi alma gracias por todo lo que me ayudaste».

Vuelven los recuerdos, los años de mi vida en los que pasé de niña a mujer, en su transcurrir todo parecía cambiar y nada cambiaba solo las formas, el mundo giraba entre el poder y el sexo, entre el bien y el mal. Las religiones ayudaban a caminar y eran interpretadas según convenía.

Yo pertenecía a una familia formada por mis padres Ángela y Francisco; mis hermanos, Francisco de dieciséis años, moreno, con grandes ojos negros, alto, era el más guapo, siempre estaba de bromas; Ángela, de catorce años, rubia con ojos azules, más bien bajita, no sabría decir si era guapa o fea, siempre estaba de mal humor y por fin, yo, flacucha, pelo castaño, pero eso sí, mis ojos, mis ojos tenían un color especial, como decía mi padre «ojos del color de la miel», era la rebelde, mi abuela, la madre de mi padre, me adoraba, siempre me defendía de los castigos, me disculpaba diciendo «si es una niña, solo tiene doce añitos».

—¡Candela, Candela!

Mi madre me llamaba y al no recibir respuesta subía más el tono de su voz, escuchaba el sonido de sus pasos, venía a mi habitación que compartía con mi abuela por ser la más pequeña de los tres. Metí el cuento debajo de la cama, mi madre entró sin llamar.

—Candela, llevo media hora buscándote. —Le enseñé el libro de lengua que disimuladamente había cogido.

—No tardes, te estamos esperando para cenar.

Cerró la puerta. Cuando terminé uno de los capítulos del cuento me dirigí al comedor, entré y me senté al lado de mi hermano, al que di un empujón, lo que hizo que los vasos se tambalearan, Ángela se incorporó de la silla e intentó darme un bofetón,

pero yo lo esquivé y dio a la jarra del agua, que se cayó al suelo. Mi abuela dio un respingo y en lugar de reñirme a mí se metió con mi hermana.

—¡Ángela! Vaya niña...

Mi madre me miró resignada.

—Cuando venga tu padre se lo pienso decir y abuela, no ha sido Ángela, es Candela la culpable.

La frase preferida de mi madre era que todo se lo iba a contar a mi padre; bastante tenía él con sus jornadas interminables trabajando como cocinero en un restaurante.

Mi barrio era muy castizo, estaba a las afueras del pueblo, le llamaban «Las cigüeñas» debido al gran número de ellas que anidaban en el campanario de la iglesia; no era un barrio conflictivo.

Me dirigía al instituto cuando me encontré con mis mejores amigas: Irene, Claudia y Nuria, eran diferentes tanto en el físico como en el carácter. Nuria tenía los ojos marrones, el pelo castaño y era la más alta; Claudia con ojos azules, rubia de estatura mediana, siempre estaba seria; Irene tenía los ojos muy negros, morena, la más bajita y la más desconfiada.

—Hola —dijeron al unísono.

—Uhhh... —contesté

Irene me preguntó:

—¿Qué te pasa? Estás muy seria

—¡Bah! —la respondí.

—Déjala, le habrá venido la regla —replicó Claudia.

Desistí de hablar y de pronto aparecieron los de siempre: Lolo, David, Juanito y Pepín; al vernos se quedaron momentáneamente paralizados, pero enseguida reaccionaron con las estupideces de siempre.

—¡Hombre! —dijo David—, aquí vienen las gatitas salvajes.

Si había algo que me sacara de quicio era que me pusieran motes; sin pensarlos dos veces les tiré una piedra que pasó rozando la cabeza de David, lo que les enfureció y salieron corriendo tras nosotras, que tuvimos que salir disparadas y entrar en tromba en la clase. La señorita puercoespín, como llamábamos a doña Victoria, porque tenía los pelos como escarpas, nos miró por encima de sus gafas.

—Vaya, vaya, ya entramos como siempre.

—Buenos días, **doña** Victoria —dijimos las cuatro al mismo tiempo.

Se oyeron risas, presentí que la mañana no sería buena para mí.

—Candela, haga el favor de salir al encerado.

Me miré al espejo, aquella niña flacucha y delgada había cambiado, estaba más alta, el pelo no muy corto se me había ondulado, las facciones más alargadas, sobresaliendo unos pequeños pómulos que me daban un aspecto de fuerte personalidad, mis labios ni gruesos ni delgados perfilaban una boca grande, las cejas finas encima de unos ojos que seguían siendo del color de la miel. Mi hermano solía decirme: «Candela, cuando miras fulminas». Me gustaba mi cuerpo, un cuerpo atlético, pero de formas suaves, lo cuidaba haciendo deporte, sobre todo natación, baloncesto y kárate.

Mis amigas y los chicos también habían cambiado; Nuria se había hecho más atractiva, a Claudia se le empezaban a perfilar las curvas y a Irene se le habían agrandado sus ojos negros haciéndolos más profundos, a ellos les empezó a salir barba y después de tantas riñas ahora eran nuestros ligues. A Claudia le gustaba Lolo, a Nuria Pepín, a Irene Juan y David estaba coladito por mí. Yo observaba que tenía sensaciones distintas de las que ellas sentían por sus parejas. Desde un principio fui diferente, no me gustaron los vestidos con muñequitas, ni lazos en el pelo, ni aquellas manolitas, me daba mañas a romperlos y quedarme como decía mi abuela hecha un ecce homo. Mi madre, pobre mía, se resignaba; para abrirle los ojos ya estaba mi hermana.

—Madre, ¿pero no ves que actúa como un chico?

Francisco salió, como siempre, en mi defensa.

—Hay que ver, Ángela, no te das cuenta de que es todavía una niña.

—¿Una niña? Yo creo que ya va siendo mayorcita para comportarse como lo hacen los chicos.

Dejaba correr el tiempo y no quería enfrentarme a mi verdad, a descubrir lo que ocurría en mi interior, tarde o temprano tendría que enfrentarme a la realidad y solo tenía dos opciones, aceptarlo y luchar o aceptarlo y resignarme.

Mis amigas vestían con faldas estrechas, blusas con generosos escotes y zapatos de tacones altos, en cambio yo vestía con vaqueros rotos, camisas de chicos, botas tobilleras y sandalias de cuero.

Ellas contaban lo bien que se lo pasaban con sus parejas y qué maravilloso cuando se besaban o tocaban, a mí David intentó besarme varias veces y no le dejé, no sentía ninguna atracción por él, al contrario, me producía cierto rechazo. Empecé a

comprender que no era como ellas, percibía ciertos sentimientos cuando me relacionaba con chicas, mi cuerpo empezaba a despertar y sentir sensaciones que necesitaban ser calmadas.

Intentaba engañarme a mí misma diciéndome que eso pasaría, que cambiaría, que era culpa de la pubertad, otras veces caía en la desesperación y comprendía que eso no pasaría nunca porque había nacido de esa condición.

Estábamos muy ilusionadas, porque nos íbamos a confirmar el próximo año, el padre Antonio, que era misionero, nos estaba preparando para ello. Sentíamos cómo Jesús nos protegía, que todo nos lo perdonaba, que estaba al lado de los marginados, de los pobres, de los pecadores. Si Jesús perdonó y no juzgó, ¿quién puede hacerlo? Me preguntaba si se podían juzgar sentimientos que salen de tu corazón y que **no** buscas.

Coincidimos con los chicos en el parque y David intentó tocarme, no me gustó, al contrario, me sentí mal y me enfadé con él.

—¿No somos novios? Candela, qué rarita eres.

Lo miré con espanto, ¿novios? Ni siquiera me lo había planteado, es verdad que siempre estábamos juntos, pero en grupo y no solos, pero él lo daba por hecho.

—¿Qué ocurre, Candela? —me preguntó enfadado al ver que no hablaba.

No sabía qué decirle, le apreciaba solo como amigo, mis sentimientos estaban cada vez más consolidados, me atraían las mujeres y no podía evitarlo.

—No estoy preparada. —**No** sé cómo me salió aquella respuesta.

—¿No estás preparada para qué?

—David —no sabía cómo salir de aquello—, no quiero tener novio y ni siquiera sé lo que quiero.

—Tú lo que eres es una creída, que solo quieres jugar con los sentimientos de los que te quieren.

Me sentí mal, no había querido hacerle daño, no se lo merecía, tenía que haber sido más sincera conmigo misma y con él, debería haberme enfrentado a la verdad y aceptarla, pero tenía miedo a las reacciones de mi familia, de mis amigos...

Me refugié en los estudios y evitaba encontrarme con ellos. ¿Qué les iba a decir? ¿Qué pensarían? David sin saberlo me ayudó dejando circular la noticia de que me había plantado porque era una «estrecha».

Se quedaron boquiabiertos cuando les dije que quería ir a la universidad, mi madre se quedó confusa.

—¿Cómo te vas a marchar tan lejos y de dónde sacaremos el dinero para pagar tus estudios?

—¿Le vais a hacer caso? —saltó mi hermana—. No veis que no sabe lo que quiere, que está como una cabra.

Francisco, como siempre, me echó una mano.

—Ángela, ya vale; vamos, madre, Candela es muy buena estudiante, puede optar a las becas y Madrid no está tan lejos; además, yo le echaré un cablecito.

Abracé a mi hermano, sabía que nunca me fallaría, trabajaba como mecánico en un importante taller, aunque sabía que ciertas decisiones tenía que tomarlas también con su novia, una chica fea y flacucha que a mí no me caía bien y yo a ella tampoco.

Se lo comenté a mis amigas.

—¿Tú, universitaria? —dijeron las tres al mismo tiempo.

Quería poner tierra de por medio, tenía la esperanza de que cambiando de ambiente y teniendo nuevas amistades cambiaría, ¡qué inocente! En el transcurrir del tiempo comprendí que no era yo quien tenía que cambiar, ni huir, ni avergonzarme, quienes tendrían que cambiar eran las personas que rechazaban a los que amábamos de otra manera. ¿Quiénes eran ellas para juzgarnos, rechazarnos y dar nombre a lo que sentíamos? ¿Sentir y amar es pecar? ¿Cómo se atrevían a juzgar nuestros sentimientos? ¿Tan limpias estaban? Recordé la parábola de la adúltera.



Mi llegada a la universidad no fue con buen pie (como diría mi madre), me verían de otra especie al venir de un pueblo y no entenderían cómo una pueblerina podía vestir con vaqueros rotos, camisas de chicos, pelo alborotado y un *piercing* en la oreja; pensarían que tendría que llevar falda de cuadros y medias de lana.

El primer encuentro amistoso lo tuve con Cristina (Cris para los amigos).

—¡Oye! Este sitio está ocupado.

Me pregunté por quién, ya que era el primer día de clase, pero no tenía ganas de discutir. Al salir del aula estuve fijándome en el resto de mis compañeros, uno de ellos rubio con ojos azules, muy guapo, me estaba mirando y sonreía, bajé la mirada; al intentar salir me lo impidió poniéndose en medio.

—¡Qué prisas! Me llamo Darío —me tendió su mano.

—Candela.

—¿Te vienes con nosotros? Vamos a tomar algo.

Fui cortante, no quería caer en posibles errores.

—No, gracias.

Él no se rindió.

—Ya quedaremos.

La universidad me gustaba cada vez más, me relacionaba con la mayoría de mis compañeros y entablé amistad con dos chicas, Cecilia y María, íbamos a la discoteca, al cine y al gimnasio. Mi físico me preocupaba, quería estar en forma y hacía natación, kárate y tenis.

Darío estaba muy pesado, no se rendía nunca, salía con un grupo de chicos entre los que se encontraba la que me dio la bienvenida, Cris. Había otra chica rubia con ojos que brillaban como los cristales cuando la luz entra en ellos, con unos labios muy sensuales, su nombre era Alejandra. Los rumores que circulaban es que estaba coladita por Darío, gracias a él me aceptaron en su grupo. Cris no me soportaba, lo que provocaba cierta tensión entre nosotras.

Aquella noche quedamos para ir a la discoteca. María y Cecilia me dijeron que ellas no iban con aquellos pijos, que no los aguantaban, ¿qué podía hacer? A mí me atraía la idea de ir con Alejandra. María me preguntó.

—Candela, ¿a ti te gusta Darío?

Tuve miedo y no quise decirles la verdad de que quién me gustaba era Alejandra.

—No sé...

—¿Cómo que no sabes? Pero qué borde eres; si no te gusta, ¿para qué le haces ilusiones?

Eso no lo podía consentir.

—¿Ilusiones de qué? ¿Salgo a solas con él?

—Tú sabrás lo que haces, pero con nosotras no cuentas.

—No os enfadéis, nos veremos allí.

—Si nos ves, ni te acerques.

—¿Y si voy sola?

—Mira, Candela, aclárate de una vez —respondió Cecilia.

Darío estaba eufórico, no paraba de reír, Alejandra y Cris juntas como siempre, el resto de nosotros a nuestro aire.

Entramos en la discoteca y me dirigí a la barra para ver si veía a mis amigas, Darío me empezó a hacer señas, habían encontrado una mesa. Me senté al lado de Alejandra que se quedó sorprendida, Darío me miró desconcertado.

—Candela, vente a mi lado —me dijo.

—No —contesté rotunda—, me quedo aquí.

Nos trajeron las bebidas, Cris me fulminaba con la mirada, con cierto desdén me llevé el vaso a los labios, entonces ella me empujó provocando que el vaso me diera en los dientes y el líquido se derramara, no lo pensé dos veces y le di un sonoro bofetón que hizo que se tambaleara y empujara la mesa del grupo que estaba al lado derramándoles sus bebidas; sin saber cómo, todo el mundo empezó a pegarse, me dieron un tortazo que por poco me hace perder el equilibrio, conseguí separarme de la pelea y sabiendo lo que podía ocurrir me dirigí a la salida, vi a Alejandra, su cara tenía expresión de miedo, me volví y agarrándola por el brazo tiré de ella, acabábamos de salir cuando llegó la policía.

Estábamos más calmadas y caminábamos por la acera cuando reaccionó.

—¡Qué cara tienes! Empiezas la pelea y te largas.

—Perdona, quien ha empezado la pelea ha sido tu amiguita Cris.

—Por tu culpa, que eres una borde.

—¿Yo? —Sabía que decía la verdad.

—Sí, tú eres una borde, con esos aires de chula que tienes, pasas de todo el mundo, estoy segura de que no te importa Darío y que lo haces solo para hacerme sufrir.

Recordé a David, por qué daría yo esa impresión, no quería hacer sufrir a nadie y menos a ella.

—Estás muy equivocada.

—Te conozco, eres bastante rarita, con esas vestimentas y esos modales.

—Que me conoces y que soy rarita, ¿tú de qué me conoces? Si ni siquiera nos saludamos.

Estábamos llamando la atención por los gritos que dábamos.

—Entremos en esa cafetería —le dije.

—¿Por qué? Porque tú lo digas.

—Por favor...

Pedimos unos capuchinos, la miré directamente a los ojos.

—No sé cómo empezar, estoy harta de esta situación, lo vamos a aclarar, siento muchísimo haberte hecho daño, pero no fue mi intención. Lo que te voy a decir sé que se lo dirás a Cris, a mí ya me da lo mismo, no me gusta Darío, porque a mí no me gustan los hombres, me gustan las mujeres.

—¡Qué!

Dejó el capuchino que se estaba bebiendo en la mesa.

—¡Que te gustan las mujeres! Entonces, ¿qué motivos tienes para salir con nosotros?

Pensé: «Si te lo dijera, qué sorpresa te ibas a llevar».

—No creo que tenga que darte más explicaciones ni justificaciones; cuando quieras nos vamos —dije cortante.

Por la universidad no se oían ningún rumor, todo estaba en calma, presentía que algo iba a ocurrir, aunque no sabía qué podría ser.

Esquivaba a Darío y a mis amigas, prefería irme a la biblioteca a estudiar. Mis miradas se cruzaban con las de Alejandra. ¿No había dicho nada?, era imposible, ¿me había equivocado y no era como yo pensaba? Al salir de clase oí su voz.

—Candela, espera.

Me paré.

—¿Qué quieres? —le pregunté secamente.

—No estés a la defensiva.

Cris la llamó.

—Alejandra, vamos.

—No, no me esperes.

Quiso insistir, se lo impidió con la mirada. Yo estaba desconcertada, le dije cínicamente.

—¿Cómo es posible? ¿Tú ignorando a Cristina?

Sentí que se crispaba y en tono cínico me preguntó.

—¿Puedo hablar contigo?

—Depende.

—¿Cómo eres tan borde? No puedes evitarlo, lo que no entiendo es que siendo como eres, ocultes que te gusten las mujeres.

—No lo oculto, no tengo por qué decirlo, estoy cansada, por una parte me da lo mismo que se enteren o no, pero por otra, pensando en mi familia y amigos, siento miedo.

—Las cosas han cambiado, ya no son como eran antes.

—No te equivoques, Alejandra, esto no es cuestión de épocas ni de tiempos, es de personas. ¿A qué viene tanta preocupación por mí? Ahora triunfas, no solo tienes a los moscones de siempre, también tienes a Darío.

—Precisamente porque te tengo que estar agradecida, debo preocuparme por ti.

Soltó una carcajada, al reírse echó la cabeza hacia atrás, estaba sublime, su pelo tan rubio, su boca...

—Sabes que eres un poquito maléfica.

Me miró a través del cristal de la puerta de salida, ¿estaba tonteando conmigo? Sentía los latidos de mi corazón.

—¿Sabes?, te vendría bien hablar de ello.

En eso tenía razón, contar tus miedos a otra persona y que te entendiera y comprendiera tendría que darte paz y tranquilidad.

—¿Tú crees que eres la persona adecuada?

Lo dije con cierta sorna.

—No soy tan tonta como tú crees.

Nos miramos a los ojos.

—Lo siento, a veces soy estúpida.

—Cuando quieras me llamas y hablamos.

Después de aquel encuentro me encerré más en mí misma, estaba más enamorada de ella de lo que pensaba. Era un sueño imposible, bellísima, hetero y perteneciente a una familia importante tanto en el campo financiero como en el religioso. Centré mi atención en los estudios.

Estaba en la biblioteca, dejaron caer unos libros en mi mesa. Alcé la mirada, era ella.

—Vaya con la pija.

—Oye, no me llames de esa forma.

Se sentó y empujó mi libro.

—¿Quieres pelea? —le dije bromeando.

—Quiero que me mires.

Nos mandaron callar y tuvimos que salirnos a la calle.

—¿Qué te ocurre, te aburres con tus amigos los pijos?

—Como sigas hablando así me marcho.

Me quedé callada y la miré sonriendo.

—Dime, Alejandra, ¿te gusto?

Se echó a reír.

—Eres terrible.

Nos encontrábamos al lado de las bicicletas que se arrendaban. Cogí una de ellas.

—Vamos, Alejandra, móntate en la barra.

—Tú estás loca, nunca he montado de esa manera, nos puede multar la policía.

—Por los sitios que suelo ir no nos verán. ¿Nunca ha compartido una bicicleta?

Bueno, claro, con la pasta que tienes puedes comprarte varias.

Me miró con gesto de enfado.

—Anda, tontina, móntate que pasa el tiempo.

Terminó por sentarse en la barra, su pelo rozaba mi cara, podía respirar su perfume.

—Bueno, señorita, a la derecha La Tour Eiffel siempre llena de turistas. ¡Observe el Notre Dame, está el jorobado!

Alejandra no paraba de reír, estábamos felices y contentas, paré al lado de una pizzería, nos comimos las pizzas entre risas y chistes.

—La verdad es que eres divertida.

—¿Tú crees? Si soy rarita.

—Vamos, deja eso ya.

Me manchó la cara con la salsa barbacoa.

—¡Esas tenemos!

Le llené la nariz con la nata del helado. Llegamos a la puerta de su apartamento, lo compartía con Cris y con otra chica llamada Arancha que era muy seria y selecta con sus amistades, entre las que por supuesto yo no me encontraba.

—Me lo he pasado muy bien contigo.

Le sonreí. Mientras abría la puerta me tiró un beso con la mano.

—Retiro lo de rarita.

No me dio tiempo a responder, desapareció tras la puerta.

Leí informes y artículos sobre la homosexualidad, quería encontrar respuestas, pero no las encontré, intentaba analizarme y llegar a mi fondo y me masturbé pensando en mujeres y me masturbé pensando en hombres y el placer solo lo recibía cuando pensaba en ellas, sentía y amaba como un hombre y no como una mujer.

Recordé a un hermano de mi madre, de él nunca se hablaba, le consideraban un proscrito porque se había fugado con un hombre casado. ¿No sería la genética la causante de lo que nos ocurría? Me sublevaba por tener que ser juzgada y a veces perseguida por una sociedad hipócrita, cuyos comportamientos dejaban mucho que desear.

No podía controlar lo que sentía y me dejé llevar por mis emociones, me sentía flotar entre el espacio y el tiempo. Nos íbamos a un parque donde se reunían otros universitarios con sus parejas, nos tumbábamos en la hierba y jugábamos a describir las siluetas que hacían las nubes. El tiempo seguía corriendo con su tic tac.

Aquella tarde Alejandra estaba muy pesada con ir a la discoteca, desde que salíamos juntas había evitado ir, bastantes problemas teníamos con los comentarios que circulaban sobre nosotras como para alimentarlos más, nos tachaban de pervertidas y

Darío se dio trazas a levantar el falso de que manteníamos relaciones sexuales. La mayoría de ellos tenían por dónde callar, habían mantenido relaciones con media universidad sin ningún tipo de pudor, les daba igual que fueran casados o solteros o que tuvieran pareja.

—Venga, Candela, ¿por qué no podemos ir a la discoteca?

—Alejandra, ¿quieres que hablen todavía más de nosotras? No me digas que no has oído lo que comentan.

—A mí me da lo mismo lo que digan y lo que me extraña es que a ti te acobarden.

Me enfurecí, me dio un beso.

—No te enfades.

Terminamos por ir a la discoteca, Alejandra estaba exuberante con aquellos pantalones ajustados, una blusa abierta que dejaba ver el canal del pecho y unos zapatos de altísimo tacón que resaltaban más su silueta, yo iba en mi línea, solo que el pantalón no era de los rotos y la blusa tenía cierto caché, ella me vacilaba.

—¿Cómo me ves?

—¿Cómo te veo qué?

—Eres imposible, si no lo has podido disimular, me lo has dicho con la mirada.

—Vaya con la pijilla, qué listina nos ha salido.

Sonrió, se sentó en una mesa y me dijo.

—Anda, sé buena y siéntate conmigo, esta noche no lo vas a conseguir, no vas a enfadarme.

Me sentía incómoda, todos la miraban, presentía que la noche no acabaría bien.

—Vamos a bailar —dijo levantándose.

—¿Qué? ¡Tú estás loca!

—La pista está llena y cada uno baila con quién quiere.

Era cierto, allí podía hacer todo el mundo lo que creía conveniente, emborracharse, concertar tríos, pero ¡cuidado, cuidado con los homosexuales! Esos seres tan corruptos, lascivos y pervertidos; daba igual que sus parejas fueran serias, fieles y mantuvieses un sexo sano y limpio.

—Alejandra, ve tú, yo estoy cansada.

De pronto, nos vimos rodeadas de su pandilla.

—Mira por dónde, ha venido la parejita —dijo Darío en tono burlón acercándose a Alejandra e intentándola coger por un brazo, ella lo esquivó.

—¿Qué! ¿No bailas, cariño? —le dijo.

No sabía qué postura adoptar, sabía que cualquiera que adoptase nos daría problemas, opté por la más borde y me levanté lentamente, tenía ventaja en la estatura, era más alta que Darío.

—¿Qué pasa que no os habéis metido lo suficiente y os aburrís?

Darío agarró a Alejandra del brazo con fuerza.

—Dile a tu amiguita, la que nos tenía a todos engañados, la maricona, que cierre la boca o se la voy a cerrar de un puñetazo.

—Aquí el único maricón eres tú, que nunca supiste hacer aflorar mis instintos sexuales.

La empujó y se abalanzó hacia mí, sentí un fuerte impacto en la boca y me tambaleé, de algo me tenía que servir el entrenamiento físico y el kárate, levanté la pierna y le lancé una patada en pleno rostro que hizo que se desplomara en el suelo, el resto de los presentes se **quedó** con la boca abierta, no les di tiempo a reaccionar, entre otros motivos porque nos ganaban en número, cogí a Alejandra de la mano, tiré de ella y nos dirigimos a la salida. Se había quedado muda, no reaccionaba, andábamos deprisa por **si** les hubiera dado la idea de salir **detrás de** nosotras, me tapaba los labios con la mano, no dejaba de sangrar.

—Por favor, Candela, párate ya. —**Al fin** reaccionó.

Me paré y me senté en el bordillo de la acera.

—Déjame ver —intentaba verme el labio—, está sangrando, yo he tenido la culpa —se echó a llorar.

¿Por qué siempre nos sentíamos culpables los que no lo éramos? Me incorporé y le separé las manos de la cara.

—Vamos, pijilla, no ha sido nada, además el ver a Darío desplomarse ha sido un buen premio de consolación.

Se echó a reír.

—Eres única, Candela, siempre tienes la palabra oportuna.

Estábamos tan cerca que podíamos sentir el latir de nuestros corazones, cogí su cara entre mis manos y la besé en los labios, no podía describir lo que sentí, fue como si miles de lucecitas se encendieran dentro de mí, una sensación cálida recorría mi cuerpo, empezaba a despertar al amor y al placer. Nos separamos, ella tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Te amo —susurró.



No podía contestar, la confusión me impedía hablar.

—Candela, amor mío —dijo acariciándome las mejillas.

—Alejandra, ¿sabes lo que has dicho?

Me miró a los ojos

—¿Qué ves en mis ojos?

—Alejandra, ¿tú sabes que esto supone un alto precio?

Besó sus dedos y los puso en mis labios impidiéndome seguir hablando.

Llegamos a su apartamento, estaba situado en un lujoso edificio del centro.

—Vamos, sube, te curaré el labio.

Me quedé parada, no sabía si subir o no, presentía que los acontecimientos se precipitarían.

El apartamento estaba amueblado con muebles muy caros, lo tenía limpio y ordenado, pensé en mi cuarto de la Residencia, qué diferencia, me senté en el sofá, Alejandra cogió alcohol y algodón, estaba tan cerca que podía sentir el calor de su aliento en mi cara, deseé con todas mis fuerzas amarla, poseerla, no pude evitar moverme.

—Estate quieta —dijo sonriendo.

Acercó su cara a la mía y buscó mis labios, mi lengua acariciaba la suya, podíamos sentir nuestros propios temblores, mis manos recorrían su cuerpo, desabroché su camisa y su sujetador, aparecieron sus pechos erguidos, de pequeñas aureolas, nuestras bocas seguían unidas, nuestras manos nos desnudaban, palpé su vello púbico con mis dedos y sentí un latigazo de placer, mis manos recorrían sus muslos, ella me tocaba torpemente, con miedo, mis labios recorrían su cuello, nos tumbamos en la cama, con mi cuerpo cubría el suyo, quise introducir mis dedos en su vagina pero no pude, me aparté.

—¿Eres virgen?

Sonrió.

—Sigue, amor mío.

—Te va a doler. —Recordé lo que a mí me dolió cuando al masturbarme me rompí el himen.

Volví a mis caricias, quería que su cuerpo fuese invadido por el deseo, sería menos doloroso, intentaba penetrarla con los dedos, ella se removía y se quejaba,

aquello se rompió, dio un pequeño grito y mis dedos se llenaron de sangre, se la saltaron las lágrimas, yo se las besaba.

—Perdóname, amor, perdóname.

Acariciaba su cara y la rodeé con mis brazos, la apreté contra mi cuerpo mientras mi boca buscaba la suya, fue tranquilizándose, sus manos recorrían mis ojos y mis labios, yo renuncié al placer.

Al día siguiente al salir de la universidad sentíamos el deseo de amarnos y nos fuimos a su apartamento.

Nos tumbamos en la cama, nos mirábamos, mis ojos querían entrar en los suyos, ella acariciaba mi cara, mis dedos se enredaban en su pelo, nos empezamos a besar la cara, la nariz, los ojos, con mi lengua lamía el lóbulo de su oreja, su cuello, nuestras manos empezaron a desnudarnos, con las yemas de mis dedos acariciaba toda su piel, sentí cómo su cuerpo temblaba cada vez más, puse mi boca en su sexo y con mi lengua se lo acariciaba mientras la acariciaba sus pechos, sus manos intentaban apartarme de ella, la miré, sus ojos brillaban de deseo, yo insistí, su cuerpo se arqueó y de su boca salió un gruñido, se fue relajando, la abracé, besaba todo su cuerpo, friccioné mi sexo contra su muslo y sentí el orgasmo.

Nos amábamos a través de un amor enlazado por los lazos del deseo y del placer, nuestros cuerpos se reconocían, descubrimos los rincones donde más placer sentíamos, absorbimos cada soplo que salía de nuestras bocas, fueron nuestros primeros pasos en las artes del amor, pasos que dejaron su huella en la profundidad de nuestros corazones.

Presentía que algo iba a suceder, sabía que Darío y sus amigos eran traicioneros, lo demostraban con sus comportamientos con otros compañeros. Desde la patada no se atrevían a dirigirnos la palabra, pero tarde o temprano volverían a la carga, no nos dejarían en paz.

Yo no quería dar a conocer nuestra relación y Alejandra se enfadaba, pero ella tampoco se atrevía a decirle nada a su familia, qué triste era no poder pregonar tu amor a los cuatro vientos como el resto de las parejas y sentirte orgullosa de ello. ¿Qué delito o daño cometíamos?

Saboreábamos unos helados en el parque y Alejandra comenzó a chupar el suyo con la lengua de arriba abajo mientras me miraba.

—¿Qué te recuerda esto?

—No seas obscena.

—Qué recatadita te pones a veces.

Me rodeó con sus brazos y me besó en la boca, unos chicos nos miraron y siguieron charlando, pero unas señoras se quedaron aterrorizadas y se persignaron.

—¡Alejandra! —le dije enfadada.

—¿Qué pasa? ¿Puede besarse y meterse mano todo el mundo, hasta los perros, y nosotras no?

Me eché a reír.

—¿Cómo manipulas!

Me acerqué a ella, había conseguido picarme y la besé fugazmente en los labios.

Alejandra se quejaba de tener que hacer el amor cuando no estaban ni Cris ni Arancha en el apartamento, yo no quería coincidir con ellas para evitar comentarios, ella decía que tenía derecho a hacerlo cuando deseara, para picarle le dije

—¿Y si te entran ganas en mitad de la clase?

—Nos vamos a los lavabos.

No pude evitar reírme pensándolo.

El tiempo pasaba, sentíamos una paz y felicidad completas, pero todo ello tomaría un giro macabro y nos veríamos arrastradas a un laberinto sin salida.

Cuando entré en la universidad presentí que algo iba a ocurrir. Un bedel se acercó a nosotras.

—Por favor, señorita Alejandra, vaya al despacho del director y usted, Candela, al del rector.

Miré a Alejandra, aquello no me gustaba, ella me devolvió la mirada con una expresión de angustia.

El rector era un hombre joven, grueso, de carácter severo, nunca le vi reírse, golpeé suavemente la puerta.

—Pase.

Le di los buenos días y me quedé de pie.

—Siéntese, ¿sabe por qué la he llamado?

—No —contesté fríamente, me preparaba para lo que pudiera venir, aunque nunca podía imaginarme lo que vino.

—No sé si creerla, aunque no creo que sea usted tan audaz, en fin, debería visitar más Internet.

Pensé: «Usted menos y satisfacer más a su mujer». Dio la vuelta al ordenador y me mostró la pantalla, sentí cómo la sangre subía de golpe a mi cabeza, estaba viendo una escena donde desnudas Alejandra y yo hacíamos el amor.

—¿No sabe usted qué decir?

Me vinieron a la cabeza muchas cosas, pero no sabía cómo relacionarlas ni exponerlas. Ante mi silencio siguió hablando.

—Tampoco yo le voy a hacer ningún comentario. La familia de Alejandra se la habrá llevado ya, esperan de usted la máxima discreción y no se le ocurra contactar con ella porque entonces tendrían que ingresarla en un lugar muy desagradable y a usted y a su familia los destrozarían.

Sabía que eran capaces de hacerlo, tenía ganas de vomitar, de llorar, de matarme y matar aquel cabrón y a todos los cabrones que tenía detrás. Me levanté sin decir nada y salí sin cerrar la puerta, pude oír su voz estando en el pasillo.

—Se le respetará que termine el curso, dé gracias a Dios que no se la expulse, pero no vuelva más a esta universidad.

¿Cómo podría aquel cabrón nombrar a Dios? Directamente me fui a los lavabos y vomité mientras las lágrimas corrían por mis mejillas, sentía impotencia, miles de ideas pasaron por mi cabeza, alguien me agarró del brazo y me ayudó a incorporarme.

—Vamos, Candela, tranquilízate —era Arancha, nunca pensé que pudiese tener semejante comportamiento.

Me abrazó y me dijo.

—Te juro que yo no he colgado ese vídeo, no soy tonta y sabía que entre Alejandra y tú había una relación, pero nadie tiene derecho a meterse en eso, ¿qué daño hacíais? Debes tranquilizarte y, sobre todo, no te acobardes ni renuncies, debes luchar, pero te enfrentas a personas muy poderosas, deja pasar el tiempo y termina tu carrera, el periodismo abre muchas puertas y destapa muchas basuras, entonces podrás actuar, se lo debes a Alejandra.

Me limpió la cara me dio un beso y se marchó, nunca olvidé ese momento ni aquel consejo tan certero y puro. Me fui tranquilizando, sabía que ella no había sido la culpable, fue Cris, a mí siempre me había odiado y en el único lugar donde Alejandra y yo hacíamos el amor era en el apartamento de ellas.

A pesar de mis buenas intenciones, había perdido las ganas de vivir, ni siquiera me aseaba ni me alimentaba. Miraba cómo las gotas de lluvia resbalaban por los cristales de la ventana, por unos instantes me pareció ver el rostro de Alejandra, oír su risa, ¡aquella risa!, cómo se reía una noche que estaba cayendo una lluvia torrencial y se nos volteó el paraguas o cuando estando en el parque se formó una tormenta con unos granizos, que tuvimos que meternos en un coche abandonado.

Lo que no conseguía arrancar de mis entrañas era el olor de su piel, su pelo tan rubio, su cuerpo, la intensidad de nuestros primeros besos y cuando nos amábamos desde la pasión que hacía aflorar nuestros sentimientos, no pude controlar mis sufrimientos y cogiendo una botella de cristal la rompí, cogí uno de los trozos y me lo puse en la muñeca, en ese instante sonó el móvil, era mi hermano, esa llamada me hizo recordar a mis padres, a mis hermanos, pensé en el dolor que les causaría y resurgió mi fuerza interior, la fortaleza de mi carácter, recordé las palabras de Arancha: «Se lo debes a Alejandra...», tiré el cristal y tomé una decisión, terminaría mi carrera, no conseguirían aplastarme, investigaría sobre la homosexualidad, intentaría destapar todo lo que se encuentra detrás de esas persecuciones y rechazo hacia nosotras. ¿Por qué ese afán de destruirnos, de criminalizar nuestros sentimientos, quiénes eran ellos para juzgarnos?, y buscaría a Alejandra.

Volví a centrarme en mis estudios. Era el centro de atención de la clase, murmuraban, pero nadie se atrevía a decirme nada. Mis amigas me esquivaban, tenían miedo a que pensaran que podrían tener mis mismas inclinaciones, como si ello fuera un crimen, yo las comprendía. Empecé a ir al gimnasio, quería recuperar mi fuerza, estudié hasta quemarme los sesos.

Estaba sentada en una terraza, había dejado de ir al parque y a los sitios que frecuenté con Alejandra, cuando apareció Arancha.

—¿Cómo te va? Veo que me has hecho caso.

—Qué sorpresa más agradable, Arancha. Tengo que darte las gracias y mi eterna gratitud. ¿Quieres tomar algo?

—No seas exagerada, Candela. Pídeme una tónica. Ya falta menos para que terminemos.

Nunca me había fijado en ella, ahora que estaba delante, tenía que reconocer su valentía al estar conmigo, con la proscrita. Me fijé en su pelo castaño que rozaba sus

hombros, un rostro de facciones suaves, marcado por unos finos pómulos que le daban un aspecto de cierta personalidad, sus labios, no muy gruesos, dejaban entrever una boca muy sensual, unos hermosos ojos de color pardo protegidos por unas enormes pestañas, su piel morena, sus pechos no muy grandes pero firmes, unas curvas no muy pronunciadas, unas piernas largas y de líneas perfectas.

Arancha fue directa.

—¿Qué, no me habías visto nunca?

No pude evitar reírme.

—Yo me tenía por borde, pero...

—Y ahora descubres que las puede haber más bordes que tú.

—No, no...

Me miró sonriendo.

—Si no tienes nada que hacer, podemos ir al cine.

Me quedé sorprendida, me pedía que fuéramos al cine, ¿me tenía lástima?

—Sé lo que estás pensando, estás equivocada, no te tengo lástima, solo pretendo que remontes el vuelo.

No salía de mi asombro, era peor que yo, se metía en mis pensamientos.

—No quiero complicarte la vida, te agradezco la atención que estás teniendo.

Sonriendo se levantó de la mesa, me apuntó en una servilleta el número de su móvil.

—Tú sabrás lo que haces, cuando quieras puedes llamarme.

—Págame la tónica —soltó unas monedas en la mesa.

—Oye...

Me dijo adiós sin volverse y se alejó.

Aquel gesto de Arancha me devolvió la autoestima, volver a confiar en las personas, gracias a Dios todavía había gente buena en el mundo y precisamente eran aquellas que nunca pensamos que pudieran serlo.

El tiempo pasó, no volvimos a encontrarnos. Terminé el curso con unas notas inmejorables y regresé a mi pueblo.

Hago un inciso, solo voy a relatar en mi historia las vacaciones del verano, fueron las que más marcaron mi vida. En las demás no ocurrieron hechos que merecieran la pena destacarse.

El autobús era un trasto viejo, el aire acondicionado fallaba, me encontraba sudorosa y con ganas de vomitar. Estaba muy nerviosa, mi familia no me había comentado nada de lo ocurrido y sabía que a mis padres tendrían que haberles escrito de la universidad. Mi hermano me llamaba todas las semanas, pero nunca se refirió al vídeo, ni me preguntó sobre mis inclinaciones sexuales.

Me estaba esperando en la estación de autobuses, estaba guapo con aquel aire chulesco. Me abrazó y cogió la maleta y la introdujo en un coche nuevo.

—Vaya, se ve que has prosperado.

Se echó a reír.

—Tomemos un refresco.

Sabía que iba a hablarme y quería que estuviésemos solos.

—Bueno, Candela, ¿no tienes nada que decirme?

Mientras me hablaba se llevaba el vaso a los labios para restarle importancia. ¡A mi hermano! ¿Qué podría decirle? No quería que sufriera ni que supiera mi sufrimiento, le miré directamente a los ojos, me fijé en los pequeños pliegues de debajo de ellos. Me eché a llorar.

—Vamos, Candela, eso no, tú has sido siempre muy valiente.

—¿Lo sabe nuestra madre?

—Hombre, Candelita (adoptó un tono desenfadado), algo le hemos tenido que decir.

Pensé que habría sido lo mejor; si no ya se habría encargado algún alma caritativa del pueblo de decírselo.

—Lo siento, lo siento muchísimo, Francisco, no he podido controlar mis sentimientos.

—¿La querías?

—La quería y la quiero y todavía puedo sentir cómo ella entra en mí por cada poro de mi piel. —Me temblaba la barbilla.

—Lucha, lucha, Candela, y no te rindas jamás.

Me quedé sorprendida de que mi hermano me dijera esas palabras.

Mi madre nos estaba esperando en la puerta de la casa, me fijé en ella, tan bajita y tan frágil, muy delgada con el pelo blanco a pesar de no ser muy mayor, tenía unos

ojos negros con una mirada profunda. Me abrazó con fuerza a pesar de su fragilidad, entendí su silencio y el mensaje de amor que me hacía sentir con su abrazo.

—¡Hija mía, lo que habrás sufrido!

Mi madre era más inteligente de lo que pensábamos. Ella me quería por encima de todo, era su niña pequeña, su hijita la rebelde. Me abracé a ella y reprimí los sollozos.

—Ya estoy en casa. ¡Cuánto te he echado de menos!

Ángela estaba seria, pero no se atrevió a decirme nada, me besó fugazmente, mi padre había envejecido, me abrazó con ternura.

—Mi niñita de los ojos del color de la miel.

Mi cuarto estaba tal y como lo dejé. Me tumbé en la cama y cerré los ojos, me pareció ver la imagen de Alejandra. ¿Dónde estaría? ¿Qué estaría haciendo? Sentí una punzada de dolor. Saqué de la maleta una foto, estábamos las dos, nuestros rostros reflejaban la alegría que sentíamos. Coloqué la foto en el espejo, me tumbé en la cama y llorando me quedé dormida.

Me desperté muy tarde, mi madre estaba en la cocina.

—Buenos días, madre.

—Dirás buenas tardes —contestó sonriendo.

Me puso un café y tostadas en la mesa.

—Anda, cómetelo, que estás muy delgada.

—¡Uhm! Qué bien huele. ¿Qué sabes de mis amigas?

—No han vuelto por aquí desde... —se quedó callada.

Interpreté su silencio, sabía que sería desde lo del vídeo.

Desvié su atención y le pregunté por el padre Antonio.

—Querrás decir Antonio, ha colgado los hábitos.

—¿Cómo?

—Sí, ha montado una granja para las personas marginadas a las afueras del pueblo.

Pensé que allí es donde debería estar yo.

Busqué mi vieja bicicleta para ir a la granja y en su lugar encontré una nueva.

—¿Y esto? —le pregunté a mi madre.

—Tu hermano te la ha comprado por las notas.

—Mi hermano es un cielo.



Al salir a la calle me encontré con mis vecinas, unas muy amablemente me saludaron, pero otras me ignoraron.

La granja era una vieja casa de campo rodeada de un huerto, árboles frutales y una especie de gallinero. Había varios chicos y chicas limpiando las malas hierbas y otros cogiendo los huevos del gallinero. Seguro que eran más jóvenes de lo que aparentaban, se quedaron mirándome. De pronto apareció Antonio.

—¡Candela, qué sorpresa!

Nos abrazamos.

—¡Cuánto he echado de menos tus sermones!

Iba todos los días a la granja, me gustaba estar en aquel mundo, entre personas que por haber sido débiles y confiadas, ahora se encontraban allí. Antonio no me preguntó y yo tampoco le pregunté por qué había colgado los hábitos. Él siempre comprendió el mundo de la homosexualidad y yo siempre supe que sus ideas chocaban con las de la Iglesia.

Disfrutaba cogiendo los huevos y quitando las malas hierbas, les llevé una vieja canasta y un balón de mi época del instituto, jugábamos y yo me dejaba ganar.

Cogí amistad con uno de los chicos, Leonardo, homosexual y drogadicto, tenía veintiocho años, pero parecía que tenía cincuenta. Una de las mañanas le encontré sentado en uno de los bancos más alejados de la casa.

—¿Qué te ocurre, León? —le llamaba cariñosamente de esa manera.

—He tenido una nueva crisis.

Me fijé que tenía una muñeca vendada, no era la primera vez que había intentado cortarse las venas.

—Sabes, Candela, yo ya no quiero vivir más, he amado mucho, pero la vida no me ha tratado bien.

Pensé, la vida no, los cabrones que hay en ella.

—Le pido a Dios que me lleve ya, que me deje descansar.

Me emocioné.

—León, todos tenemos nuestras historias. —Recordé a Alejandra.

—Seguro que no como la mía. ¿Sabes?, de pequeño me di cuenta de que no sentía igual que los demás chicos. —Tenía la sensación de que me estaba contando mi propia historia—. No me gustaban los pantalones, me gustaban los vestidos y me atraían los chicos. No sabía lo que me pasaba, pensé que tenía una enfermedad y otras

veces pensaba que la culpa la tenía yo. Un día no pude más y se lo dije a mis padres, mi madre se puso a llorar, mi padre se quedó blanco, me pegó una paliza y me dijo que él me quitaría los vicios.

Se quedó callado, el dolor del recuerdo le impedía hablar. ¡Y yo me quejaba! Gracias a Dios todavía no me había pasado nada de eso.

—Ni siquiera podía hablar con ellos, mi padre le impidió a mi madre que me hablara hasta que no cambiase. Dijo que renegaba de mí, que era un maricón vicioso y que le daba asco. Me metió en un internado, mi madre le había suplicado y le había rogado que no lo hiciera, que me moriría, pero él dijo que era lo mejor que me podía suceder.

—Déjalo, León, seguiremos otro día.

—No, quiero contártelo todo —sonrió—; a lo mejor ya no hay otro día.

Sentí erizarse mi vello.

—Maldigo aquel internado, ojalá lo paguen algún día. Uno de los educadores me sodomizó, tenía solo diez años, me amenazó, si lo contaba diría que yo había hecho tocamientos a otros chicos y que era su cómplice. Fue horrible, todavía no he podido borrar aquellas imágenes —su cuerpo tembló—, aquel educador empezó a llevar a hombres crueles y perversos que nos arrancaban las ropas, nos acariciaban y nos pegaban al mismo tiempo, nos violaban no solo con sus miembros, también con palos, llenándonos de sus fluidos y de sus babas.

La lista de niños fue aumentando, niños de mi misma edad.

Me sentí horrorizada. ¡Niños de diez años!

—Tuvimos infecciones, enfermedades, no nos dejaban en paz. Nos fuimos haciendo mayores y una noche cogimos al educador y le pusimos un cuchillo en la garganta amenazándole con matarle. A unos cuantos nos dejó en paz, pero otros siguieron por dinero. Nos parecía un sueño y empezamos a tener ilusión por vivir. Empecé a hacer gimnasia, flexiones y mi cuerpo adquirió un aspecto más saludable. Los responsables del internado llamaron a mis padres para que vinieran a por mí, que había cambiado, que tenía otro aspecto.

Mis padres fueron a verme, mi madre me dio un abrazo, me besó y susurró: «Hijo mío, qué cambiado estás, qué guapo», su cara estaba surcada por las arrugas y sus ojos mostraban una profunda tristeza. A mi padre se le había acentuado la agresividad, ni siquiera me besó, me preguntó: «¿Qué, sigues con las mismas tonterías y los mismos vicios?». Pensé en mentirle para poder salir de allí, sabía que si decía que sí, no me

sacaría nunca, como así fue, pero me rebelé por la manera de considerar mis sentimientos y de hablarme, decidí decirle la verdad. Cogió a mi madre y sin darle tiempo a despedirse de mí se la llevó, no volví a verla, me enteré por uno de los educadores que había fallecido unos días después de haberme visitado.

Pasaron los años y cumplí la mayoría de edad, podía irme ya, ser libre, todo me iría mejor, qué equivocado estaba. Llamé a mi padre al teléfono que me habían dado los del Internado, me dijo de todo, que tenía la culpa de la muerte de mi madre, fue lo que más me dolió, que le dejara en paz, que para él había muerto. Intenté colocarme en varios sitios, de ayudante de mecánico, de botones de hotel, pinche..., pero cuando leían mis antecedentes me rechazaban. Fui dando tumbos de un lado para otro, hasta que, para poder comer, tuve que vender mi cuerpo, tanto a mujeres como a hombres. Conocí a otro chico de la calle y nos enamoramos, dentro de nuestras desgracias éramos felices, empezamos a meternos en el mundo de la droga. Una noche que llegaba tarde de una de mis citas me lo encontré muerto, fue por una sobredosis, aún no lo he entendido, él sabía dosificarse muy bien.

Vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas y le abracé.

—Vamos, León, no llores, dejémoslo.

—No, quiero terminar de contártelo. No sé cómo tuve fuerzas para seguir adelante, creo que Dios nunca nos abandona. Los clientes no me querían, estaba desnutrido, desaseado. Empecé a mendigar. Una noche, estando a las puertas de un teatro pidiendo limosna, reconocí a uno de los hombres que había ido al internado, iba muy elegante entre personas muy lujosamente vestidas, mujeres en cuyos escotes colgaban joyas de gran valor. Me acerqué a él y le pedí una limosna, me apartó con un gesto de asco, me indigné y me atreví a decirle: «¿No se acuerda de mí, del internado?», palideció y se tambaleó, me miró y me dio unos billetes. Al día siguiente, sin saber los motivos, unos matones me dieron una paliza que por poco me lleva a la muerte. Cogí miedo, supuse quién los había mandado, tuve pánico y hui; gracias a Dios encontré esta granja, bendita la hora.

—¿Te has llegado a enterar de quién era aquel hombre?

—Casualidades de la vida, una noche viendo la televisión le vi y le reconocí, una de sus empresas se había fusionado con otra, eran empresas muy importantes, no recuerdo cómo se llamaba, el nombre de él era Rodrigo.

Dijo los apellidos de Alejandra, sentí que me mareaba, era uno de sus hermanos, uno de los que impidieron que siguiésemos juntas. Recordé que ella me había dicho que tenía un hermano mayor llamado Rodrigo que era quien controlaba a toda su familia, tenía dos hijos de diez y doce años y que era muy bueno, muy conservador y muy religioso. Sentí que la ira atenazaba mi garganta, me controlé y le abracé, él se derrumbó sollozando.

—No llores, León, ten presente que no se irán de este mundo sin pagarlo, aunque nosotros no nos enteraremos.

No veía a mis amigos, sabía que me evitaban, que no querían verme. No querían juntarse con la homosexual, decidí no pensar en ellos.

La historia de Leonardo me había llegado al alma y yo me quejaba. Me invadía la rabia pensando que un maldito pederasta me hubiese separado de Alejandra.

Me sucedió un hecho curioso, una de las mañanas que me dirigía en bici a la granja, me pitó un coche. Me paré pensando que me pedía paso, pero no, se paró a mi lado, era la mujer de uno de los más chulos del pueblo, no estaba mal, a pesar de estar dentro del coche, podía observar sus curvas y sus pechos. ¿Cómo se pondría el chulo? Así presumía de macho.

—¿Dónde vas, Candela?

Me conocía porque una de las veces que le fui a comprar el pan a mi madre, coincidimos en la panadería.

—A la granja.

—¿Te llevo?

Tanta amabilidad me mosqueaba, no sabía lo que pretendía, yo no me fiaba de nadie, pero hacía mucho calor y acepté. Se bajó del coche.

—Espera, te ayudo.

Se acercó y pegó todo su cuerpo al mío, sentí el jadeo de su respiración. Me lo pensé mejor.

—Gracias, prefiero ir en bici.

Ni siquiera la miré, podía sentir el furor de su mirada. Se conoce que el marido no era tan macho como decía.

Me despidieron con muchos abrazos y recomendaciones, Ángela estuvo muy reservada, tuvo que pasar un tiempo para que comprendiera a mi hermana, ella fue la que siempre se quedó con mis padres y sacrificó su vida para poder cuidarlos.

Con lo poco que tenían, Antonio y los chicos me hicieron una pequeña despedida, lloré de emoción.

Me matriculé en otra universidad, la primera impresión fue buena, sus normas no eran tan rígidas como en la otra.

Encontré trabajo como traductora de inglés en una empresa dedicada a la venta de ordenadores, *tablets* y todo lo que concernía a las redes sociales. Con la beca y la ayuda de mi hermano, no tenía suficiente para pagarme el alquiler de un pequeño apartamento que había arrendado a las afueras de la capital; quería vivir sola.

Procuraba no ir a los sitios que frecuentaba con Alejandra, no podía evitar recordarla. La historia de Leonardo taladraba mi mente, sentía impotencia, repugnancia; lo que *hubiera dado* yo por hacer pagar a esos bastardos el daño que habían hecho a unos menores, inocentes, desamparados y rechazados por sus padres y por la sociedad.

Estaba tomándome un café, de los pocos lujos que me podía permitir, en una de las terrazas de la Avenida; de pronto apareció Arancha.

—Qué sorpresa cuando te he visto.

Nos abrazamos.

—Nada más verte te he reconocido, estaba con un grupo de amigos.

Señaló un grupo de chicos y chicas que estaban al otro lado de la avenida.

—Estás guapa, Candela.

—Tú sí que estás guapísima, me alegro muchísimo de verte.

—Vente con nosotros.

—Venga, Arancha, si sois todos...

—Candela, no empieces con tus prejuicios sociales. Por si me vas a preguntar, te diré que Alejandra está en una universidad en Inglaterra y bajo la vigilancia de un guardaespaldas.

—Gracias, Arancha.

No quise comentar nada y ella tampoco. Llegamos a la altura de su pandilla.

—Os voy a presentar, Adrián, Aurora, Agustín y Judit, ella es Candela, una gran amiga mía.

Judit habló, me fijé en ella, era de una belleza extraordinaria, su rostro era ovalado con una barbilla partida al medio por un pequeño hoyuelo, labios no muy gruesos que parecían llamar al deseo, las cejas perfectamente delineadas encima de unos ojos grandes azules claro, el pelo rizado muy negro sin llegarle a los hombros, la piel muy blanca, los pechos grandes, con marcadas caderas y unas piernas torneadas.

—Sí, he oído hablar de ella.

Arancha ignoró el comentario, a mí me sentó como una patada en el estómago. «¿Qué es lo que había oído de mí?», encima de «ella», como si yo fuera un «algo».

Agustín que parecía ser gay preguntó.

—Y lo que has oído, ¿es bueno o malo?

Iba a contestar cuando Arancha se adelantó.

—Si queremos echar unos bolos, se nos está haciendo tarde.

Nos dirigimos a la bolera, Arancha iba hablando con Adrián, era guapo, rubio, con los ojos azules. Me di cuenta de que el resto del grupo me observaba, a excepción de Judit que no dejaba de hablar por el móvil. Llegamos a la puerta de la bolera, era mi momento.

—Lo siento, me marcho, no me puedo permitir estos caprichos.

—Yo sí —dijo Judit—, pago tus bolos.

Me puse furiosa, quién se creía que era, sobre todo quién se creía que era yo. Al ver la expresión de ira de mi cara volvió a la carga.

—Arancha, no me irás a decir que tienes una amiga tan retrógrada que no acepta una pequeña invitación.

Cómo era posible que fuese tan cínica, ni siquiera se dirigía a mí, pero supo pillarme, si aceptaba me sentiría mal, pero peor me sentiría si quedaba como una pueblerina retrasada. Tuve que aceptar y entramos en la bolera, no había jugado nunca.

—Formemos pareja —dijo Judit—, yo voy con Candela.

Me fastidiaba a conciencia. De cada tirada que hacía ella caían todos los bolos, era buena jugando, de cada tirada mía caían uno o dos. Para terminar de humillarme, se puso detrás de mí, se acercó de tal forma que podía sentir el calor de su cuerpo, oler su perfume, cogió mi mano para guiarme. Lo estaba haciendo a propósito, no solo jugaba con los bolos, también jugaba conmigo.

—Esto consiste en maña y no fuerza.

Estaba disfrutando quedando en evidencia mi forma de jugar y haciendo que la deseara. Sentía el sudor correr por mi cuerpo. Se puso delante de mí y con cara de burla preguntó

—¿Te das cuenta?

Claro que me estaba dando cuenta, de la humillación y de las miradas burlonas de los que allí estaban. Lancé la bola y cayeron cuatro bolos.

—¿Ves? No ha sido tan difícil.

Me miró cínicamente esperando mi reacción, ni le contesté, esta mujer tenía que odiarme por algo que yo ignoraba. Me dirigí a Arancha, que me miraba con cara de interrogación.

—Tengo que irme, Arancha, ya te llamaré.

—Espera, Candela, no te vayas todavía.

—No te preocupes —no la quise besar para evitar darle el placer a Judit de hacer alguno de sus comentarios.

Salí y respiré el aire frío de la noche.

Me encerré más en mí misma, no quería relacionarme con nadie, ni siquiera con mis propios compañeros. El recuerdo de Alejandra y el encuentro con Judit me habían desmoralizado.

Me dirigía a la biblioteca, sonó el móvil, era Arancha.

—¡Hola, Candela! Qué carita te vendes, no hay quien te vea, ¿tomamos un café?

Rechacé educadamente la invitación.

—Estaremos solas, no seas tonta.

Acepté, nos reuniríamos en la cafetería que estaba enfrente de la biblioteca. Ya estaba dentro de la cafetería cuando llegué. Me besó cariñosamente.

—¿Qué tal, Candelita?

Sonreí.

—¡Muy bien! ¿No vendrá nadie más?

Se echó a reír.

—No, no tengas miedo. No me digas que estás bien, no te veo por ningún sitio.

—Etapas de la vida —respondí burlonamente—, he decidido hacer una vida de ermitaño.

—Se acabó tu vida de ermitaño, te vienes con nosotros a una fiesta que damos los alumnos de segundo en el Tiro de Pichón.

—No, Arancha, seguro que va Judit.

—¿Tanto miedo le tienes? —lo dijo para picarme—, habrá muchísima gente y la esquivaremos.

Seguimos hablando de cosas intrascendentes, al hablar de Adrián se le iluminaba la cara, se estaba enamorando de él. Sentí el dolor de los celos. No sabía interpretar lo que sentía por ella, era algo muy profundo que estaba arraigado en mi corazón y no conseguía sacarlo a la luz.

El Tiro de Pichón era un edificio situado a las afueras de Madrid, nunca había estado allí, era frecuentado por las familias de alta escala social. Se practicaba el tiro al plato, disponía también de instalaciones deportivas y servía para dar fiestas a los «niños de papá».

Me miré al espejo, me encontraba sensual y provocativa. Me había puesto un traje de chaqueta negro, la tela tenía cierto brillo, los pantalones se ajustaban a mis muslos, la chaqueta se ceñía a mis caderas, la camisa era del color del vino blanco, le daba cierta luminosidad a mi cara. El pelo lo llevaba despeinado y me puse dos *piercing*, uno en la nariz y otro en la oreja, me había puesto unas botas tobilleras de piel brillante y con tacón.

Al entrar en los salones sentí las miradas de los hombres y de las mujeres. Vi a Arancha al fondo, miraba hacia la puerta, me estaba esperando, levantó su copa para llamar mi atención. Estaba preciosa, en compañía de Adrián, Aurora y Agustín, me miraron todos con admiración.

Adrián silbó.

—¡Madre mía con la amiguita de mi novia!

Arancha le miró sorprendida, me imaginé que sería porque la había considerado su novia. Yo le entendí, quería marcar su territorio. En plan broma dije.

—¡Mirad que me largo!

Nos reíamos y comentábamos cuestiones sin importancia cuando apareció Judit. Nos quedamos en silencio.

—¿Qué ocurre? Qué silencio más cortante —dijo.

No podía callarse. Estaba deslumbrante, llevaba un vestido ceñido al cuerpo del color de sus ojos, resaltaba el blanco de su piel, el escote muy generoso dejaba sus pechos a la vista. Me miró con altanería de arriba abajo. Esta vez, me las iba a pagar. Todos nos observaban. La miré a los ojos, cogí mi copa, bajé mi vista a sus pechos y me



recreé, entonces con mi lengua chupé todo el borde de mi copa de un lado a otro de forma lasciva.

Parecía que le iba a salir fuego de la cara, se dio la vuelta e intentó ignorarme. Se tenía que sentir impotente y herida, pero no podía decir nada, de hacerlo, se hubiese dado por aludida y tendría que reconocer que lo que chupaba eran sus pechos.

Se acercaron dos chicos, por las formas en vestir y sus expresiones tenían que ser gays, eran amigos de Aurora.

Judit no se cortó

—Hay una plaga de esta gentuza.

Todos nos quedamos cortados, Aurora la miró con frialdad.

—Judit, creo que te has pasado.

Los chicos educadamente se marcharon.

—Puedo considerar lo que me dé la gana, los homosexuales y lesbianas cada día abundan más y a mí me producen náuseas.

Se hizo un tenso silencio No merecía la pena defenderse, ella ganaría siempre.

—Perdonadme, se me ha hecho tarde tengo que irme.

—¡No te vayas! —dijo Adrián.

—Nos veremos, estas cosas suelen pasar. Ya te llamaré —dije dirigiéndome a Arancha que tenía una expresión de tristeza en su cara.

Cogí un taxi y regresé a mi apartamento. Estaba furiosa, aquella niñata quién se había creído que era para despreciarme de esa forma. ¿Cómo practicaría el sexo y con quién? Me encontraba fatal, cómo se permitía juzgar los sentimientos de los demás, malcriada, con dinero y que seguro que no conocía el significado de la palabra NO.

Entré en mi apartamento ¿qué pensaría de él? Le daría náuseas. Me fui a la ducha, el agua corría por mi cuerpo, me fui tranquilizando.

Al día siguiente Arancha fue a buscarme a la salida de clase.

—Te debo una comida por lo menos.

Me eché a reír.

—No tuviste la culpa, pero sí de tener una amiga con esa forma de ser.

—No la comprendo, jamás se ha pronunciado en contra de la homosexualidad.

—Entonces peor, porque me odia a mí y paga contra los homosexuales y lesbianas.

Le di un beso en la cara y le dije.

—Anda, no te preocupes, a mí esa niñata me da lo mismo.

—Qué buena eres, Candela. ¿Dónde quieres ir a comer?

—Donde tú quieras.

Nos montamos en su coche y paramos en el Asador, uno de los restaurantes más caros de Madrid.

—Arancha, no ha sido tan cara la ofensa.

Se echó a reír.

—Vamos, entra.

—Esto es carísimo —dije mientras leía la carta.

—No te preocupes y pide lo que quieras.

En mitad de la comida me dijo.

—No sé qué hacer con Adrián.

—¿Qué ocurre?

—No sé si estoy enamorada de él.

—Pues es algo que no podemos saber los demás.

—Creo que no siento lo suficiente.

—¿Tú sabes cuánto debe sentir? —le dije en tono burlón.

Me tiró la servilleta.

—Eres imposible.

—Arancha consideró a Adrián buena persona y se le ve coladito por ti, además es muy guapo, pero quien tiene que decidir eres tú y tener claro lo que sientes.

—¿No puedes decidir un poquito por mí?

—Eres mala.

Sentía que la perdía, que se alejaba de mí. Mis sentimientos se mezclaban; ¿la amaba como mujer o la amaba como amiga? Ahora que había encontrado el amor no tenía derecho a hacerla dudar.

La tarde pasó volando, me llevó en su coche a mi apartamento, al despedirse me cogió la cara con sus manos y me besó, sentí tristeza y dolor. Vi cómo su coche se iba alejando, algo de mí se iba con ella.

En la soledad de mi cuarto, lloré, estaba sola, lejos de mi familia, ¿tendría fuerzas para terminar mi carrera?

Mi cuerpo demandaba ciertas necesidades, empecé a masturbarme, no recordaba que fuera tan placentero. Me dediqué a mis estudios y aprendí a vivir con el recuerdo de Alejandra, que se iba alejando cada vez más de mi vida.

Me resigné a perder a Arancha, era lo mejor para ella, ¿quién era yo? Una universitaria procedente de un pueblo y sin ninguna posibilidad económica, mi padre no era un millonario que me tuviera resuelto el porvenir.

Sonó el móvil, era Arancha, hacía tiempo que no hablábamos ni nos veíamos. Por una parte quería volver a verla, por otra no quería despertar mis sentimientos.

—Tenemos que verte, Candela.

¿Tenemos? Significaba que Adrián ya formaba parte de su vida.

—Tienes que venir con nosotros al baile de disfraces en el Tiro.

—¡Vamos, Arancha! Si no tengo disfraz.

—Solo te piden llevar máscara. Si quieres te regalo una.

Me imaginaba su rostro con aquella sonrisa tan sensual, no podía negarle nada.

—Por favor, te lo pido, Candela.

Comprendía el porqué de ese empeño en que asistiera y una infinita tristeza me invadió.

—Candela, ¿estás ahí?

Intenté dar un matiz desenfadado.

—Y mi amiga, ¿va a ir?

Oí su risa.

—Con nosotros no y con las máscaras ni te va a conocer ella, ni tú la vas a conocer. El viernes a las doce de la noche.

Colgó, no me dejó opción.

Me compré una máscara de Arlequín de color negro, me favorecía, me daba cierto aire maquiavélico.

Cuando entré en los salones del Tiro observé que irradiaban colores por todos sus rincones, no se conocía a nadie con las máscaras, el lujo y la sensación de poder se podía sentir hasta en el aire.

Yo llevaba unos pantalones negros ajustados, una blusa blanca muy holgada, mis botas tobilleras y la máscara que me daban un aspecto de maldad.

Al fondo, una mujer con una máscara de formas indefinidas me hacía señas con la mano, era Arancha.

—Creí que no vendrías.

Estaba radiante con aquel traje que marcaba sus curvas y con un escote que dejaba apreciar sus pechos.

Adrián tenía puesto una máscara de lobo y me dijo.

—Candela, estás muy atractiva.

—Oye, como empecéis con la guasa me voy.

—Sí —dijo Aurora que llevaba una máscara de gacela—, es tu especialidad.

—Un momento —dijo Adrián—, ahora que estamos todos enmascarados y no podemos ver nuestras reacciones, os comunico que Arancha y yo nos hemos prometido.

Diciendo esto, cogió la mano de Arancha y nos mostró un enorme anillo de brillantes.

A pesar de que sabía que ese momento iba a llegar, sentí un fuerte dolor en el pecho y me alegré de tener puesta la máscara, que impidió que vieran lo que mi rostro reflejaba.

Empezaron a abrazarlos y a darles la enhorabuena. Arancha me miraba a través de su máscara, no sabría decir lo que mostraban sus ojos. No me decidía a moverme, pero no podía consentir que se sintiera mal y abracé a Adrián. Según me acercaba a ella intentaba buscar sus ojos, había bajado su mirada. La rodeé con mis brazos y la atraje hacia mí, sentí el temblor de su cuerpo. Mis sentimientos rompieron dentro de mí como fuegos artificiales, supe que la amaba y que al mismo tiempo la perdía, el dolor atenazó mi garganta.

Oí risas y cómo Adrián nos separaba.

—Me vas a hacer que sienta celos, Candela.

Evitábamos mirarnos, ¿por qué no la habría conocido antes? No volví a acercarme a ella, me tomé unas cuantas copas.

—Candela, para, te vas a emborrachar —Aurora me quitó la copa de la mano y me miró a los ojos.

—¿Por qué no se lo dices?

—¡Vaya! Qué perspicaz eres.

—Vamos, si hasta un ciego lo vería.

La miré y le dije con tristeza

—Sabes, Aurora, no es tan sencillo, él lo tiene todo, dinero, poder y un brillante porvenir, yo en cambio no tengo nada, solo una carrera recién empezada.

Me acarició la cara.

—¿Tú crees que eso es necesario para amar de verdad? Anda, tómate la copa y no pienses más, alguien dijo que hay que dejar que la vida fluya como fluye el agua.

Vi cómo Judit venía hacia nosotros, llevaba una máscara de puma, era muy apropiada para ella, la había reconocido por su forma de andar, pisando fuerte, contoneando sus caderas, demostrando al mundo su poder, venía muy hermosa con aquel vestido color caramelo.

—Me podíais haber dicho dónde estabais.

Adrián salió al paso.

—Pensábamos que lo sabías.

—Mira que eres mentiroso.

—Dejemos las discusiones, te vamos a dar una buena noticia, Arancha y yo nos hemos prometido.

Les dio un abrazo, a mí me ignoró totalmente, era lo mejor, no estaba ni para bromas, ni para chulerías.

Alguien tuvo la mala pata de nombrar la separación de una pareja de lesbianas famosas. Lo que le dio la oportunidad de saltar.

—Me gustaría sabes qué clase de orgasmos siente esta clase de personas.

Reaccioné y con mis brazos rodeé su cintura atrayéndola hacia mí, pegué mi cuerpo al suyo y me quité la máscara, retiré la suya de su rostro, no se oía ni un murmullo, la besé en la boca metiéndole la lengua hasta dentro, sentía el temblor de su cuerpo, no me rechazaba, el deseo oprimía mi garganta, la aparté de mí y tuve fuerzas para decirle.

—Por lo menos sabrás cómo son sus besos.

No le di tiempo a reaccionar, me fui, no olvidaría sus ojos con aquella expresión entre el furor y la sorpresa.

Sonó el móvil, era Arancha.

—¿Qué tal estás, Candela? No te puedes imaginar la que se montó cuando te fuiste, Judit tiró un vaso al suelo y le dio una bofetada a Adrián por reírse a carcajadas. Fuimos el centro de atención de todos.

Me sentí mal.

—Lo siento, Arancha, siento haberte estropeado la fiesta y más en semejante momento.

—No te preocupes, tú no tuviste la culpa, fue Judit por esa forma de ser que tiene. ¿Quedamos para tomar algo?

Con dolor de mi corazón le mentí, no podía verla y saber que estaría en los brazos de otro.

—No puedo, Arancha, tengo exámenes.

Se hizo un silencio.

—No te creo, está bien, llámame, por favor.

Los días pasaban, apoyaba cada vez más los codos, si quería obtener la beca tenía que sacar buenas calificaciones.

Decidí dejar la beca de inglés para los próximos años.

Aprobé todas las asignaturas con notables. Llamé a Arancha para despedirme, me iba a pasar las vacaciones con mi familia.

—Qué poca vergüenza tienes, ni me llamas ni nos vemos y me dices adiós por teléfono, ¿quedamos en la cafetería de siempre?

—De acuerdo, esta tarde a las siete.

Estaba dentro de la cafetería cuando la vi venir hacia mí, su cara rebosaba felicidad. Me besó, si ella era feliz, yo también tenía que serlo.

—Mi amiga más querida —me dijo.

—Serás embustera, si no me llamas.

—¿Y tú? Tendrás cara, he tenido muchos exámenes; además Adrián está muy raro últimamente, solo quiere que vayamos al cine.

Recordé que una vez comentamos sobre el tema películas y ella me dijo que el cine la aburría.

—Y a ti que no te gusta.

Se echó a reír. Hubo un instante que no pude sujetar mi deseo, cogí sus manos entre las mías y me las llevé a los labios, ella me miró a los ojos y las retiró. Nos despedimos hasta el próximo curso con un fugaz beso, me pareció ver el brillo de las lágrimas en sus ojos. Me quedé mirando hasta que el coche desapareció de mi vista.

Regresé a mi pueblo, mi hermano como siempre me estaba esperando en la estación. Había engordado.

—Candela, qué guapa estás —dijo mientras me abrazaba.

—¿Qué tal nuestra madre?

Se le puso cara de preocupación.

—Anda fastidiada del corazón.

—¿Por qué no me lo has dicho? —dije enfadada.

—No te enfades, estabas en plenos exámenes.

Encontré a mi madre muy envejecida, cansada y cosa extraña en ella, sentada en una de las butacas. Me abrazó sin fuerzas.

—Mi querida hijita, ¿ya estás mejor, todo va bien?

Se me saltaron las lágrimas.

—Sí, madre, muy bien.

Salieron mi padre y Ángela de la cocina, mi padre me abrazó.

—¿Sabes que me he jubilado?

—Sí, padre, me lo dijo Francisco.

Ángela me dio un frío beso.

—¿Qué, sigues con tus aficiones? —lo dijo con cierto retintín.

Ignoré su comentario y ni siquiera le contesté. Sentía un sentimiento de culpa, ¿sería yo la culpable de que mi madre estuviese enferma? Aunque mi hermano me había dicho que en la familia se habían dado más casos de la misma enfermedad, sospechaba que yo había ayudado a agravársela.

Volví a la granja, había más chicos, no vi a Leonardo.

Antonio, tan cariñoso como siempre, me dio un abrazo.

—¿Y León? —le pregunté.

Su cara se ensombreció.

—Nos lo encontramos una mañana muerto en la cama.

No me dijo de qué había muerto, yo lo respeté y tampoco se lo pregunté, sabíamos de sobra quiénes habían sido los culpables.

—¡Ah! Dejó una carta para ti, últimamente siempre te nombraba comentando lo buena y simpática que eras.

Sentía mis lágrimas correr por mis mejillas, me dio un sobre, cogí el papel que había dentro y empecé a leerlo.

*Querida Candela, quiero que sepas que has sido un buen ejemplo para mí, Antonio me contó tu historia, él te admira como todos nosotros. Te queremos mucho, aunque no te lo hayamos dicho.*

*No quiero que te sientas mal por lo que ha pasado en mi vida, yo ya los he perdonado a todos, solo quiero que Dios me perdone a mí. Quizás, yo haya sido el responsable de lo que me ha sucedido, no supe luchar. Tú, lucha; no dejes que maten lo único que tenemos y nos llena de humanidad: el sentimiento del amor y la ilusión de vivir. Reza por mí a Dios y, si te hice daño, perdóname.*

*Cuando leas estas líneas, yo ya no estaré, no olvides mi historia, Candela, pero no lo hagas desde el odio y el rencor; tampoco me olvides a mí.*

*Te quiere.*

*León (como tú me llamabas)*

No podía calmar mis sollozos; Antonio me dejó sola.

¿Cómo era posible que después del comportamiento de su padre y de aquellos bastardos se considerase él responsable de sus desgracias y se sintiese culpable por no haber sabido luchar? Ni siquiera en sus últimos momentos se sintió libre, solo la muerte le llevó hacia la libertad. Jesucristo le tendría en sus brazos.

Al llegar a casa mi madre me miró, notó el dolor en mis ojos, la abracé, no quise contárselo, no quería hacerle sufrir más.

—Madre, ¿has comido?

—No, hija mía, te esperaba a ti.

Llegaba el momento de volver a la universidad, tenía un sentimiento de culpabilidad y me daba pena dejar a mi familia, sobre todo a mi madre, sabía que le recordaba a su hermano, que pensaba que mi vida estaría llena de sufrimientos, que acabaría trágicamente y que ella se sentía culpable por haberme parido así.

Hablé con mi hermano y le dije que lo mejor era que me quedara con ellos, él me cogió de los hombros.

—Ni siquiera lo pienses, Candela, tú aquí poco puedes solucionar y a ti se te truncaría la vida.



Me despedí con tristeza, volvía a la universidad, el retorno no fue como el de la primera vez.

Sonó el teléfono, era Arancha. Últimamente sus llamadas no eran muy numerosas, no contaba nada en concreto y colgaba rápidamente.

—Estaba deseando que regresaras, ¿nos vemos?

Me quedé preocupada, ¿estaría embarazada?

—¿Qué ocurre, Arancha?

—Prefiero decírtelo en persona, ¿comemos juntas mañana?

—Como tú quieras.

—Voy a buscarte a la salida de clase.

Bajaba las escaleras de la universidad y la vi, estaba más delgada, pero seguía estando igual de hermosa. Me dio un abrazo y me besó.

—¿Quieres que vayamos al merendero que está en las afueras? —me preguntó.

—Lo que tú quieras.

Nos sentamos y pedimos unas carnes a la plancha.

—Dime, ¿qué ocurre?

Se derrumbó y empezó a llorar.

—Adrián tiene cáncer.

Me eché hacia atrás.

—¿Cómo?

—Sí, has oído bien.

—Hoy día hay muchos adelantos.

—No para este, es de los agresivos, sus padres le han llevado a Estados Unidos, no ha servido para nada, solo para hacerle sufrir más.

Me quedé en silencio, no sabía qué decirle.

—Te acuerdas que te comenté que últimamente estaba sin ganas de nada, que solo quería ir al cine, una noche perdió el conocimiento, le llevamos a urgencias y allí fue donde le descubrieron todo.

Le cogí la mano.

—Arancha, la vida me ha enseñado que nadie se muere hasta que no le llega su hora.

—¿Y si a él le ha llegado ya?

Se hizo un triste silencio.

—¿Quieres venir a verlo?

—Desde luego, ¿dónde está?

—Está en el hospital.

A mí los hospitales me daban malas vibraciones y me olían a cloroformo. Entramos, los pasillos eran interminables, nos paramos ante una puerta.

—Espera, por favor.

Entró Arancha y al momento salió una chica mayor que nosotras, era hermana de Adrián, Arancha me lo dijo después.

Me saludó cariñosamente.

—Puedes entrar.

Intenté disimular la impresión que sentí al verle, estaba mucho más delgado y sus ojos tenían una expresión muy triste.

—¿Cómo te encuentras, Adrián?

Me sonrió

—Ya ves, Candela, menuda putada me ha hecho la vida. Al fin estás aquí, ahora ya tu amiga se quedará tranquila porque estaba deseando que vinieras.

—Es que no se fía de mí y quiere tenerme controlada.

No quería dejarla sola y le acompañaba a visitarle, cuando a ella se le saltaban las lágrimas, pedía a Dios perdón por sentir celos. Una noche sonó el móvil, Arancha lloraba desconsoladamente mientras me decía que Adrián había muerto.

Cogí un taxi y me dirigí al hospital, Arancha se echó a mis brazos llorando, podía sentir el calor de su cuerpo.

—Candela, al final no ha sufrido, se quedó dormido.

Cogí su cara con mis manos.

—Vamos, Arancha, tranquilízate, ya ha dejado de sufrir.

Al entierro fuimos todos sus amigos y los compañeros de su universidad. Reconocí a Judit, estaba espléndida, se marchó antes que nadie, a pesar de odiarla, reconocía que los latidos de mi corazón se aceleraban cuando la veía.

Arancha me presentó a sus padres. Su padre se dirigió a mí.

—Tú eres la famosa amiga de mi hija, tenía ganas de conocerte, siento que haya tenido que ser en estas circunstancias.

Su madre me miró a los ojos.

—¿Eres Candela? Mi hija me ha hablado mucho de ti.

Me dieron dos besos. Por las formas de comportarse, de vestir y las joyas que llevaba la madre, se apreciaba el poder y el nivel económico que tenían que tener.

Los amigos de Arancha no la dejaban sola, era imposible tomar un café con ella sin que estuvieran presentes. Arancha demostraba que era una mujer fuerte, se iba recuperando poco a poco.

Me llamó una tarde.

—No me has dicho lo que te han parecido mis padres.

—Pues que son muy cariñosos y muy correctos.

—Tú les has caído a ellos muy bien.

Se hizo un silencio.

—¿Cuándo vamos a quedar? —dijo.

—Cuando tú quieras, llámame, cuídate mucho.

Intentaba sosegar mis sentimientos, dejar de amarla como mujer y hacerlo como amiga. Me centré en mis estudios, quería este año optar a la beca de inglés.

Sonó el móvil, era ella.

—Candela, a ver si nos vemos, no hay quien te pille.

—Qué cara tienes, es a ti a la que es imposible ver o hablar, siempre rodeada de amigas y moscones.

Se echó a reír.

—Tengo ganas de verte —dijo en tono zalamero.

Me llevó a un *pub* que se había inaugurado hacía poco tiempo.

El ambiente era tranquilo, una música de fondo sonaba suave y melódica, estaba lleno de parejas, aunque discretas, se podía percibir que las sensaciones flotaban en el ambiente.

Nos sentamos en una mesa, se acercó mucho a mí, podía apreciar la belleza de su rostro, sus ojos, sus pechos...

Se dio cuenta de que me había cambiado la expresión de *la* cara.

—¿Qué te ocurre, te estoy poniendo nerviosa? —dijo en tono burlón.

—¡Nerviosa yo! —dije en un hilo de voz.

Acarició mi cara y acerqué mi boca a la suya, una voz nos interrumpió y nos quedamos suspendidas en el aire.

—¡Qué de tiempo sin verte! ¿Cómo estás, Arancha?

Era Judit en compañía de un chico.

Siempre me quedó la duda de lo que podría haber pasado si ella no hubiera aparecido.

A mí me ignoró totalmente.

—Mi primo Carlos —le dijo.

Carlos dio dos besos a Arancha. Se quedó cortado ante mí, no sabía qué hacer. Me levanté.

—Yo soy Candela, Carlos, encantada de conocerte.

Le di dos besos. Pasó lo más curioso, Carlos estuvo toda la noche hablando conmigo. Arancha me miraba con sonrisa burlona. Judit no pudo aguantar más.

—Carlos, no te molestes, es lesbiana.

Él se echó a reír.

—A mí no me importa; además de guapa es agradable.

—A mí sí me importa, vámonos.

Carlos me miró.

—Nos veremos.

Arancha no podía contener la risa, nos tuvimos que salir del *pub*, bastante espectáculo dimos con las voces de Judit.

—No te rías, a mí no me hace gracia.

—Candela, míralo por el lado bueno, lo mismo enamoras a mujeres que a hombres.

La rodeé con mis brazos y la atraje hacia mí.

—Y ahora qué, o me pides perdón o no te suelto.

—Por favor, Candela, suéltame y no seas gamberra, nos están mirando.

Dos parejas nos observaban riéndose.

Al despedirme de ella sentí un vacío doloroso; ¿qué fue lo que tenía que haber pasado y no pasó?

Tuve que hacer un examen para obtener la beca de inglés. Estaba viendo el listado de los admitidos cuando vi mi nombre, llamé a Arancha.

—Tengo que darte una buena noticia, ¿dónde nos vemos?

—¿Tú qué te crees, que estoy siempre disponible? Tengo que hacer cosas.

—¡Anda! Mira la niña, yo siempre acudo cuando me llama aunque tenga cosas que hacer más importantes.

—¡Oye! ¿Qué cosas son más importantes que yo? —dijo enfadada.

Solté la carcajada.

—No eras tú la que quería picarme, venga ¿dónde quedamos, tontina? —dije cariñosamente.

—Te recojo en media hora.

Llegó en su coche, abrí la puerta y entré riéndome.

—Hola, doña importante —le di un sonoro beso en la cara.

—Tú sigue por ahí, que veremos —me pellizcó en el muslo.

—¡Ay! —me quejé de broma.

—Cuéntame.

—He aprobado el examen para poder acceder a la beca de inglés.

Ya le había comentado lo de la beca. Paró el coche y me abrazó.

—Me alegro mucho por ti, te lo mereces.

Recostó su cabeza en mi hombro.

—Ahora, ¿qué haré yo sin ti?

—Qué manipuladora eres, sabes que en verano me voy a mi pueblo.

—Tenía la esperanza de que este año te quedarías un tiempo conmigo.

—Estás haciendo que me sienta mal.

—No me hagas caso, aguantaré hasta que vuelvas.

Estaba muy ilusionada, volví a leer la lista de admitidos, me quedé sorprendida, el nombre de Judit figuraba en ella.

Llamé a mi hermano, le dije lo de la beca y que estas vacaciones no podría ir a verlos.

La voz de mi hermano sonó triste y cansada.

—No te preocupes, felicidades de parte de todos, estamos muy orgullosos de ti, no te olvides de nosotros.

Me quedé preocupada, ¿habría empeorado mi madre? Pero fui egoísta y preferí pensar en el viaje, empecé a preparar el equipaje.

Arancha fue a despedirme a la estación.

—Se me olvidó decirte que Judit también viene.

Hizo un gesto de disgusto, me abrazó y me besó de una forma como nunca lo había hecho.

—No te olvides de mí —dijo en un susurro.

—Eso no lo haré nunca.

Algo se me escapaba y no sabía qué, cuando entraba en el vagón la miré a los ojos y no pude descifrar lo que me decían.

Después de cambiar el tren por el avión, llegamos por fin a una ciudad irlandesa, la universidad estaba a las afueras.

Entramos en el edificio, no veía a Judit, pensé que se habría arrepentido. Fuimos recibidos por un señor y una señora cuyos trajes eran totalmente de líneas clásicas y su aspecto de absoluta seriedad. Nos hablaron en inglés puro, nos daban la bienvenida, esperaban que nuestra estancia fuese fructífera y reconfortable. Nos derivaron a un despacho, allí nos dijeron que podíamos compartir o no las habitaciones, pero solo con personas del mismo sexo, decidí dormir sola.

Al entrar en el aula vi a Judit, no sé si ella me había visto, lo que sí tendría que haber visto era mi nombre en el listado.

Algunos alumnos se quejaban de la dureza de las clases, no faltaba el grupo de los gilipollas que provocaban al profesor con sus quejas y modales, fastidiándonos a los que queríamos estudiar. Eran los que iban a ver si pillaban «algo», no les importaban las clases, ellos podían pagarse a profesores nativos.

Como diría Arancha, estaba aprendiendo un montón, nos llamábamos de vez en cuando, la muy pilla me contaba las cosas a medias para que la volviese a llamar.

Hice amistad con dos sevillanos, Mariola, una pelirroja muy atractiva, y Juan, un chico muy tímido. Había una pareja de chicos y chicas que tenían pintas de ser homosexuales, pero nunca hicieron un gesto que los pudiera delatar.

Me dirigía a mi cuarto, para ello tenía que pasar por la puerta de la habitación de Judit, oí una voz de hombre; no es que la conocieses muy bien, pero aquello no me gustó. Escuché a través de la puerta, se oían voces con cierto aire de agresividad.

Di dos golpes en la puerta.

—Judit, abre, estoy cansada de esperarte.

Bruscamente se cortaron las voces.

—¿Qué pasa, Judit? Me estás empezando a preocupar, abres o voy a por la camarera.

Quedaba una camarera por la noche por si surgía algún problema.

La puerta se abrió y apareció Judit, sus ojos tenían una expresión de miedo.

—Lo siento, no me encuentro bien.

Di un empujón a la puerta que se abrió de par en par, los vi, eran dos cabrones que pertenecían al grupo de los que nos jorobaban las clases. Los cogí por sorpresa, el más chulo tuvo el valor de decir.

—Anda, entra, que te vamos a echar un polvo a ti también.

No lo pensé dos veces y cogiendo una silla se la estampé en la cabeza mientras le decía:

—El polvo se lo vas a echar a tu puta madre. Saca esta basura de aquí —le dije al otro que me miraba aterrorizado; sabía que eran unos cobardes que nunca actuaban solos—; sácale antes de que me arrepienta y os mate a palos.

Cuando se fueron, Judit empezó a hablar entre sollozos.

—No comprendo cómo han podido entrar, me amenazaron con decir que era una zorra que los había calentado, que los había provocado y los había llevado a mi habitación, que iba a saber lo que era un buen polvo.

—No hace falta que lo cuentes, por favor.

Me estaba poniendo enferma.

—No sé lo que hubiera pasado si no llegas a entrar.

Yo sí sabía lo que hubiera pasado, no era la primera vez ni sería la última que pasaba y pasaría, la hubieran forzado, eran dos, uno solo no hubiera podido y no podría haberse probado nada. Lo que no entendía era cómo se habían atrevido con ella; yo les había visto a ellos por el campus universitario y tenían que conocerla.

De pronto, en pleno sollozo, reaccionó.

—Esto no se va a quedar así.

Volvía a ser Judit.

—No se puede hacer nada, se provocaría un escándalo e interrumpirían las clases, estamos en un país que no es el nuestro, espera a llegar a España, esa basura va a una universidad que está al lado de la tuya.

—¿A ti te importa la beca o te importo yo?

Esta era Judit.



—Me importas tú, ¿es que no te lo he demostrado? No comprendes que aquí no nos conocen, nos tacharían de pervertidas, que hemos venido a corromper sus universidades.

Se calmó.

—Perdona, lo siento, esperaré, tienes razón.

Al poco tiempo de llegar a España los coches de aquellos capullos aparecieron incendiados y ellos, molidos a palos.

Hice además de marcharme, me lo impidió poniéndose en medio.

—¿Dónde vas?

Me quedé sorprendida.

—¿Dónde crees tú? A acostarme.

—¿Me vas a dejar sola? ¿Y si vuelven?

—Esos no tienen lo que tienen que tener para volver.

Vi el miedo en sus ojos.

—Está bien, voy a por mi pijama.

Se acercó a mí y acarició mi cara.

—Perdóname, sé que no me he portado bien contigo y todo por culpa de mis prejuicios.

—Nunca me diste ocasión de demostrarte cómo soy. ¿Has pensado que tus prejuicios podrían no estar basados en la verdad?

No le di tiempo a contestar y fui a por mi pijama.

Me abrió la puerta, no sé lo que llevaba puesto, lo que sí vi es que se le transparentaba todo, hasta los pezones. Ignoró mi mirada y se acostó, yo lo hice en un sillón.

En el aula no se produjo ningún incidente, quedarían escarmentados, el del golpe llevaba puesto un esparadrapo en la cabeza, cuando el profesor le preguntó qué es lo que le había pasado, respondió que se había caído por las escaleras.

Cuando salimos de clase me dijo.

—Vamos a pedir que nos pongan juntas en la misma habitación.

Pensé, esto no lo voy a consentir, pero qué cambio de no querer verme a acostarse conmigo.

—Judit, estás loca, no puede ser, saben mis inclinaciones y van a suponer que tú sientes lo mismo.

Se echó a reír.

—No me importa, pero qué mentirosa eres, ¿cómo van a saber tus inclinaciones si no te conocen?

Mis palabras se quedaron en el aire. Salió triunfante del despacho.

—Ya está, tenemos una habitación para estar las dos juntas.

Desistí de hacer comentarios, con esta mujer era imposible, hacía lo que le daba la gana.

—Subo a cambiarme, ¿comemos juntas?

Para qué preguntaría, si íbamos a hacer lo que ella quisiese. Con un gesto le dije que sí. Qué pensaría Arancha si supiese lo que estaba pasando. Le llamé al móvil, dio ocupado, sería mejor contárselo en persona.

Pasaron los días sin apenas darnos cuenta. Seguíamos compartiendo la habitación. Discutíamos mucho, Judit era una niña caprichosa, consentida que se tenía que salir siempre con la suya y yo no estaba dispuesta a dejarme manipular. La verdad es que a veces le llevaba la contraria para fastidiarla.

—Me llevas la contraria —decía histérica—, por inercia y para hacerme rabiar.

—¡Anda! ¿Tú sabes lo que es inercia?

La ponía furiosa y me tiraba con todo lo que tenía a su alcance. Algo de ella se iba apoderando de mí y empecé a desearla. No se cortaba, lo mismo se vestía que se desnudaba estando yo delante, una noche no pude controlarme y sentí cierta humedad en mis muslos.

—Judit, delante de mí, te pido por favor, que no te desnudes.

Me miró.

—¿A qué viene eso ahora? ¿Qué pasa? —se echó a reír—. ¿No me digas que te pongo caliente?

Salí del cuarto dando un portazo, con aquella mujer era imposible. Seguía haciendo lo que le daba la gana, la que tenía que irse o volverse para no verla cuando se desnudaba, era yo.

El curso terminaba, faltaban solo dos días, nos daría nuestros certificados y volveríamos a nuestros hogares. Mis notas eran excelentes.

Estábamos en uno de los salones que la universidad había habilitado para darnos una pequeña fiesta como despedida. Con la música no podíamos hablar, nos salimos

fuera a los jardines del campus, nos sentamos en un banco. Judit estaba callada, pensativa.

—Que no te he oído bien, ¿has dicho alguna cosa? —le dije bromeando.

Me miró y sonrió.

—¡Qué boba eres! No tengo ganas de broma. Qué rápido ha pasado el tiempo.

Pensaba lo mismo, pero no quería decírselo. Me miró a los ojos.

—¿No dices nada?

Intenté no demostrarle el dolor y la angustia que sentía, sabía que nos teníamos que separar.

—Daré gracias a Dios, por fin seré libre y podré hacer lo que se me antoje.

—Cómo eres, pero ya no me engañas.

—Será un bonito recuerdo en la historia familiar, una lesbiana y una antilesbiana juntas durante unos meses en una universidad irlandesa.

—A veces eres muy cruel —me dijo muy seria.

Rodeé sus hombros con mi brazo.

—Por favor, perdóname, soy una imbécil.

—Soy yo quien debe pedirte perdón por la forma como te traté y las cosas que decía.

Cerré sus labios con mis dedos.

—Aquello pasó, está cerrado, tú no tienes la culpa de la propaganda gratuita que nos hacen diciendo que somos lascivas, promiscuas y enfermas, que buscamos solo sexo y no es verdad, nosotras amamos y es ese amor lo que nos lleva al sexo y no el sexo al amor. Amamos sin los límites que nos imponen y hacemos que la persona amada sienta cómo se le inunda la pasión y el deseo que saciamos con nuestra piel, nuestras manos, nuestras bocas, haciendo que el placer estalle en nuestras entrañas.

Judit me miró y acarició mi cara.

—No solo eran los prejuicios los que hacían que te rechazara, yo te conocía de haberte visto con Alejandra, me sentía atraída por ti, me sublevaba ante ello, mi sorpresa fue cuando Arancha nos presentó, tenía miedo y no quería tenerte cerca porque me hacías sentir... bueno, no quiero seguir hablando.

La atraje hacia mí.

—Anda, termina la frase y ¿dime qué sentías?

Ella me miró a los ojos.

—¿Qué ves tú en mis ojos?

Sentí cómo aquellos ojos azules entraban dentro de mí atravesando mi piel y vi en sus destellos la pasión y el deseo, mis brazos rodearon su cuerpo, los de ella se alzaron a mi cuello, mi boca buscó la suya, nuestros cuerpos temblaban.

Me tocaron el hombro y me aparté, era una de las chicas a las que yo consideraba lesbiana.

—Tened cuidado, pueden veros —dijo sonriendo.

La sonreí, cogí a Judit de la mano y nos dirigimos a nuestra habitación. Estábamos ya dentro, la abracé y la besé, mis manos recorrían su espalda, ella metió sus dedos entre mi pelo, nos tumbamos en la cama, cogí su cara y la miré a los ojos, aquellos ojos azules se adentraron en mi alma, busqué su boca que se abrió a la mía, nuestras lenguas se entrelazaron acariciándose, nuestras manos nos desnudaban, atraje su cuerpo y lo pegué al mío, sentía el calor de su piel a través de mis poros, con las yemas de mis dedos acariciaba sus pechos, sus aureolas, mientras mi boca rozaba el lóbulo de su oreja, su cuello, alcé sus piernas y mi boca bajó a su sexo, con mi lengua acariciaba su clítoris y penetraba su vagina, ella se removió intentando quitarme, pero yo la sujetaba su vientre con una de mis manos y con la otra acariciaba sus senos, todo su cuerpo convulsionó y dio un ronco gemido, mi boca se llenó de sus fluidos, poco a poco se fue relajando, la besaba y la acariciaba, sentía que me llegaba el orgasmo, friccioné mi sexo contra su muslo y me llegó el placer. Cogí su cara con mis manos y busqué sus ojos, esos ojos tan azules. «Dime que me amas más que a nadie», mis dedos cerraron sus labios y le dije: «Te amo tanto que ese amor me duele y el dolor me traspasa el corazón».

El sueño nos venció.

Sonó el teléfono, era de Administración, en diez minutos salía el autobús para el aeropuerto.

Llegamos al aeropuerto y mientras Judit solucionaba todos los trámites del equipaje, llamé a Arancha. La dije que regresaba, ella me dijo

—Te he echado mucho de menos, estoy deseando verte.

Me sentí mal y un dolor amargo me invadió.

Nos subimos al avión, Judit apoyó su cabeza en mi hombro, percibía el perfume de su pelo.

—Amor mío, ¿qué vamos a hacer ahora?

Para fastidiarla le contesté.

—Yo no sé qué harás tú; yo, irme a casa.

Se incorporó de golpe.

—Ya me estás fastidiando —dijo malhumorada.

Se ponía preciosa cuando se enfadaba, solté una carcajada.

—¿Qué iba a hacer yo sin ti? ¿Quién me iba a decir lo que tengo que hacer?

Lavarme la ropa, cepillarme los dientes..., ven rápido que tengo ganas de hacer el amor.

—No puedo contigo —me besó en la boca.

—Judit, estate quietecita, ¿o quieres montar un escándalo?

Se rescotó de nuevo

—¿Has llamado a Arancha?

Me puse en guardia, me sorprendió aunque no del todo, tenía que tener cuidado, era celosa y quería entallarme. Sin darle importancia, contesté.

—Creo que sí.

Se separó de mi lado.

—¿Cómo que crees? ¿Es que estás perdiendo la cabeza?

Lo que no iba a consentir es que me separase de Arancha por celos o sin celos.

—Sí, ahora recuerdo, la he llamado y ha quedado en venir a recogerme.

—¿Cómo que va a venir a recogerte? ¿Y yo? ¿No le has contado lo nuestro?

La primera en la frente, pensé.

—Vamos a ver, Judit, pues no.

Mejor decir respuestas cortas, se crispó.

—¿Qué tipo de relación tienes tú con ella?

—¿Qué relación voy a tener? La de una amiga que forma parte de mi familia.

—Eso es lo que tú dices que sientes por ella, pero cuando Arancha habla de ti se le ve en los ojos que siente algo más profundo.

Lo que hacen los celos, qué forma de distorsionar las cosas, siguió a la carga.

—Cuando llegemos —me dijo burlonamente—, ¿con quién te irás, con ella o conmigo?

—Con las dos.

—¿Cómo con las dos?

No estaba dispuesta a cerrar el tema.

—Judit, independientemente de lo que tú supongas que hay entre Arancha y yo, quiero que sepas algo muy importante, nada ni nadie me separará de ella.

Se quedó sorprendida de mi reacción, vio que mis ojos reflejaban una determinación y que esta era contundente.

—Y ahora déjame dormir —le dije, atrayéndola hacia mí y rescotándome en su hombro—, me tienes muerta por la juerguecita de anoche.

Tuvo que sentir respeto por mi reacción porque me dejó dormir hasta que me desperté. Me sentí nueva y relajada, ella me ignoraba leyendo una revista, le mordí el lóbulo de la oreja, sabía que eso la ponía, noté cómo su cuerpo temblaba.

—Anda, pero si ahora tenemos ganas de jueguecitos —me dio con toda la revista en la cabeza.

—¿Estás enfadada?

—No, si no estoy enfadada, estoy esperando los acontecimientos.

Qué cabrona era. Al bajar del AVE la vi, estaba guapísima, me sonreía con expresión de alegría y se tiró a mis brazos.

—¡Cuánto te he añorado! —me dijo.

Nos separamos, vimos venir a Judit.

—¿Qué tal, Arancha?

Me besó en plena boca marcando su territorio.

Arancha cambió su expresión, me miró a los ojos, su mirada era de dolor y de reproche.

—Pero... —no se atrevió a seguir hablando.

—Candela, se lo tenías que haber dicho.

Sería cínica, la tensión se podía cortar. Me enfurecí, ¿cómo podía ser tan cruel y tan manipuladora? Arancha estaba confusa, me dolían las entrañas, pero el influjo de Judit era muy fuerte, me había enamorado de ella desde lo más profundo de mi corazón.

Dije cortante.

—Judit, perdónanos un momento.

Me llevé a Arancha a la salida de la estación, nos miramos a los ojos, su mirada era de infinita tristeza.

—¿Por qué no has dicho nada? —su tono era de queja.

—Quería decírtelo en persona, siento que haya sucedido de esta forma, con ella sabes que no se puede. Yo no sé lo que me ha pasado, es como si me hubiese embrujado el alma.

Sonrió.

—No cambies nunca, Candela, ten siempre esa sensibilidad a flor de piel, ¿quieres que me vaya?

—No, por favor.

Fuimos a buscarla, nos miró pero se tragó su orgullo y no nos dijo nada.

—Enhorabuena, Judit, por lo vuestro —dijo cariñosamente, Arancha.

Se besaron.

—¿Nos llevas tú?

—Por supuesto, ¿dónde os tengo que llevar?

Judit me miró.

—A mi apartamento, ya sabes la dirección.

Cuando llegamos, Judit haciendo un esfuerzo le preguntó.

—¿Quieres subir?

—¡Oh, no! No puedo quedarme mucho tiempo, gracias.

—Arancha, vamos a tomar algo, el portero ayudará a Judit con el equipaje.

Judit me fulminó con la mirada.

Tomándonos las bebidas, Arancha me miró y me dijo.

—No sé qué decir, no me imaginé nunca que esto pudiera ocurrir, aunque de ti, Candela, se puede esperar cualquier cosa.

Se echó a reír, era una risa fingida.

—Arancha, yo...

Me acarició la cara y puso sus dedos en mis labios impidiéndome hablar.

—Ten mucho cuidado, Candela, por favor.

Al despedirme de ella sentí una sensación de dolor y de impotencia, era incapaz de aclarar mis sentimientos.

Llamé suavemente a la puerta, me abrió, sus ojos despedían fuego, cerré dando un portazo, ella se asustó y se dirigió al dormitorio y la eché bruscamente en la cama. «¡Ah, no, no pensarás follarme!» e intentó levantarse, se lo impedí poniendo todo mi cuerpo encima del suyo, no podía moverse, la arranqué la camisa y el sujetador, surgieron sus hermosos pechos, yo estaba sobreexcitada por su resistencia de no dejarme que la tocara, «zorra, suéltame», me quité mis pantalones y mis bragas, mi cuerpo desnudo presionaba el suyo, con mi sexo friccionaba su pubis, acariciaba sus pechos y lamía su cuello, empezó a ceder, levanté sus brazos y enlacé mis manos con las suyas mientras movía mi cuerpo encima del suyo, sus ojos estaban llenos de deseo, me escupió en la cara, yo le mordí los labios haciéndole sangre, la abracé fuertemente y le dije «te amo, hiena, déjame amarte». Su cuerpo temblaba, «eres una puta», me dijo, con mi lengua acariciaba su clítoris y mis dedos penetraban su vagina, se tensionó y su cuerpo tembló, de su boca surgió un sonido de placer, se fue tranquilizando, no dejaba

que yo me corriera, la cogí su cara con mis manos, «ahora vas tú a hacerme lo mismo que yo te he hecho a ti; si no, te juro que no vuelvo a tocarte más», ella entonces hizo lo que le pedí, yo creí volverme loca de placer y sentí cómo un fuerte orgasmo me invadía.

El sudor corría por nuestra piel, intenté abrazarla, pero no se dejó.

—Me has violado.

—Lo haré cada vez que te desee y tú no quieras.

Me dio la espalda, mis dedos recorrieron su piel, me pegué a ella y la rodeé con mis brazos besándola sus hombros desnudos y la susurré.

—Amor mío, mírame.

Se volvió y fijó sus ojos en los míos, los tenía brillantes.

—Por favor, Judit, perdóname, perdóname, no lo volveré a hacer, dime que me amas.

Besó mi boca y sus brazos rodearon mi espalda.

—Te amo, te amo y te perdono, pero no dejas de ser una hija de puta.

El sueño poco a poco nos fue rindiendo.

Aquello sucedió más veces, a ella le gustaba y sabía cómo sacarme de quicio.

Llegaban las vacaciones, yo deseaba ver a mis padres y a mis hermanos; Judit estaba caprichosa y no quería que la dejara sola.

—Judit, ¿por qué no te vas unos días con tu familia?

Ella nunca me había hablado de ellos, no sabía si vivían sus padres, si tenía hermanos.

—Por favor, no quiero nombrar a mi familia. Está bien, amor mío, vete, pero no te quedes mucho tiempo.



Regresaba a mi pueblo, le había tenido que prometer a Judit que le llamaría todos los días, que solo estaría una semana y sobre todo que no mantendría contactos con mujeres.

Circulaba el autobús tan lentamente por la carretera que te daba tiempo a pensar en tu vida. Lejos de Judit y de su influjo me daba cuenta de que hacía lo que le daba la gana, lo que no consiguió fue que dejara las traducciones, el deporte y que la acompañase a jugar al *paddle* o a ir a alternar al Tiro de Pichón.

Seguí montando en bici por los caminos y parques, conseguí que ella me acompañase, lo que disfrutaba haciéndole rabiarse, quería ser siempre la primera, yo le dejaba que se pusiera delante y cuando llevaba unos pocos metros esprintaba y la rebasaba, se ponía histérica.

En lo que estábamos totalmente de acuerdo era en el deseo de hacer el amor.

Arancha se alejaba cada vez más de mí, sabía que Judit le tenía unos celos terribles y no quería ser la causa de discusión entre nosotras, sentí una punzada de dolor.

Mi hermano me estaba esperando. Nos abrazamos, me besó cariñosamente.

—Candelilla, cada día estás más guapa, tendrás...

Se quedó cortado, seguro que iba a decir «moscones alrededor». Me eché a reír.

—¿Cómo está nuestra madre?

—Ha empeorado, ella ya no va a mejorar.

Un sentimiento de dolor me invadió.

Llegamos a casa, mi madre estaba recostada en el sillón mientras que Ángela le daba de beber. La abracé, era un montón de huesos.

—Madrecita —se me saltaron las lágrimas.

—Mi hijita —contestó con un hilo de voz—, mi hijita la rebelde —intentó sonreír.

Abracé a mi hermana, no me dijo nada, tuvieron que pasar años para que yo pudiera entenderla. Mi padre salió de la cocina.

—¿Cómo es que has venido, Candelilla?

Nunca supimos si es que no se enteraba o no se quería enterar de lo que sucedía a su alrededor.

Volví a la granja, el número de chicos había aumentado. Antonio me dio un abrazo, estaba más delgado, me dijo que diariamente acudían chicos nuevos y las ayudas las habían recortado.

—¿Y la gente del pueblo? Con lo religiosas que son, ¿no os ayudan?

—Si no quieren ni que estén aquí.

Hice amistad con una de las chicas, era muy jovencita, rubia y muy guapa.

En sus momentos de bajón empezó a contarme su historia. Su padre era panadero, había maltratado toda la vida a su madre, le daba grandes palizas, al final su madre sufrió un ictus y murió.

Una mañana que llevaba el pan a una de sus clientes, le abrió la puerta el dueño que era un joven político con fama de ser buena persona y muy religioso, estaba casado y tenía dos hijas de cuatro y seis años de edad, a partir de ese día siempre la recibía él, empezó a tontear con ella, a hacerle regalos. Se enamoró perdidamente de él. Quedaban en sitios alejados, la recogía en su coche y se la llevaba a una casa que tenía en el campo. Practicó con ella todo tipo de sexo, oral, anal, duro y hasta ciertos jueguecitos, Silvia se ponía colorada al contármelo.

Se quedó embarazada, ella quería tener el niño, él le había hecho promesas de que si eso llegaba a suceder, abandonaría a su familia y se iría con ella.

La amenazó, si tenía el niño la dejaría. Un amigo de él, que todavía no había terminado la carrera de medicina, le provocó el aborto. Silvia no comprendió nunca por qué él iba a manifestaciones y daba charlas contra el aborto.

Su padre recibió una generosa cantidad de dinero para que se calmara y guardara silencio, aunque a él le daba lo mismo, mientras tuviese unas monedas para beber y caer inconsciente. Empezó a darle palizas cada vez más a menudo, la insultaba, la llamaba prostituta, golfa y a echarla continuamente de casa.

Le hablaron de la granja y decidió venirse, daba gracias a Dios por haberlo hecho.

Estaba pasmada, mientras me lo contaba jamás hizo o dijo algo que demostrase odio o rencor ni por su padre ni por aquel cabrón, lo contaba como un hecho natural, seguía enamorada de aquella basura; sentí pena, dolor e impotencia.

Me dirigía a la granja en bici, por la carretera, si podía llamarse carretera, parecía un camino para el ganado. Cuando un coche se me cruzó impidiéndome seguir, se abrió la puerta y aparecieron unas hermosas piernas, eran de la mujer del chulo.

—¿De vuelta al pueblo?

¿Es que no me estaba viendo? No me bajé de la bici.

—Ya ve usted —le remarqué lo de «usted» para marcar barreras.

—Qué protocolaria de «usted», si solo tengo unos añitos más que tú.

Sería embustera, unos añitos, catorce o quince más. No veía la forma de salir de la encerrona. Intentaba acercarse, pero la bicicleta lo impedía.

—Yo podría ser muy generosa con la granja, pero tú tienes que ayudarme a serlo.

No daba crédito, ¿por quién me tomaba? ¿Qué suponía ella que era ser lesbiana?

—Sé que sois muy promiscuas y lascivas.

Estaba sintiendo náuseas, no pude más.

—Haga el favor de apartarse, señora, y dígame al chulo de su marido que folle más con usted.

Me miró con sorpresa y rabia, se fue a toda marcha dejando una oleada de polvo en la carretera. Lo que hubiera dado por que la hubiese visto Judit.

La despedida fue muy triste, sentía una congoja en mi corazón, no me quedaba más tiempo por la añoranza que sentía por Judit, ¡la tenía tan dentro de mí! Me daba pena dejar a mis padres, sobre todo a mi madre, por su delicado estado, me sentía culpable de dejar en manos de mis hermanos la responsabilidad de ellos, sobre todo de mi hermana, que era quien más los cuidaba. Pensé también en la granja, en Antonio, que iba envejeciendo muy aprisa.

Esta vez no quise pensar mientras el autobús circulaba por la carretera.

Judit me estaba esperando en la estación, estaba espléndida, bellísima, la muy... Se había preparado para ponerme «calentita».

No se cortó, me plantó un lascivo beso en la boca.

—Cómo he añorado tu sexo, he tenido que masturbarme. No voy a consentir más que te alejes de mi lado.

Entramos en el apartamento, cogió mi mano y me llevó al dormitorio, nos echamos en la cama, me quitó la camisa y el sujetador, se lo quitaba ella también, no llevaba sujetador, se echó sobre mí besando mi boca, sentía sus pechos desnudos, una oleada de placer nos invadió, nos quedamos desnudas, sus brazos rodeaban mi cuello mientras me besaba introduciendo su lengua y enlazándola con la mía, nuestras manos se perdían en nuestro cuerpo, rozaban los pechos y sus aureolas, los gemidos se perdían en el aire. Se cambió de postura, puso su boca en mi sexo y el suyo en la mía, sentía su humedad, empezamos a succionar la vulva, el clítoris, temblábamos, nos parábamos para no dejar llegar el orgasmo, ya no podíamos más, aceleramos nuestros movimientos al mismo tiempo que introducíamos nuestros dedos en la vagina, nos tensamos y convulsionamos, la boca se llenó de fluidos y de nuestras gargantas salieron los ecos del placer, nos fuimos relajando, nos miramos, nuestros ojos reflejaban nuestro amor, sonreíamos.

—Judit, eres una lasciva.

Se pegó a mí y me abrazó.

—Amor mío, todavía nos queda mucho por aprender —me dijo.

El sueño se apoderó de nosotras.

Nuestra vida era plena, Judit era cada vez más posesiva, ya no quería que hablara con Arancha. No iba a consentir que me alejara de la mujer que me había ayudado tanto y de forma tan desinteresada y por la que sentía algo tan profundo que no era capaz de descifrar, ella jugaba al *paddle* y al tenis en pareja con hombres y, aunque me moría de celos, nunca le dije nada. Me prometí a mí misma que volvería a encontrarme con Arancha.

Esa tarde venía muy alegre de jugar al tenis.

—¿Tú ya lo sabías, no?

Por la forma y el tono de hablarme me puse en guardia, dejé las traducciones que estaba haciendo.

—¿Me escuchas, Candela?

—Sí.

—Arancha tiene pareja.

Sentí un golpe en el corazón. Hacía tiempo que no la veía y ni nos hablábamos por teléfono, siempre saltaba el contestador.

—¿No dices nada? Claro, lo sabías.

—Pues mira, no —le contesté cabreada.

—¡Oye! ¿Por qué te cabreas?

Era una pregunta trampa, tenía que tener cuidado.

—Por la forma que tienes de hablarme.

Se acercó a mí.

—No seas cínica.

Tenía que rendirme a la evidencia, no podía mentirle, me conocía demasiado bien, me había enfadado porque Arancha ni siquiera me lo había dicho y sabía que Judit no mentía y porque no era capaz de enfrentarme a lo que sentía por ella.

La tenía tan cerca que podía oír su agitada respiración, me vengué.

—Efectivamente, te he mentido, me jode que Arancha tenga pareja.

Me dio tal bofetón que sus dedos se quedaron señalados en mi cara, se volvió para dejarme sola, pero la cogí por detrás y la inmovilicé, luchaba por liberarse de mí, no podía, la mordí en el cuello y se estremeció.

—Déjame, no vas a follarme.

—¿De veras, tú crees? —le dije cínicamente.

Le acariciaba los muslos y le besaba la nuca, intentaba soltarse pero yo no la dejaba, le agarré por las caderas y le di la vuelta, presionaba sus glúteos haciendo que nuestros pubis se juntaran, crucé mis brazos detrás de sus espaldas y movía mi cuerpo rítmicamente mientras mi boca se comía la suya, empezó a gemir, a mordirme los labios, me acariciaba el pelo, apoyé su espalda contra la pared quedando sus glúteos separados, la seguí acariciando suavemente con las yemas de mis dedos todo su cuerpo, me puse de rodillas, levanté su pierna poniéndola sobre mi hombro, metí mi cabeza en su sexo succionándole su vulva y su clítoris al mismo tiempo que la penetraba con mis dedos, ella apoyaba sus manos en mi cabeza, cuando le llegó el orgasmo, gritó de placer y mi boca se llenó de sus fluidos. Me incorporé, la besaba en el cuello y friccionaba mi

sexo contra sus muslos, sentí cómo el placer me invadía. Nos dejamos caer en la cama, se puso detrás de mí y cogiéndome por mi vientre se presionó contra mí besándome en la nuca.

—Ámame siempre, Candela

Volví mi cara y puso sus labios en mi boca.

Entró como siempre, parecía que venía huyendo.

—Vámonos, Candela.

—¿A dónde?

—He quedado con el de la inmobiliaria, nos va a enseñar la casa.

—¿Qué casa?

—Ya empezamos, Candela, la casa de campo que te he enseñado por fotografías y quiero comprar para irnos allí a relajarnos, cuando queramos.

—¿Pero tú puedes comprarte una casa de campo?

—Dejémoslo, no te voy a dar explicaciones porque terminaríamos discutiendo.

—Vete tú a verla, tengo que terminar estas traducciones.

Si al final iba a ser lo que ella quisiese.

—Ten cuidado, Judit, por favor, no corras; si no, déjalo para mañana y yo te acompaño.

—Mañana no puedo —me besó en la boca—, te prometo que no correré, espérame cargadita.

Sentí de pronto como un temblor en el cuerpo, como un presagio y miré el reloj, habían pasado ya varias horas desde que Judit se fue.

Sonó el móvil, era la Guardia Civil, Judit había tenido un accidente mortal, se había saltado la mediana y se había empotrado contra un camión que venía por el carril contrario. Perdí el conocimiento.

Sentí que alguien me zarandeaba.

—Por Dios, Candela, despierta —me decía Arancha.

La abracé.

—Dime que ha sido un sueño.

Acarició mi cara y me miró a los ojos.

—No, Candela, no, yo me he enterado porque el accidente ha salido en las noticias, he venido hasta aquí; al no abrirme nadie la puerta, se lo he pedido al portero.

—Llévame a verla, por favor.

—No puedes, sus padres se la llevan a Toledo.

Recordé que en cierta ocasión me comentó que había vivido en Toledo.

—Candela, su padre me ha llamado por teléfono, nos tenía controladas, tiene que ser una familia con gran poder en todos los campos, me han pedido que te diga que no intentes acercarte al entierro y mucho menos ir a visitar su tumba y que salgas inmediatamente del apartamento.

Estaba confusa, no entendía las palabras de Arancha, ¿quiénes eran sus padres? ¿Qué familia era aquella tan poderosa y tan cruel? Sentía que se me nublaba la vista y cómo una garra me oprimía el corazón, las lágrimas corrían por mis mejillas. «Judit, amada mía, ¿qué has hecho? ¿Cómo has podido matarte de esta forma?».

Un sentimiento de culpabilidad me embargaba, ¿por qué no la acompañé? Me fui al lavabo y vomité.

Arancha me agarró por los hombros.

—Vamos, por Dios, Candela, reacciona. No podemos quedarnos aquí, coge tus cosas y vámonos a mi apartamento.

—No puedo, Arancha, no puedo moverme de aquí, es como si ella no se hubiera ido.

Me dio una pastilla.

—Por favor, tómatela y levántate.

La pastilla me tranquilizó, me entró como una especie de sopor, Arancha me preguntaba señalando las cosas que podían ser mías y las iba metiendo en un bolso de viaje.

Íbamos en el coche, no podía concentrarme, oía la voz de Arancha en la lejanía.

—Sabía que Judit me tenía unos celos terribles, por eso me mantenía alejada de ti, no quería que tuvieseis problemas por mi culpa, pero ella sabía que podía confiar en mí y una tarde me llamó, estaba desolada, quería desahogarse, me hizo jurar que no te lo diría, ya está muerta y creo que debes saberlo. Me contó que su familia se había enterado de lo vuestro, tuvieron un escándalo terrible y amenazaron con matarte, entonces ella se puso una pistola en la boca y amenazó con matarse si la separaban de ti.

Comprendí por qué nunca quiso hablarme de su familia, no podía controlar mis sollozos ni el temblor de mi cuerpo.

—Por Dios, Candela, cálmate, estamos llegando a casa.

Una vez más, Arancha me salvó la vida.

Después de la muerte de Judit, mi vida se convirtió en un infierno, me sentía culpable, debería haberla acompañado, malditas traducciones y maldito orgullo.

No podía soportar su ausencia, el dolor era mi acompañante fiel y me iba consumiendo poco a poco.

Me sentía como una proscrita por no poder visitar su tumba, ¿cómo podrían existir personas con tanta maldad en sus corazones? Pero nunca conseguirían quitarme su recuerdo, el tiempo que estuvimos juntas, lo que nos amamos.

Los sollozos me impedían pensar.

Podía oír su risa, sentir aquellos momentos tan intensos y tan plenos, cuando nuestros cuerpos se deseaban y amaban, chispas de fuego salían de nuestra piel y prendían en nuestros corazones.

Había noches que creía oír su voz, oler su perfume, sentir el roce de su piel, las caricias de sus manos. Otras noches pensaba que el dolor me llevaría a la locura.

Arancha terminó por llevarme a un psicólogo amigo suyo, que decidió ponerme en tratamiento, también habló con el rector de la universidad, aunque cambió lo de «que era mi pareja» por el de «una amiga muy querida» por temor a su reacción.

Incluso al hablar por teléfono se me notaba que algo grave me ocurría y mi hermano lo notó.

—Candela, ¿te ocurre alguna cosa? Noto en tu voz cansancio, tristeza y me atrevería a decir que dolor; ¿qué te ocurre, mi niña?

Yo le echaba la culpa a los estudios y a los profesores. Murió mi madre y no tuve fuerzas para ir a su entierro, no quería que mi familia me viera en el estado en el que me encontraba. Mi hermano, siempre tan bueno y generoso, me dijo que no me preocupase, si no podía ir al entierro, que ya no se podía hacer nada, solo rezar.

Estábamos terminando el curso, Arancha me reñía y se enfadaba conmigo por mi abandono en los estudios.

—Candela, ¿has hecho el trabajo? Sabes que tienes que presentarlo antes de que termine la semana, terminarás suspendiendo y te quitarán la beca.

—Ya lo haré, tengo tiempo.

Me miró con resignación, me alborotó el pelo.

—Anda, vámonos al merendero a comer, ¿te acuerdas?

—No.



—Venga, Candela, por Dios, haz algo por ti.

Por no discutir con ella nos fuimos al merendero, todas las mesas estaban ocupadas, Arancha consiguió que nos pusieran en una.

Fui al lavabo y no pude evitar escuchar la conversación de dos chicas que estaban hablando dentro de uno de los servicios.

—¿Has visto a esas dos que han llegado? Una de ellas ha dejado a su pareja para poder cuidar a la otra que por lo visto es lesbiana y ha sufrido una desgracia.

Salí temblando, la verdad es que no me había vuelto a acordar de lo que me había dicho Judit sobre la pareja de Arancha.

—Vámonos.

Cómo me vería ella que se levantó y me siguió. Cuando nos montamos en el coche me preguntó.

—¿Pero qué es lo que ha pasado?

—¿Por qué no me lo has dicho? —le pregunté alzando la voz.

—¿Decirte qué? Y, por favor, no me grites.

—Lo siento, por Dios, perdóname, lo siento.

—Está bien, y ahora dime qué es lo que tenía que decirte.

—¿Por qué no me has dicho que has dejado a tu pareja?

Se echó a reír.

—¿Qué pareja? —dijo burlona.

Me hizo sonreír.

—Vamos, no me mientas.

—Ya te lo contaré otro día, volvamos a casa y comamos algo, estoy muerta de hambre.

Se quedó extrañada al ver cómo me había comido todo lo que había puesto en la mesa.

—Qué alegría, pensaba que no te gustaban mis comidas.

Le cogí su mano y me la llevé a los labios.

—Arancha, nunca podré pagarte todo lo que has hecho por mí, le pido a Dios que me ayude y que me dé fuerzas para seguir hacia delante, sobre todo para que tú puedas seguir con tu vida.

Me acarició la cara, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Volví al gimnasio, retomé con más fuerza mis estudios y luché para remontar de nuevo, comprendí y acepté el dolor por la pérdida de Judit; ella estaría siempre en mi corazón y en mi vida. Poco a poco dejé el tratamiento psicológico.

Mi carácter cambió, me hice más reflexiva y seria, entre mis cabellos empezaron a brillar algunas canas.

Arancha estaba muy feliz y no solo era por mi recuperación, intuía que se había vuelto a enamorarse.

Miraba por los cristales de la ventana, observaba cómo los coches y personas circulaban y andaban como máquinas, como si huyeran de algo, recordé las entradas de Judit en el apartamento.

Vi cómo aparcaban un deportivo rojo, salieron un chico moreno, con pinta de deportista, y Arancha, se despidieron dándose un beso.

Escuché cómo se abría la puerta, ni siquiera me moví.

—¿Qué haces, Candela, mirando por los cristales?

Tuvo que darse cuenta de que los había visto. Se quedó un momento en silencio.

—¿No me escuchas?

No podía consentir que se sintiera mal, me volví sonriendo.

—Observaba cómo el cielo se nublaba.

Entró en su cuarto.

—Voy a cambiarme, me voy a una pequeña fiesta que da uno de mis amigos por ser su cumpleaños. ¿Por qué no te animas y te vienes?

—No, no, tengo mucho que estudiar.

Mis sentimientos volvían a confundirse. Salió, estaba preciosa con aquel vestido ceñido al cuerpo que ponía al descubierto todas sus curvas.

La observé con tristeza.

—¿Qué te pasa? Estás muy seria, anda, dime que estoy guapa.

Presentía que el destino nos volvía a separar.

No sabía si es que el miedo me impedía ver la realidad de mis sentimientos hacia ella o es que la vida nos empujaba y no nos dejaba estar juntas. Tantos momentos compartidos, momentos malos como cuando me separaron de Alejandra, la muerte de Adrián; momentos buenos, nuestros cafés, nuestras comidas, nuestras conversaciones; momentos que no podría definir, como cuando nos fuimos al *pub* y Judit se presentó con su primo, siempre me pregunté qué habría ocurrido si ella no **nos hubiera interrumpido** y, sobre todo, los más trágicos y en los que ella demostró más entereza y

lo que me quería, quizás como amiga, la muerte de Judit, sentí como si un dardo traspasara mi piel al recordarla. El destino hizo posible que otras personas se pusieran en nuestro caminos y nos separaran.

Ya no podía decirle nada, había encontrado un nuevo amor, se le abrían de nuevo las puertas a la vida. Bastantes problemas le había causado. Lo único que podía hacer era marcharme y dejarla en paz.

Ya amanecía cuando sentí la llave en la cerradura, las lágrimas corrieron por mis mejillas.

Me estaba esperando a la salida de clase.

—¿Qué ocurre? Cuánto honor.

—No empieces, Candela, tengo prisa, en la redacción de un periódico están buscando un chico para hacer fotocopias, llevar el café, por algo se empieza, esta es la dirección.

Me dio un papel escrito.

—Pregunta por la redactora, es amiga mía, dile que vas de mi parte.

—Sabes que no me gustan las recomendaciones.

—Qué recomendaciones para el chico, en este caso la chica de los recados — dijo burlesco.

Me dio un beso y se marchó.

La vi, como tantas veces, alejarse en su coche, iría a reunirse con él.

Estaba ante un viejo edificio, en el portal vi varias placas anunciando los negocios allí instalados, vi el de la redacción del periódico.

El portero salió a mi encuentro.

—¿Busca a alguien?

—Gracias, ya lo he encontrado.

Entré en la redacción, me quedé indecisa, las personas iban de un lado para otro y no advertían mi presencia. Un señor mayor se me acercó.

—A quién buscas?

—Vengo a por lo del anuncio.

—¿Qué anuncio? —dijo sonriendo—. Tenemos muchos anuncios.

Pensé, empiezo bien, seré imbécil.

—Perdone, el que han puesto ustedes solicitando un chico para hacer fotocopias...

Me miró de arriba abajo, le entendí, yo era una chica.

—Soy Raúl, ¿traes el *curriculum*?

—Sí, me llamo Candela, encantada —se lo entregué.

—Lo tiene que ver la redactora, ya contactaremos contigo.

Los días seguían pasando, evitaba encontrarme con Arancha en el apartamento, pasaba mi tiempo en la biblioteca, me había propuesto sacar mi carrera y sabía que para seguir optando a la beca tenía que tener unas notas muy altas.

Me dirigía a la cafetería donde Arancha y yo solíamos tomar café, sonó el móvil.

—Candela, no hay quien te pille, ¿qué pasó con el trabajo? ¿A que no te presentaste a la redactora en mi nombre?

—Primero, tengo mucho que estudiar y segundo, no, no le he dicho nada a la redactora.

—Cómo eres, ¿sabes si tienen contratado ya al chico?

—No lo sé, cuando lo sepa te llamaré.

Colgué, imaginaba su cara y el cabreo que se pillaría por haberle colgado el teléfono, me dolía oír su voz, la echaba tanto de menos.

Me estaba tomando el café cuando volvió a sonar el móvil, era del periódico, tenía una cita con la redactora a las seis de la tarde.

Nunca supe si fue casualidad de la vida o es que Arancha la había llamado.

Entré en la redacción, salió a mi encuentro Raúl.

—¿Qué tal estás? Ven, te presentaré a la redactora.

Le seguí, llamó a la puerta de un despacho y entramos.

—Jefa, aquí está la nueva aspirante para hacer fotocopias y demás —dijo sonriendo y se marchó.

Ni siquiera me dijo que me sentara, me preguntó sin levantar la vista de los papeles que había en la mesa.

—Bien, dígame, ¿por qué quiere trabajar en este puesto?

No pude evitar ponerme borde.

—¿Se refiere al puesto de chico de los recados?

Levantó la vista de los papeles y me miró, entonces me fijé en ella, tendría dos o tres años más que yo, sus ojos eran de un negro profundo, las facciones suaves, labios no muy gruesos, su pelo rizado, negro, recogido por unas cintas azules como en forma de coleta, dejando que algunos rizos cayeran en su cara. Miré su escote por donde se podía apreciar unos enormes pechos; era más bien delgada.

Al ver cómo la miraba se levantó de golpe dejando que pudieran apreciarse unas pronunciadas curvas y unas hermosas piernas.

—¡Oiga! Pero ¿quién se cree usted que es para contestarme de esa forma y mirarme como lo está haciendo?

Me di cuenta de que la había mirado como yo solía hacerlo cuando miraba a una mujer.

—Lo siento, creo que usted se equivoca... —dije con altanería.

—Mire, no voy a discutir con usted, la voy a contratar, no voy a decirle los motivos por los que lo hago, usted me parece una auténtica borde.

Cogió el teléfono.

—Javier, atienda a la nueva, puede marcharse.

Salí y me encontré con un chico unos años mayor que yo, me tendió su mano.

—¡Hola! Me llamo Javier, seré..., bueno, estarás a mi cargo, ven, te enseñaré tu sitio.

Me llevó a una sala llena de fotocopadoras, archivadores y máquinas de café, en un rincón había una mesa pequeña, una silla y un teléfono.

—Esta es tu mesa, yo también empecé aquí —dijo sonriendo—, el sueldo no está mal para ser media jornada, seiscientos euros.

Dejé el apartamento de Arancha sin despedirme de ella, no tuve valor de verla y decirle adiós.

Mi teléfono estaba sonando, vi en la pantalla su nombre, no sabía si cogerlo o no.

—Candela, te has ido sin verme, ni siquiera me has dicho adiós —su voz sonaba alterada—. ¿Cómo puedes ser tan cabrona? Y encima soy yo la que está llamando.

No sabía qué contestarle, ¿estaría con él?

—¿Estás ahí o qué?

—Por favor, Arancha, respétame, déjame un tiempo para poder explicarte mi comportamiento, por Dios te lo pido.

—¿Qué es lo que tienes que explicar de tu comportamiento? No te entiendo, te voy a respetar, búscame o llama cuando tú quieras.

El tiempo pasaba, Arancha no me llamaba, ni yo a ella. Me moría por verla, oír su voz, su risa, pero tenía miedo a enfrentarme a lo que sentía y a hacerle daño.

Me encontré con un amigo en común y no pude evitar preguntarle por ella.

—¿Qué os pasó? Ella nunca habla de ti, está guapísima, sigue con Armando, lo que le hemos notado es que su carácter ha cambiado, ya no es tan alegre como era antes.

¿Tendría yo la culpa?

Los de la redacción no me dejaban parar, que si un café, que si unas fotocopias... Empecé a fijarme cómo llegaban las noticias a la redacción y cómo se redactaban para su publicación.

Javier estaba muy pesado, siempre detrás de mí tonteando, no tuve más remedio que hablar con él.

—Javier, olvídate de mí, me gustan las mujeres, y como tú comprenderás, a mí los hombres...

—Si lo sé, te lo he notado, no me importa, estás, perdona, buenísima.

¿Cómo era posible que hubiese personas tan bobas?

Me llamó mi hermano para decirme que mi padre tenía demencia senil y que mi hermana era quien la estaba cuidando; Ángela era la que se sacrificaba mientras yo cumplía mis sueños en la universidad, empecé a comprender el carácter de mi hermana.

Ya no podía seguir mandándome dinero, se había ido a vivir con su novia, le dije que no se angustiara, tenía otro trabajo, este verano no podría ir a verlos; tan generoso como siempre me dijo que no me preocupara, pero que no me olvidara de la familia.

Había un ambiente tenso en la redacción, los periodistas estaban nerviosos, se había filtrado un vídeo donde en un famoso internado los educadores abusaban sexualmente de los menores, por las descripciones que se hacían, era el internado al que se había referido Leonardo. No podía creerlo, aquellos cabrones iban a pagar lo que habían hecho.

Con mucha cautela empezaron a publicarse artículos, solo se referían a los educadores. El chico que filtró el vídeo, testigo protegido, apareció muerto por una sobredosis, el vídeo desapareció, con ellos desaparecieron las pruebas.

Era imposible luchar contra las personas que tenían el poder y el dinero, tenían todos los medios a su alcance, el dinero lo podía todo, en la lucha caían más inocentes que culpables.

En los medios de comunicación se hizo un silencio absoluto, Mirian fue valiente y publicó un artículo donde ponía en duda cómo se había llevado el caso y de quiénes podían ser los que estaban detrás. Interpusieron una cuantiosa demanda contra el periódico que si era admitida, tendría que cerrarse.

Llamé a Antonio, sabía que él tenía que tener una copia de aquel vídeo. Noté en su voz temor y miedo, sí tenía una copia, el chico se la había pasado al móvil antes de hacerlo público, él no tenía miedo a perder la vida pero, ¿qué sería de los chicos de la granja? Le juré que no lo publicaría, que jamás diría cómo lo había adquirido. Solo lo utilizaría como amenaza para que quitaran la demanda. Me lo envió a mi móvil.

Llamé a la puerta del despacho de Mirian.

—Tengo el famoso vídeo.

—¿Cómo dice? No la entiendo.

—¿No me entiende? Se lo repetiré, tengo el vídeo del internado.

Me miró con expresión de ironía.

—¿Me lo enseña?

—Primero tiene que jurar que no lo publicará.

—¡Qué! Yo haré lo que crea conveniente.

Hice intención de irme.

—¡Espere! Lo haré, ¿cómo se ha hecho usted con él?

—Eso no se lo voy a decir. Esta historia la conocía ya, me la contó uno de los protagonistas, él no tenía ni fuerzas ni medios para hacer nada y yo no era ni soy nadie importante. Uno de los violadores era hermano de mi pareja, que era mujer, por sus prejuicios sociales y religiosos nos separó, ¿qué curioso, verdad? Tenía la esperanza de que algún día lo pagaría.

Me quité el crucifijo que llevaba en el cuello, era un regalo de mi madre, no me lo quitaba nunca, recordé a Judit, mi amada Judit, cómo se reía y me decía: «¿Cómo tú, que eres un demonio, puedes llevar esa imagen?». Sentí una punzada de dolor.

Mirian me miró con extrañeza.

—¿Eres cristiana?

—Soy cristiana, lo que no me dejan es ser practicante. Ponga la mano en el crucifijo y júrelo.

Lo juró, le envié el vídeo, lo miró y se quedó pálida.

La demanda se quitó, no quise saber nada más, a veces es mejor no saber.

Una tarde, Mirian me llamó a su despacho.

—No he tenido tiempo para darte las gracias.

—No es necesario, tampoco yo se las he dado a usted por darme el trabajo.

—Llámame de tú, ¿por qué lo hiciste?

La miré a los ojos.

—Lo hice porque yo nunca me doy por vencida, ahora no puedo hacer nada, pero quién sabe. Además, no iba a consentir que a la persona que se había enfrentado a ellos, se la llevaran por delante.

Sus ojos expresaban admiración.

—He pensado que podrías redactar pequeñas noticias.

—No quiero llegar a ningún sitio por agradecimientos y enchufes.

—Todavía no me conoces; si no vales, vuelves a las fotocopias.

Estaba feliz, empecé a redactar pequeñas noticias: la entrega de trofeos a los deportistas de una barriada, la caída de un árbol..., antes de publicarlos se los enseñaba a Raúl, era un gran periodista y una gran persona, desde un principio nos cogimos cariño.



La relación con Mirian se hizo más fluida, me llamaba para comentar alguno de mis escritos. Discutíamos mucho, ella tenía un carácter muy fuerte y yo no me dejaba doblegar.

Cuando nuestras miradas se cruzaban, ella siempre desviaba la suya.

Recibí **por** casualidad una historia horrible, me dijo que no era de mi competencia, trataba de la violación de un padre a su hija, una menor de edad.

—Está bien, Mirian. Si yo no estoy capacitada, que lo haga otro periodista.

—Candela, por favor, déjalo ya, esta historia es antigua, ella ya está casada, no entiendo cómo ahora quiere remover semejante..., bueno, mierda.

—Y, ¿por qué no? Quizás no pueda vivir tranquila, ¿qué pasa, Mirian, me estás ocultando algo?

Me dio un fuerte bofetón. La miré con tal rabia que bajó su mirada.

La agarré de la cintura y la atraje hacia mí, busqué su boca, la deseaba con todas mis fuerzas, mi lengua se enlazaba con la suya mientras mis manos recorrían su espalda, ella alzó sus brazos a mi cuello. El tiempo parecía haberse parado. Sonó el teléfono y nos separamos.

—No te vayas, por favor.

Cogió el teléfono, yo no escuchaba lo que hablaba.

Terminó de hablar y se acercó a mí, ahora era ella quien buscaba mi boca, sentía cómo una ola de deseo llenaba mi cuerpo al sentir sus besos, el contacto de mis manos en su piel, el roce de nuestros cuerpos.

Llamaron a la puerta y nos apartamos, era uno de los periodistas.

—Espérame cuando llegue la hora del cierre —dijo dirigiéndose a mí.

La tarde se me hizo eterna. Me quedé la última. Mirian salió del despacho y se dirigió a mí.

—Vámonos.

Cuando salimos a la calle me puse borde, quería disimular mi nerviosismo.

—Y bien, ¿dónde se supone que vamos a ir?

Me miró con expresión burlona.

—¿Estás nerviosa?

—¿Quién, yo? ¡Venga ya!

Me bordeaba, estaba llevando las riendas, lo que me hacía sentir un deseo incontrolable.

—Podíamos ir a mi apartamento.

—Lo que tú quieras —contesté.

El apartamento estaba situado en una de las urbanizaciones más importantes de Madrid, estaba decorado con todo lujo de detalles, me sentía incómoda. La soltura de ella me intimidaba, sabía que era hetero, Javier me había dicho que estaba divorciada.

—¿Quieres pasta? ¿O prefieres otra cosa?

—Lo que tú prefieras.

Aquellos espaguetis estuvieron deliciosos, abrió una botella de champán, me tomé tres copas y me calenté. Me levanté, me dirigí hacia ella y cogiéndola de las manos, la atraje hacia mí; intentó apartarse.

—¿Qué pasa, Mirian? Se acabaron los jueguecitos.

—Oye, espera, no...

No le hice caso. Mi boca buscaba la suya, acariciaba su espalda, desabrochando su vestido, notaba la tibieza de su piel. «Candela, por favor, espera», dijo en un susurro. Sentía el temblor de su cuerpo, el vestido cayó al suelo y le quité el sujetador, tocaba sus pechos desnudos, mis muslos se humedecieron, ella perdió el control y me desnudaba, desnudas nos tumbamos en la alfombra, miraba su cuerpo, sus pechos, me puse encima de ella, poniendo mi pubis sobre el suyo, movía mi cuerpo lentamente, las yemas de mis dedos recorrían toda su piel y mi boca chupaba sus pechos y sus aureolas, ella se removía y gemía, sentí en mis manos la humedad de su sexo y me aparté.

—Ahora juguemos, tendrás que pedírmelo.

Sus ojos despedían chispas de deseo.

—¿Cómo puedes ser tan zorra? No te lo voy a pedir, tú vas a seguir.

Sus manos llegaron a mi sexo, lo acariciaban y sus dedos me penetraban, no podía más, sería zorra, mi cuerpo se pegó al suyo y con mi boca lo recorría.

—Penétrame ya... Por favor, Candela, con lo que tú quieras...

Bajé mi cabeza a su clítoris y empecé a succionarlo, penetrándola con mis dedos suavemente y después con más rapidez, empezó a temblar y convulsionó, dio un pequeño grito de placer, mi boca se llenó de sus fluidos, se fue relajando.

La besaba mientras friccionaba mi sexo contra sus muslos, llegándome el orgasmo.

La susurré:

—Me estoy enamorando de ti, deseo tu cuerpo con locura.

—Yo ya te quiero, amor mío, y conseguiré que tú también me ames.

El sueño nos fue venciendo.

Y lo consiguió, consiguió que me enamorara de ella, que deseara cada poro de su cuerpo, hasta su alma.

Se acercaba el verano y con él las vacaciones.

—¿Qué piensas hacer en vacaciones? Podías venir también por las mañanas.

Había pensado pedírselo, el periódico hacía grandes tiradas y estaban todos agobiados porque les faltaba tiempo para terminar los trabajos. Le había comentado a mi hermano que al tener un nuevo trabajo no podría ir a verlos.

Pero para fastidiarla le contesté.

—Tú sabes que yo procedo de un pueblo y a los pueblerinos nos gusta mucho visitar a nuestras familias.

Se puso a ordenar unos papeles que había en la mesa, era muy orgullosa y no me iba a pedir que me quedara.

Me acerqué a ella y le cogí su cara con mis manos, la besé acariciando su lengua.

—¿Tú crees que puedo vivir sin nuestros orgasmos?

La atraje hacia mí y mis manos buscaron sus pechos.

—Por favor, Candela —intentaba parar mis caricias—, la redacción está llena de gente.

Me estaba esperando a la salida de la universidad, era el último día y nos daban las notas. La abracé, no me importaba que nos vieran y la besé en la boca.

—Qué contenta estás, tienes que haber sacado unas excelentes notas.

—Sobresalientes y notables.

—Nos vamos a casa a preparar las maletas.

—¿Cómo?

—Has hecho un buen trabajo en el periódico y tus notas son inmejorables, nos merecemos unas vacaciones.

Mientras circulábamos por la carretera, le pregunté.

—Por lo menos dime dónde vamos.

—Es una sorpresa —sonrió.

Empezamos a divisar la playa y sus acantilados. Nos adentramos en una urbanización de lujo. Paramos a la entrada de un lujoso chalet, tocó el claxon y se abrió la puerta. Nos recibió una señora vestida de negro con delantal blanco.

—Señorita Mirian, ¡qué alegría!

—Adela, le presento a Candela.

—Encantada, señorita Candela.

—Candela —le dije dándole un beso.

—Su habitación está preparada —dijo dirigiéndose a Mirian.

Se quedó sin saber qué decir, mirándome a mí. Mirian sonrió.

—No te preocupes por Candela, dormimos juntas.

No quise mirar la cara de la pobre mujer. Entramos en su habitación, yo estaba deslumbrada por el poder y el lujo que transmitía toda la casa.

—¿Te has quedado muda?

Todo aquello me podía, pero no iba a darle el gusto de reconocerlo.

—¿Yo? ¿Por qué?

Se echó a reír.

—Anda, ponte el bañador y vámonos a la playa.

Nos pusimos los bañadores, el suyo era espectacular o lo hacía espectacular su cuerpo. El mío era olímpico, haciéndome las piernas más largas y resaltando la firmeza de mis muslos, mis pechos se apreciaban pequeños y erguidos.

—Sabes que estás muy buena en bañador —me dijo Mirian sonriendo burlesco.

Nos pusimos unas camisolas y nos dirigimos a la playa.

La playa era tranquila, no había muchas personas, nos fuimos hacia una pequeña cala, allí se encontraba su familia. Abrazó a unos y a otros. Mis nervios me impedían ver con claridad. Allí se encontraba un señor mayor que era su padre y dos parejas de jóvenes, su hermana y su marido y su hermano y su mujer, una niña de aproximadamente diez añitos y un niño que tendría doce.

—Os voy a presentar a mi pareja.

Mirian no se había cortado, tenía que haberles contado lo nuestro.

Los besé y me besaron.

—Vamos a bañarnos —me dijo Mirian.

Observé que estaban todos esperando a que me quitase la camisola. Empecé a tirar lentamente de ella hacia arriba, moviendo suavemente las caderas. Al llegar al pecho di un tirón y dejé al descubierto mi cuerpo en bañador.

Dieron un respingo y se quedaron sorprendidos. ¿Cómo pensarían ellos que podría ser mi cuerpo?

Mirian no paraba de reír mientras se dirigía al agua.

—Qué mala y cabrona eres —decía entrando en el agua y haciéndome una ahogadilla.

Fueron unos días muy felices, no teníamos ningún compromiso con la familia, solo a la hora del mediodía comíamos todos juntos. El padre de Mirian era muy agradable, se veía que había tenido que recorrer mundo, la madre había muerto siendo Mirian una niña, ella era la pequeña de los hermanos.

A mí me gustaba mucho jugar con los niños, Pablo y Lucía, hacíamos castillos en la arena, jugábamos a la pelota y a toda clase de juegos infantiles.

Estábamos comiendo cuando Pablo me preguntó:

—¿Tú cómo te acuestas con mi tía, como si fueras una mujer o como si fueras un hombre?

Oí como de algunas bocas salía la bebida en forma de sifón.

Solté una carcajada.

—Pablo, me acuesto con tu tía porque la quiero mucho. Cuando seas mayor, tus padres te explicarán ciertas cosas que ahora no entenderías.

Le cogí su cara con mis manos.

—Pero sí debes saber que no debes consentir nunca que te digan a quién tienes que amar y cómo.

Aquella noche en la cama, Mirian me besaba arrullándome en sus brazos.

—Sabes que has dado una impresión magnífica a mi familia. Mi padre ha sido el primero que me lo ha dicho.

Me metí debajo de las sábanas, le mordía los muslos, el pubis, le hacía cosquillas.

Mirian no paraba de reír.

—Por Dios, Candela, para ya.

Tapada con las sábanas me incorporé.

—Soy un alma en pena que busca a la culpable de hacerme sentir los placeres terrenales.

Me quitó las sábanas y me atrajo hacia ella.

—Ámame como tú solo sabes hacerlo.

Nos hundimos entre las sábanas, sentíamos nuestras manos recorrer nuestra piel, nuestras lenguas lamer nuestros pechos, nuestras bocas succionar nuestros clítoris y nuestros dedos penetrar nuestros cuerpos, ahogábamos los gemidos que salían de nuestras bocas, al día siguiente vimos una sábana rota y mi cuello con varios moratones.

Observaba una puerta de sol, los rayos iban apagando su fuerza y el mar los aprisionaba impidiendo que se marcharan, era la lucha que dejaría al descubierto quién era el más fuerte. Vinieron a mi mente las imágenes de Judit y de Arancha, mi lucha por ellas, sobre todo por Arancha. Arancha amada y siempre perdida. Mis pensamientos fueron interrumpidos por los brazos de Mirian que me rodearon.

—¿En quién piensas, amor mío?

Regresamos morenas, guapas y felices. Al final Mirian me había convencido para irme a vivir con ella.

Al llegar al apartamento me eché encima de la cama.

—¡Por fin! Dulce hogar. ¿Por qué no inauguramos nuestra llegada con un orgasmito?

—No podemos, mira cómo está todo. —La verdad es que teníamos el equipaje tirado por el piso.

Me quité los pantalones.

—¡Candela, no seas gamberra!

La tumbé en la cama y me puse detrás de ella, mi sexo rozaba sus glúteos, le acariciaba sus pechos y pellizcaba sus pezones, mi boca lamía su cuello, ella acariciaba mis muslos, movía mi cuerpo rozando nuestra piel, nuestros gemidos se aceleraban, mi mano acariciaba su clítoris y con la otra presionaba sus pechos, lamía su cuello y el lóbulo de su oreja, sentía su temblor, «Candela, amor mío, no pares», seguí acariciando su clítoris mientras mis dedos la penetraban, sus manos apretaban mis muslos, su cuerpo convulsionó, de su boca salió un fuerte gemido y mi mano se llenó de sus fluidos, se fue relajando, enlacé mis piernas a su muslo y friccioné mi sexo contra él llegándome el orgasmo. Se dio la vuelta y me miró a los ojos, la besaba y tocaba sus pechos, sus brazos rodearon mi cuello, poco a poco fue venciéndonos el sueño.

Mirian me estaba esperando a las puertas de la universidad, bajaba las escaleras con un grupo de chicas haciéndonos bromas, me aparté de ellas y me dirigí donde estaba.

—¡Qué alegría! —le di un beso.

—Sí, creo que te la he dado. ¿Dónde ibas con esas chicas?

Me eché a reír.

—¿Estás celosa? ¡No me lo puedo creer!

La atraje hacia mí y la besé.

—Vale, Candela, pero que sepas que no me fío de ti.

Nos montamos en su coche.

—¿Dónde me llevas?

—Es una sorpresa.

Entramos en el restaurante, los camareros llevaban uniforme, teníamos mesa reservada.

—¿Por qué es esto?

—Por tu primer día de curso.

Le cogí la mano y la puse en mis labios. Tenía la mirada en el plato cuando vi la silueta de una mujer que se paraba delante de nuestra mesa. Levanté la vista, se me cayó el tenedor.

—Alejandra.

Estaba muy hermosa, su pelo más rubio y ensortijado, sus ojos más claros, del color del mar.

—Cuánto tiempo —dijo en un susurro.

Me levanté de la mesa, me besó en la cara mirándome a los ojos. No pude evitar decirle.

—¡Estás guapísima!

—Y tú, Candela, tus ojos no han perdido su color ni su brillo.

Nos quedamos en silencio, como si quisiéramos que ese momento no se terminara nunca. De pronto recordé a Mirian.

—Os voy a presentar: Mirian, Alejandra; Alejandra, Mirian.

Mirian no se levantó.

—Encantada.

Alejandra le tendió la mano.

—¿Cómo estás?

Se podía cortar la tensión. Alejandra cogió una servilleta y apuntó un número y me la dio.

—Es mi móvil, ¿me llamarás?

—Por supuesto —respondí.

—Hasta pronto.

Mientras se alejaba hacia la puerta, me fijé en su cuerpo, sus curvas se pronunciaban más, se había hecho una mujer.

Mirian me arrancó la servilleta de las manos y la hizo pedazos.

—Te ha impactado tanto verla que te habías olvidado de mí.

—No digas tonterías.

—Estoy pensando en irme.

—Por favor, Mirian, comamos esto, está riquísimo.

—Te lo comerás tú —hizo ademán de levantarse.

—¿Pero qué es lo que te pasa? Yo puedo verte a ti todo el día rodeada de tíos y algunos son verdaderos idiotas y tú montas un pollo por una mujer.

—No es una mujer cualquiera. ¿Qué crees, que no sé tu historia con ella? Júrame que no la llamarás.

—Ahora cojo los trozos de servilleta, los pego, veo el número y la llamo.

La miré, estaba a punto de que se le saltaran las lágrimas.

Mis dedos levantaron su barbilla.

—Mírame, mírame. ¿Qué ves en mis ojos? Dime.

—Que me quieres.

Besé las palmas de sus manos.

Mirian intentaba parecer alegre, no podía, sus ojos la delataban, la aparición de Alejandra le había tenido que doler.

—Tengo que ir a la redacción.

—Mirian, déjalo por esta tarde y vayamos a casa.

Llegamos al apartamento y descorché una botella de champán, con ella en la mano la abracé y la llevé hasta el dormitorio, solté la botella en la mesilla y nos tumbamos en la cama, desabroché los botones de su camisa uno a uno; quitándole el sujetador, surgieron sus pechos, firmes, duros, llamando al placer, fui bajando su falda y tiré de sus bragas, ella también me desnudaba, juntamos nuestros cuerpos y entrelazamos nuestras piernas, nos besábamos en la boca, mi lengua rozaba la suya, la puse boca abajo y con mi lengua recorría toda su espina dorsal, sentía cómo su vello se



erizaba, la volví a poner boca arriba y vertí el champán en su boca y bebí de ella, lo vertí en sus pechos y se los lamía y chupaba absorbiéndolo, mojé sus muslos y con mis dedos lo extendía, empezó a gemir, pellizcaba sus pezones y le mordía el cuello, mientras susurraba palabras de amor, estaba a punto de llegarnos el orgasmo, bajé mis manos a su sexo y con mis dedos la penetré llegando a su punto más sensible, convulsionó, dio un gemido de placer y sus fluidos llegaron hasta sus muslos, ya no podía más ella, me estimuló el clítoris y sentí cómo el orgasmo me invadía.

La rodeé con mis brazos.

Ella me susurró.

—Te amo, amor mío.

A pesar de que mis artículos les gustaban a los lectores, quería trabajar en la investigación de historias sobre homosexuales y lesbianas. Se lo comenté a Mirian, se estaba volviendo tan cabrona como yo.

—¿Es que me quieres entrevistar? Fuera ya de bromas, si tienes ilusión y piensas que puedes hacerlo, hazlo. Si no da resultado, no podré mantenerlo.

Hablé también con Raúl.

—Es una buena idea, Candela, pero difícil de llevar a la práctica. Todos sabemos, y tú mejor que nadie, que la homosexualidad en un porcentaje muy elevado de la sociedad es rechazada y todavía no se ha superado, los que la sufren unas veces por miedo y otras porque pasan ya de todo, no quieren contar sus historias.

No sabía cómo empezar ni qué escribir sobre el trabajo elegido. Raúl observó mi preocupación y me llamó a su despacho.

—¿No has encontrado nada para escribir?

—Creí que iba a ser más sencillo, veo las noticias e incluso he buscado por Internet, pero no encuentro nada que merezca la pena.

—Ve a por tu grabadora, te relataré tu primera historia.

—Un, dos, tres —dije de broma—, grabando.

—Es la historia de una familia, los padres y dos hijos. Fernando y Sara. Fernando era el mayor, sacrificó su vida por sus padres y por los miedos a una sociedad egoísta y vengativa. La familia tenía un gran poder político y mediático, con profundas y arraigadas creencias religiosas.

De niño le gustaba ponerse los vestidos de su hermana y jugar con sus muñecas. Sus padres no le daban importancia, tenían la creencia de que se le pasaría. «Son cosas de niño, cambiará», pensaban.

Fernando no solo no cambió, sino que se ratificó todavía más en sus sentimientos. Vestía con vaqueros estrechos, camisas de flores. Su forma de andar y de hablar delataban su homosexualidad. Sus gustos por las cosas eran más femeninos que masculinos.

Estudiaba lo que sus padres querían, Derecho. Cuando terminase la carrera, se haría cargo de la administración de todos los bienes familiares y de representar a su padre en todos los acontecimientos políticos, sociales y religiosos.

Fernando conoció a otro chico en la universidad, sintieron que el amor surgía entre ellos sin poder evitarlo. Eran felices compartiendo su tiempo, estudiando y amándose, pero siempre con miedo, ocultando sus sentimientos por temor a su familia y a los que le rodeaban.

Un verano que regresaba a su casa iba dispuesto a contarles a sus padres la verdad de sus sentimientos, que tenía una pareja y que era un chico con el que pensaba compartir su vida. Su madre lo tuvo que presentir, estaba esperándole y se lo llevó a la biblioteca que tenían en la vivienda.

—Hijo mío, qué guapo estás, te has hecho un hombre.

—Gracias, mamá —dijo mientras la besaba—. Quería decirlo a papá y a ti...

—Más tarde, Fernando, siento no darte buenas noticias. Tu padre no está bien del corazón, los médicos han dicho que debe retirarse de la vida activa si no quiere tener un disgusto. Tienes que ir haciéndote a la idea de que en cuanto termines la carrera, tendrás que hacerte cargo de la administración de todos nuestros bienes y de representarle en todo lo concerniente a lo político y a lo religioso. Sabemos que podrás hacerlo, tú, hijo mío, eres la única persona con quien podemos contar. Y ahora, dime, ¿qué querías contarme?

—Olvidalo, mamá, no tenía importancia.

Fernando, cuando volvió a la universidad, rompió con su pareja. Tuvo que sufrir muchísimo, se quedó muy delgado y su pelo empezó a blanquear.

Terminó su carrera y se puso a disposición de su familia. Su madre todavía no tenía bastante y consiguió casarle con una chica sin ningún tipo de

atractivo y con un carácter desagradable, era la hija de uno de los empresarios más importantes del país; tuvieron dos hijas.

Cuando sus padres murieron, se separó de su mujer y se fue a vivir a un pueblecito en la costa, dejándole todos los negocios y bienes a sus hijas y a su hermana.

Raúl se quedó en silencio.

Yo no entendía cómo una madre podía haberle destrozado la vida a su hijo, manipulándole de tal forma, aprovechándose del amor que ese hijo había sentido hacia ellos.

—Esta historia me la contó Sara, ella lo supo por el mayordomo. Fernando, en sus momentos de tristeza y soledad, fue contándoselo y le hizo prometer que no se lo contaría a nadie, el mayordomo sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida y creyó que Sara tenía que saberlo.

Sara no se perdonó el no haberse dado cuenta de los sufrimientos de su hermano y no haberle podido ayudar.

Una de las veces que ella fue a visitarle le reprochó el no haberle dicho a sus padres lo que ocurría y a quién amaba y él le respondió:

—Soy un cobarde, no tuve ni tengo fuerzas para enfrentarme a una sociedad hipócrita que se pone medallas por concedernos privilegios para poder manipularnos y sacarnos beneficios en todos los campos, en el del poder, en el del dinero y hasta en el del sexo. Una sociedad que nos odia y nos rechaza y que al mismo tiempo en la oscuridad y en las tinieblas es lujuriosa y promiscua con nosotros y entre ellos. Tampoco podía defraudar a nuestros padres, los hubiese matado del disgusto, ellos que tenían puesta toda su confianza en mí.

Sara le zarandó con ira y con dolor y le abrazó.

—Cómo has podido ser tan bueno y generoso con tu vida, nuestros padres no quisieron ver la realidad, porque lo único que les importaba era conservar su patrimonio, el honor y las relaciones con el poder y la religión.

La historia se fue publicando poco a poco. Las cartas empezaron a llegar a la redacción, venían de todas partes. A unos les cayó como una bomba, a otros como un

maná caído del cielo. Se ponían al descubierto los sufrimientos de una persona cuya vida fue truncada por amar a otra de su mismo sexo, por amar sin respetar los límites que marcaban los hombres.

Mirian me felicitó, estaba orgullosa de mi trabajo. Nos dejábamos llevar por el amor y el placer, teníamos perdida la vergüenza a la hora de hacer el amor, lo hacíamos boca arriba, boca abajo, de lado, con lengua y sin lengua, buscando el famoso punto sensible y sin buscarlo, con nuestros cuerpos y con nata, fresas, champán... Nos exploramos constantemente, buscando nuevos puntos. Donde más disfrutábamos y gozábamos, incluso más que con el orgasmo, era con los preliminares. A través de ellos despertábamos nuestros sentidos que nos llevaban a un mundo de pasiones y sensaciones.

Mirian quería que fuéramos a una fiesta en el Tiro de Pichón. Yo no quería ir, no quería romper el halo de placer en todos los sentidos que nos rodeaba y se lo advertí.

—Como ocurra algo que no te haga gracia, no me eches la culpa.

Me llevó de compras y se compró un vestido que no quiso enseñarme, me dijo que no lo vería hasta el día de la fiesta. Nos paramos en una tienda unisex, en el escaparate estaba expuesto un conjunto de pantalón negro estrecho, con un tenue brillo y una camisa blanca de seda.

—Vamos, entremos —dijo.

Del fondo de la tienda surgió una rubia espectacular, vino hacia nosotras. ¡Qué curvas! Cómo movía las caderas, sus pechos oscilaban de un lado a otro.

—Buenas tardes —dijo dirigiéndose a mí, ignorando a Mirian.

Me miraba de arriba abajo, se conoce que le gustaba mi *look*, tan distinto al que allí había. Yo llevaba unos vaqueros rotos y una camisa que dejaba ver mis brazos y parte de mis hombros al descubierto.

—¿Qué deseas? —lo dijo con cierta lujuria.

—¿Nos puedes enseñar este conjunto? —se lo señalé—. Por favor.

Fue a buscarlo de la misma manera en que había venido. Mirian me miró, pero no le dio tiempo a decirme nada, apareció con lo que le había pedido. Tuvo la osadía de desplegar la blusa y ponérmela por delante, levantando mi barbilla con sus dedos.

—Un color perfecto para tu piel morena. Pruébatelo.

Me dio los pantalones y la blusa. Intentó entrar conmigo al probador, pero Mirian se lo impidió.

—Ya paso yo, gracias.

Cuando entró me dijo:

—Esta me la pagas.

Salí para verme mejor, ella me miró y sonrió.

—Estás guapísima y muy *sexy*. ¿Quieres que te coja los bajos?

¡Si los pantalones me quedaban perfectos!

—No hace falta —contestó Mirian—, los bajos ya se los cojo yo.

Metió las prendas en una bolsa y cogió un pañuelo blanco de seda, tipo bufanda.

—Esto es un regalo de la casa —recalcó—, en el *ticket* va nuestro número de teléfono por si tuvieras algún tipo de problemas.

Salimos de la tienda y me puse a reír a carcajadas.

—¿Has visto? Me quería coger los bajos y lo de «tipo de problemas»...

Mirian siguió andando sin mirarme y sin hablarme.

La cogí de la cintura y le di una vuelta en redondo.

—¡Suéltame! ¡Qué golfa! Y tú le seguías la corriente.

—¿Yo? Pero si no hablaba.

—Sí, pero la mirabas.

Mirian salió del cuarto, me quedé embobada mirándola, estaba bellísima con aquel vestido negro como el color de sus ojos.

—¡Cómo estás, Mirian! Me dan deseos de arrancártelo.

—No se te ocurrirá. Y tú, con esa trenza, pareces una vikinga.

—Me la he hecho para parecerte más *sexy*.

Me había hecho una trenza muy delgada en el lado izquierdo de la cabeza.

Me acerqué a ella y poniéndole la mano en el culo se lo acaricié mientras la besaba en la boca.

—Candela —me susurró—, sé buena y vámonos.

Llegamos a la fiesta, estaban todos los niños de papá.

Nos acercamos al grupo de sus amigos, uno de ellos, Luis, nos dijo al vernos.

—¡Madre mía! Cómo venís las dos.

Su novia, Adela, le preguntó en tono jocoso.

—Dime, ¿de cuál de las dos debo tener celos?

Todos se echaron a reír. Estábamos en mitad de la noche, tenía sed, viendo que no se acercaba ningún camarero, me dirigí a la barra.

La vi, mi dulce Arancha, ella también me vio, estaba en el fondo del salón. Mi corazón latía con fuerza y una sensación de ahogo presionaba mi garganta. Dejó a sus

amigos y vino hacia mí. Nos miramos a los ojos, no me atrevía a besarla, tenía miedo de que sintiera las sensaciones que me invadían. Podía sentir las caricias de sus ojos.

—¡Cuánto tiempo, Candela!

—¡Estás guapa, Arancha! —Sus labios habían perdido aquella sonrisa que tenían siempre; a pesar de ello, seguía igual de hermosa.

—Tan zalamera como siempre —sonrió—. Me han dicho que estás de pareja con Mirian.

—Sí —contesté en un susurro.

Le miraba con el deseo de que su imagen permaneciera dentro de mí. Levantó su mano y me enseñó un anillo de compromiso.

—Me caso dentro de unos meses.

Sentí como si me golpearan las sienes. Ante mi silencio, me tocó la trenza y me acarició la cara.

—Sigues estando igual de loca. Adiós, Candela, aquella noche nunca debimos consentir que Judit se sentara en nuestra mesa.

La vi alejarse, sentí un dolor tan profundo que creí que me iba a desmayar, me quedé clavada en el suelo, no podía moverme, no sé cuánto duró; Andrés me cogió del brazo.

—Buena la estás liando. Mirian se ha dado cuenta, como todos nosotros, de cómo te has quedado después de hablar con ella; te está esperando aguantando el tipo.

Andrés cogió unas cuantas bebidas y regresamos donde estaban nuestras parejas. Él les entregó las bebidas.

—Tomemos unas copas.

Quería quitar la tensión que flotaba en el ambiente. Mirian estaba a punto de echarse a llorar.

—Será mejor que nos vayamos —dije.

Todos nos respetaron y no dijeron nada.

Nos montamos en el coche, ella permanecía callada, yo no podía hablar.

Dio un frenazo.

—Por lo menos di algo, por favor.

Estaba entre el llanto y el cabreo. Permanecí callada.

—¿Qué es lo que te ha dicho para haberte quedado así?

Ante los gritos de ella, empecé a espabilarme.

—Nada.

—Me vas a decir que nada, si todo el mundo se ha dado cuenta de cómo te hablaba y que tuvo la jeta de acariciarte la cara mientras tú te quedabas como si te hubieran echado una jarra de agua fría por encima.

Me di cuenta de que le estaba haciendo daño. Intenté abrazarla, pero me apartó con sus manos.

—¿Qué te crees?

—Te quiero, te quiero con toda mi alma y no quiero que sufras; por favor, Mirian.

Puso el coche en marcha y nos dirigimos al apartamento. Cuando llegamos cerró de un portazo la puerta de casa.

—Puedes dormir en ese cuarto. —Me señaló un cuarto que estaba enfrente del nuestro.

—¡Qué! Ni lo pienses; yo duermo en la cama y contigo.

No dijo nada, me conocía muy bien y sabía cómo me ponía cuando me cabreaba.

Nos acostamos mirando cada una para el otro lado, podía sentir su respiración agitada por el enfado. Con esfuerzos inhumanos aparté de mi imaginación el recuerdo de Arancha y me dormí, las copas que había tomado me ayudaron.

Me desperté, amanecía, me di la vuelta. Mirian dormía profundamente, la rodeé con mis brazos y se despertó. Intentó liberarse de mí y se volvió.

De forma brusca tiré de su camisón y se quedó desnuda, solo con las bragas. intentaba zafarse, pero la cogí por detrás. Con una de mis manos le sujetaba el vientre y con la otra le arrancaba las bragas, pegué mi sexo a su culo, sentía la tibieza de su piel, puse mi pierna encima de su cuerpo presionándolo para que no se moviera, mientras mis manos acariciaban sus pechos y pellizcaba sus pezones, lamía todo su cuello y movía mi cuerpo frotándolo contra el suyo. Ella empezó a temblar y a gemir, bajé mis manos a su sexo, mis dedos penetraban su vagina y otros estimulaban su clítoris, su cuerpo estaba presionado totalmente por el mío, era como si estuviera dentro de mí, aceleré los movimientos de mis dedos, sus temblores eran más fuertes, convulsionó dando un fuerte gemido, sentí la humedad en mis manos, pegué mi clítoris a sus muslos y friccionándolo sentí el orgasmo.

Suavemente le di la vuelta, mis ojos buscaban los suyos, me miró y me abrazó, diciéndome:

—Amor mío, eres una zorra, pero te amo.

Yo le besaba la cara, sus ojos, la boca—

Poco a poco nos llegó el sueño.

Mis artículos empezaron a tener éxito entre los lectores, llovían las cartas con historias, unas te ponían los pelos de punta y otras te daban la esperanza de confiar en un mundo que no era tan terrible. Raúl seguía ayudándome a redactar mis escritos.

Se acercaba el día de mi graduación. Mirian estaba más nerviosa que yo. Llamé a mi hermano para decirle que vinieran, que no se preocuparan por los gastos, me dijo que era imposible, nuestro padre no estaba para viajar y Ángela no le podía dejar solo; a él le iban a hacer unas nuevas pruebas, que no se preocupara, eran cosas sin importancia.

—Disfruta, es tu día, Candelilla, no te olvides de nosotros.

Habían preparado el campus con todo lujo de detalles para hacernos entrega del título de Periodismo. Mirian llevaba un traje discreto para la ocasión, aunque marcaba perfectamente sus curvas.

Empezaron a decir los nombres y los apellidos de los alumnos. Por fin nombraron el mío. Al subir los escalones de la plataforma creí que me iban a fallar las piernas. Me volví cara al público, sonaron los aplausos, en décimas de segundo pasaron por mi mente todos los recuerdos sobre mi vida, mi familia, las mujeres que amé.

Lo había conseguido, yo, una pueblerina que amaba a las mujeres, demostraba al mundo que cuando se lucha y esa lucha se hace con las armas del amor y del deseo del triunfo se llega a conseguir lo que nos proponemos.

Me pareció ver a Arancha que se alejaba, me inundó la tristeza, este día lo tenía que haber pasado con ella, sujeté mis lágrimas y mi dolor.

Me volvió a la realidad la mirada de Mirian, que me fulminaba.

—Enhorabuena —me dio un sensual beso.

—Gracias, amor mío.

—¿Es cierto que soy tu amor? —me dijo con sorna—. ¿La has visto?

No había sido un espejismo, había sido Arancha.

—¿Yo? ¿A quién?

—No cambiarás nunca. Vámonos a festejar que ya eres una auténtica periodista.

El tiempo pasaba, éramos plenamente felices. Íbamos a fiestas, compartíamos comidas y cenas con los amigos. Arancha y yo no nos veíamos, ni siquiera nos llamábamos por teléfono. La sentía dentro de mí y a la vez tan lejos.



Mirian me pidió que trabajara la jornada entera y me subió el sueldo.

Recibí una llamada de mi cuñada, a mi hermano le había dado un amago de infarto. Se lo conté a Mirian, le pedí que me diera unos días para ir a verlos.

—No te preocupes, quedate los días que necesites. Raúl te sustituirá.

Nos besamos en la boca mientras le acariciaba su cuerpo con mis manos.

—Preparate para cuando vuelva.

En la estación no había nadie esperándome, sentí una sensación de pena y de tristeza. Me dirigí a la casa de mis padres.

Llamé a la puerta y me abrió mi hermana, estaba más envejecida. Nos dimos un beso. Su beso no me pareció tan frío como el de otras veces.

—Enhorabuena, Candela, has conseguido lo que querías.

Le cogí la cara con mis manos.

—Gracias a vosotros, sobre todo a ti. He tardado mucho tiempo, pero me he dado cuenta de que habrás sufrido mucho, has sacrificado tu vida mientras yo iba a la universidad y realizaba mi sueño.

—No digas esas cosas —sus ojos se habían humedecido—, tú tienes capacidad para estudiar y yo nunca la he tenido.

—No, Ángela, no puedo consentir que digas eso. Tú has sido inteligente, has sabido tener el control de esta casa y has cuidado muy bien de nuestros padres; yo no hubiera sido capaz.

—Candela, el destino nos tiene marcadas nuestras vidas y por mucho que lo intentemos no podemos cambiarlo, yo tenía que cuidar a nuestros padres y tú tenías que ir a la universidad.

Le di un fuerte abrazo y me acerqué a mi padre, que estaba sentado en una de las butacas, no me reconoció, le di dos besos mientras se me saltaban las lágrimas, su demencia senil le había hecho perder la cabeza.

Fui a ver a mi hermano, le encontré muy estropeado, mi cuñada seguía igual de fea y flacucha, con el carácter más amargado. Nunca supe los motivos por los que no tuvieron hijos.

—¡Hermanita! Cuánto tiempo. La capital te tiene absorbida, ya no te acuerdas de tu familia.

Le abracé ahogando un sollozo. Me quedé a comer con ellos; en un momento en que nos quedamos a solas mi cuñada y yo, ella me comentó que era carísimo el plan que le habían prescrito a mi hermano.

No me quería marchar sin visitar la granja, estaba cambiada, habían hecho el gallinero más grande y el huerto se extendía por toda la parcela. El número de chicos y chicas había aumentado. Antonio estaba muy delgado, tenía síntomas de estar perdiendo

la cabeza, la granja la dirigía una persona más joven, José, que como Antonio colgó sus hábitos para poder ayudarles con más dedicación.

A los diez días de mi llegada, decidí marcharme. Le regalé a mi hermana una máquina de coser, sabía que le hacía mucha ilusión tenerla y a mi cuñada le entregué un cheque como ayuda para costear el tratamiento de mi hermano; él supo ayudarme cuando lo necesité.

Mientras el autobús circulaba por la carretera, sentí que una sensación de pena me invadía; recordé a mi madre. Me daba cuenta de que poco a poco me iba alejando de mi familia y no era el autobús el culpable.

Entré en la redacción contenta y alegre, había añorado mucho a Mirian, estaba deseando estrecharla entre mis brazos.

Le di un abrazo a Raúl.

—¿Qué tal tu hermano? —me preguntó.

—Gracias a Dios solo ha sido un amago de infarto.

Fui a dirigirme al despacho de Mirian, pero Raúl me sujetó por el brazo.

—Espera, está reunida.

—¿Con quién?

En otras ocasiones, estando reunida, yo había podido entrar.

—Está con su nuevo ayudante de redacción.

—¿Ayudante de redacción? Pero si con Mirian y el resto de nosotros somos suficientes.

—Es que es el hijo de uno de los jefazos.

Se abrió la puerta del despacho y salió él, no era muy alto, pero sí atractivo, tenía aires de superioridad. Me miró de arriba abajo con sonrisa burlona, pensaría que me iba a acomplejar.

—Por la descripción que tengo de ti, tú tienes que ser Candela. Soy José Luis, tu nuevo jefe.

—Encantada —le dije, y me dirigí al despacho de Mirian.

Cuando entré, Mirian se levantó.

—¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo.

Nos besamos, intenté acariciarla.

—Por favor, Candela, puede entrar alguien.

Era la primera vez que me rechazaba de forma tan cortante.

—Tómame el día libre, no me esperes a comer, tengo mucho trabajo.

De qué forma tan delicada me estaba echando, ni siquiera me preguntó por mi familia. Sentí la primera puntada de celos.

—No te preocupes —le dije—, ya nos veremos.

Me dirigí a la puerta, me llamó Raúl, mi único amigo.

—No te preocupes, no sé qué le ha visto a ese imbécil, pero se le pasará. Tú sabes que ella te quiere mucho.

—Gracias, Raúl, mañana nos veremos.

Llegó tarde y se fue directamente al dormitorio.

—Vengo muy cansada. ¿Has cenado?

—Sí, ¿y tú?

—He tomado algo por ahí.

Los celos me ahogaban, sentía una fuerte presión en el pecho. ¿Se habría acostado con él? ¿Qué tipo de placer habría sentido? ¿Le daría más placer que yo? ¿Cómo la besaría? ¿Cómo la poseería? Sentí que me mareaba. Fui a vomitar al lavabo.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó desde el dormitorio. Se estaba desnudando.

—No te preocupes, habrá sido por el viaje.

Me fui a la ducha, esperaba que el agua me tranquilizase.

No nos veíamos ni en casa ni en el trabajo. Cuando hacíamos el amor, por sus reacciones me di cuenta de que no era lo mismo, ella lo hacía desde el vicio y no con los deseos de amar.

Aquel día ni siquiera me esperó para ir a trabajar, estaba cada vez más claro. Me enfurecí, lo aclararía todo, si no podía ser en casa, ya que apenas coincidíamos, lo haría en la redacción.

Raúl me miró al entrar, vino hacia mí.

—¡Candela! ¿Dónde vas? ¡Espera!

—No, Raúl, esto voy a aclararlo ahora mismo.

—No ves que él trata de quitarte del medio.

Raúl se creía que estaba enfurecida porque el cabrón me hacía la vida imposible, pero no era por eso, era por el comportamiento de ella.

Entré sin llamar y los vi, le estaba acariciando el pelo.

—Qué escena más tierna —dije burlescamente.

Él se levantó e intentó agarrarme. Le di un puñetazo en la cara que le hizo tambalearse.

—¡Qué salvaje! —dijo tocándose; ya no intentó acercarse más.

—Sal ahora mismo de aquí, hijo de puta —le dije.

Mirian me miraba entre el miedo y la sorpresa.

—No te preocupes, no voy a tocarte, lo mínimo que tenías que haber hecho es haber sido sincera y decirme que te habías enamorado de ese imbécil. Quédate con él para siempre y que seas feliz.

Salí dando un portazo, fui hacia Raúl y le abracé, le pedí, por favor, que se encargara de la documentación del despido.

—Adiós, Raúl, amigo mío.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Cogí todas mis cosas: ropas, zapatos, mi cepillo de dientes, no quería dejar nada en el apartamento que recordara que había vivido allí. Quería irme lejos, donde no volviera a ver a nadie con los que había compartido mi vida y tampoco quería que ellos me vieran a mí.

Me fui a la otra parte de Madrid, encontré un pequeño hostel, la habitación no era muy grande, pero estaba limpia. Me eché encima de la cama, el llanto hacía que temblara mi cuerpo, el sueño me rindió. Al despertarme me dolía todo el cuerpo, vi mi imagen reflejada en el espejo, tenía unas ojeras profundas y oscuras y los ojos hinchados. El agua de la ducha relajó mi cuerpo.

El chico que atendía la recepción me saludó muy amablemente.

—¿Tenéis lavandería?

—Sí, ¿quiere ver las tarifas?

—Gracias, no hace falta; por favor, dile a la camarera que en el baño he dejado ropa sucia.

Me reconfortó el aire frío de la mañana, decidí desayunar; si dejaba de comer caería enferma. Deambulé por las calles de alrededor hasta la hora de la comida. Comí en el mismo bar donde había desayunado y volví al hostel.

En la soledad de mi habitación, la imagen de Mirian surgía en mi mente como dardos dolorosos, sus ojos tan negros y hermosos, el calor de su cuerpo, su risa, su olor... ¿Por qué había dejado de amarme? Mis lágrimas empapaban la almohada.

Me despertó el sonido del móvil; era ya de día.

—¡Hola, Candela! Soy Raúl, tengo todos los documentos preparados. ¿Dónde nos vemos?

—Buenos días, Raúl, donde tú quieras.

—¿En el restaurante al que solemos ir?

—No, por favor.

—Entonces en el otro que hace esquina, nos vemos dentro de una hora.

Raúl había llegado ya, me miró y no pudo evitar hacer un gesto de disgusto.

—Candela, qué cara tienes, estás pálida y con unas terribles ojeras.

—No te preocupes, Raúl, se me pasará, gracias por todo lo que has hecho y estás haciendo por mí, nunca podré pagártelo...

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Me abrazó.

—No digas tonterías. He conseguido que te concedan el paro. ¿Estás segura de que quieres dejarlo?

—Sí, Raúl, no podría soportarlo.

—He encontrado una demanda de trabajo como traductor de inglés en la redacción de un periódico, el sueldo viene a ser más o menos como el que tú tenías.

—Muchas gracias, Raúl.

—Los dueños son una pareja joven, Adolfo y Juncal, él es muy amigo mío. Hay dos inconvenientes: es en Zaragoza y ella está totalmente en contra de la homosexualidad.

—Lo primero hasta lo prefiero y lo segundo qué más da, no es la primera vez ni será la última que haya personas en el mundo que nos odian.

—Dile a Adolfo que vas de mi parte, hablaré con él hoy mismo. Tengo que marcharme. Candela, cuídate mucho y no te olvides de llamarme. Estoy seguro de que Mirian se dará cuenta de su error, él es un auténtico imbécil.

Le abracé.

—Gracias, Raúl, te agradezco en el alma todo lo que estás haciendo por mí.

—Vamos, Candela...

Al día siguiente me monté en un tren con destino a Zaragoza.

Al llegar a la estación, cogí un taxi y le pedí al taxista que me llevara a un hostel que estuviera cerca de la redacción del periódico.

Dejé el equipaje en la habitación del hostel y salí a comer. Por la tarde decidí presentarme en la redacción.

La redacción del periódico estaba en un edificio enorme, todos los pisos estaban ocupados por oficinas.

Estaba ante la puerta, miraba con curiosidad lo que ponía la placa. A través de la puerta se podía oír el ruido de las máquinas. No llamé y entré directamente, me acobardé, aquello era impresionante, saqué fuerzas, no consentiría que nada ni nadie me acobardara, ya lo había sufrido bastante.

Le pregunté a un chico.

—Por favor, ¿el despacho de Adolfo?

—El tercero. —Lo señaló con la mano.

—Gracias

Llamé suavemente a la puerta.

—Pase.

Me encontré a un hombre de unos treinta y cinco años, con unos bonitos ojos negros y una sonrisa muy atractiva.



—No me lo digas, eres Candela.

Sonreí, nos dimos la mano.

—Te habrá dicho Raúl el problema, entre comillas que hay.

—Sí.

—¿Estás dispuesta a soportarlo? —dijo sonriendo.

—Qué remedio me queda, estoy sin trabajo; además, ya estoy acostumbrada.

—De momento no te la presentaré, te diría Raúl que es mi mujer y que se llama Juncal.

Me llevó a un despacho donde se encontraba una chica muy joven.

—Isabel, esta es Candela, la nueva traductora de inglés, enséñale su despacho y preséntale al resto de los compañeros.

Las cosas volvían a mejorar, el sueldo me permitió arrendar un pequeño apartamento. Las traducciones me hacían recordar a Judit, lo que me producía cierto sufrimiento. No conseguí apartar de mis pensamientos a Mirian, los celos inundaban mi corazón y terminaba llorando. ¿Arancha? Mi amiga. ¿Mi amada? ¿Qué sería de ella? ¿Se habría casado?

Seguía avanzando en la vida, aunque me limitaba a trabajar y a tomar café con algunos de mis compañeros. De momento, no quería tener amistades. Presentía que mi buena racha se acabaría y se acabó.

Me llamó Adolfo a su despacho.

—Candela, ten cuidado, no sé cómo, pero Juncal se ha enterado de que eres lesbiana.

Recordé que a una de las periodistas le había llamado la atención mi forma de vestir y mi comportamiento con los chicos y me había preguntado por mis inclinaciones sexuales, no quise ocultarlo y se lo dije. No pensé nunca que tuviera la maldad de decírselo a Juncal. Preferí no decirle nada a Adolfo.

—No te preocupes, si me tengo que ir, me iré.

—No, por Dios, además te recomendaría en otro sitio.

Salí del despacho preocupada. yo a ella la había visto esporádicamente, desde el principio y por decisión de Adolfo trataba con él para evitarme problemas con ella.

Sonó mi teléfono, oí una voz cortante y directa, supe que era Juncal.

—Candela, venga a mi despacho.

Llamé suavemente.

—Pase.

Allí estaba yo, delante de mi depredador. Me miró de arriba abajo, yo llevaba un mono vaquero, una camiseta haciendo juego con él y una especie de sudadera.

También la miré, era pelirroja auténtica, los ojos, del color del caramelo, tenían cierto parecido con el color de los míos, el pelo le hubiera caído en los hombros si no se lo hubiera sujetado con cintas de colores, sus facciones suaves, la piel muy blanca, la boca grande, labios carnosos, los pechos grandes y erguidos. Se dio cuenta de que la estaba mirando, puso una mirada desafiante y clavó sus ojos en mí. Sentí que el calor subía a mi cara, lo que la hizo sentirse triunfadora.

—¿Es usted la nueva traductora de inglés? Haga el favor de no mirarme de esa forma.

—Sí, lo siento, no sé de qué forma la miro.

—No lo he oído.

Sería cabrona.

—Sí, soy la nueva traductora y siento haberla mirado como según usted lo he hecho.

Se lo dije remarcando las palabras.

—De sobra sabe usted cómo lo ha hecho, pero dejémoslo. ¿Cómo es que usted no se ha presentado en mi despacho?

Estaba en un dilema, no podía decirle que era Adolfo el que lo había querido.

—Le he hecho una pregunta y quiero una respuesta.

Puse las manos encima de la mesa y mirándola directamente a los ojos le respondí.

—Desconozco los motivos por los cuales no hemos sido presentadas, privándonos del placer de conocernos. ¿No habrá sido por falta de tiempo, ya que había mucho trabajo pendiente?

Pegó un fuerte golpe en la mesa.

—¿Quién se ha creído usted que es? Salga ahora mismo de mi despacho.

Salí de su despacho, creía que no podría contener mi furia.

Al día siguiente me llamó Adolfo.

—Candela, lo siento, he conseguido que no te despida, pero ahora ella es tu jefa.

—Gracias, Adolfo, peor hubiera sido el despido.

Me llamaba continuamente a su despacho para sacarme faltas en las traducciones y humillarme.

—Usted al traducir ha cambiado el sentido de la frase.

—¿De veras? ¿Y no puede ser que esté usted equivocada?

—¿Yo? ¡Es el colmo! ¿Pero cómo es usted tan borde?

—Lo que yo no entiendo es como siendo usted tan buena traductora hayan contratado a una.

No le di opción a contestar, salí dando un portazo.

Alicia me salió al paso.

—¡Candela! Vas a conseguir que te despida.

—Ya no puedo más, la que va a terminar marchándose voy a ser yo.

Pero el tiempo fue pasando, los días, los meses...

Por las mañanas salía a correr por una ruta de senderismo, aquel día decidí cambiar y tirar por otro sitio.

Una mujer joven corría delante de mí. Me fijé: ¡qué casualidad! Era ella. Llevaba puestas unas mallas rosas que dejaban al descubierto sus curvas. ¡Vaya culo más bonito que tenía!

Tuvo que sentir mi mirada, porque giró la cabeza y me vio. Yo llevaba unas mallas cortas que dejaban al descubierto mis piernas. Redujo el ritmo para que la adelantara. Iba lista. Yo también lo reduje. Quería cabrearla, sabía que la miraba como un hombre mira a una mujer.

Por la forma de correr, me daba cuenta de que la estaba poniendo nerviosa. SE paró y se agachó para abrocharse las zapatillas, la rebasé.

—Buenos días, jefa. —No podía evitar ser borde.

Ni me contestó.

Una mañana me llamó Adolfo a su despacho.

—Candela, hay un certamen a nivel nacional para premiar el mejor artículo basado en cualquier tema que sea de actualidad. ¿Por qué no participas?

—No, Adolfo, gracias, seguro que participan periodistas de todas las partes de España.

—Nosotros vamos a hacerlo, te diré que el año pasado lo ganó un chico que tenía la carrera recién terminada. Toma las bases, por lo menos, léetelas.

Juncal y yo nos enfrentábamos continuamente, era una especie de lucha para ganar la una a la otra. Sin embargo, yo me daba cuenta de que algo en mi interior empezaba a germinar, sería por la profundidad de su mirada, por aquellos ojos tan hermosos, por el genio que le entraba cuando la contradecía. Lo que empezaba a germinar no me gustaba y me oponía a ello.

Una tarde coincidimos en el ascensor, ella estaba delante de mí. Unos chicos al salir me empujaron y mi cuerpo chocó contra el suyo, se volvió, mis ojos se encontraron con los suyos, no pude evitar que mis manos acariciaran las suyas, en ese instante se abrieron las puertas del ascensor y tuvimos que salir. Entramos en la redacción, ella se dirigió a su despacho sin volverse y yo me dirigí al mío. Esa tarde no me llamó ni una sola vez.

Por no discutir con Adolfo hice el trabajo para participar en el certamen, lo basé en el amor que siente una mujer por otra mujer y un hombre por otro hombre.

Trabajo para el certamen periodístico:

*Amar una mujer a otra mujer o amar un hombre a otro hombre. ¿Qué es?*

*Yo soy mujer y amo a la mujer; por eso he decidido hacer este artículo.*

*Amarse entre mujeres o entre hombres es considerado lesbianismo y homosexualidad y en el diccionario significa: atracción sexual entre mujeres o entre hombres. Pero amar es sentir amor hacia otra persona, es un sentimiento que se contrapone a la razón o al intelecto, no lo buscamos, está dentro de nosotros, tan natural como la vida misma. Los sentimientos forman parte de nosotros mismos, ya que si no fuera así no seríamos ni humanos ni podríamos existir como tales. Cuando amamos, deseamos poseer a la persona amada y relacionarnos sexualmente con ella, porque también está en nuestra naturaleza el sexo y el placer del mismo.*

*Por lo que llegaríamos a la conclusión de que las personas que se aman de esa forma no son ni homosexuales ni lesbianas y que estas personas han existido desde el principio de la humanidad.*

*¿Debería considerarse a estas personas como lo hace parte de la sociedad y ciertas religiones? Con persecuciones, miedo, odio, rechazo.*

*Persecuciones: se las persigue y pecaminiza. ¿En qué parte de ciertos textos religiosos viene considerado que dos mujeres o dos hombres se amen? ¿Dónde figura su persecución?*

*Miedo: ¿A que su amor sea más puro? ¿A que sus relaciones sean más placenteras? ¿A la dificultad de controlarlo? Conocemos que los sentimientos y el sexo han movido los cimientos de civilizaciones y han quitado y puesto a gobernantes de los países más civilizados. ¿A que desaparecería uno de los pecados más importantes y el concepto pecado podría cambiarse?*

*Por odio: ¿Se les odia porque se les desea? ¿Porque las relaciones entre parejas de los que les odian no son tan perfectas como creían? ¿Porque les tienen un miedo que no sabrían describir?*

*Rechazo: ¿Por miedo ante la sociedad? ¿Por miedo ante su religión? ¿Por miedo ante familiares y amigos?*

*Y ahora que se intenta avanzar, quieren llevarlo por los caminos del escándalo, no hay que consentirlo, hay que demostrar que se desea amar desde la libertad y no desde el libertinaje; para ello hay que tener comportamientos serios y respetuosos.*

*Hay que hacer llegar el mensaje a aquellos que nos rechazan y nos odian de que no nos rendiremos jamás, seguiremos avanzando como el mar que se adentra en la tierra y forma parte de ella. Nosotros también formaremos parte de la religión y de la sociedad con todos nuestros derechos y obligaciones.*

*Nosotros amamos, amamos con las normas que nos dicta el corazón. Por eso pedimos que sea el cielo quien nos juzgue, pero tú no, porque ¿quién eres tú para juzgarme a mí?*

*Candela.*

Envié el trabajo sin ninguna esperanza, motivada solo por la ilusión de Adolfo de que participara en el certamen.

Juncal dejó de llamarme y yo evitaba encontrarme con ella. Una tarde me llamó para que fuera a su despacho.

—Candela, me ha dicho Adolfo que usted participa en el certamen.

—Sí, es cierto. ¿No le molestará? —dije en tono cínico.

—¡Oh, no! La he llamado para darle el artículo que ganó el año pasado.

Se levantó y se dirigió a los archivos que estaban detrás de mí. Al pasar por mi lado me miró a los ojos con tal intensidad que sentí como si me llamaran al amor, me dejé llevar por mis sentimientos, la rodeé con mis brazos y la atraje hacia mí, puso los suyos alrededor de los míos y nos besamos en la boca. Sentí cómo el placer entraba en mi cuerpo, hice un esfuerzo sobrehumano y me separé.

—Juncal, no podemos hacerle esto a Adolfo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Por favor, Candela, por favor, no te vayas.

Sentí que me desgarraba por dentro, no pude mirarla y dirigiéndome a la puerta, salí. Entré en mi despacho, apoye mi cabeza en la mesa y la rodeé con mis brazos; ya no salían lágrimas de mis ojos.

No me volvió a llamar y yo evitaba verla. Me empecé a plantear la idea de abandonarlo todo y marcharme a otra ciudad. Había noches que le preguntaba a Dios cuándo acabarían mis sufrimientos y Dios me escuchó.

Al entrar en el trabajo, Alicia se acercó a mí y me abrazó.

—¡Enhorabuena! ¿No me digas que no te has enterado? No te habrá llegado todavía la carta. La noticia ha entrado ahora mismo en la redacción, has quedado la tercera finalista para competir en el premio por el certamen.

Me quedé sin palabras. Adolfo me llamó a su despacho, juncal estaba con él.

—Felicidades. ¿te han dado la noticia? Has ganado a muchos periodistas de renombre, entre ellos a nosotros —bromeó—. Juncal, dale un abrazo.

Le tendí la mano, la retuvo unos instantes entre las suyas. Evitábamos mirarnos a los ojos.

—Te puedes venir con nosotros —me dijo Adolfo—. La clausura es en Madrid, allí se dirá el nombre del ganador y se dará la entrega del premio.

—Gracias, Adolfo, quería pedirte dos o tres días para ir a ver a mi familia; desde mi pueblo viajaré a Madrid.

—¿Qué te parece? ¿Le damos cuatro días y nos vemos en Madrid?

Ella sonrió. Miré sus ojos, reflejaban una profunda tristeza, el dolor golpeó mi corazón.

Al montarme en el autobús, sentí la nostalgia de los viajes que había hecho en aquellos autobuses tan antiguos. Sentía la alegría de que volvería a ver a mi familia después de haber pasado tanto tiempo sin verlos.

En la estación no había nadie esperándome, me dio pena y tristeza.

Llamé a la puerta de mi casa, salió Ángela y me dio un abrazo.

—¡Candela, Candela, cuánto tiempo!

Me eché a llorar.

—Cálmate, anda, no llores. —Mi hermana trataba de consolarme.

Me extrañó no ver a mi padre sentado en su butaca.

—¿Y nuestro padre?

—Murió hace unos meses, tu hermano no quiso decírtelo. Una de tus amigas, creo que se llamaba Arancha, le contó lo que te había pasado y no quiso darte más disgustos.

Deberías haberte venido a pasar unos días con nosotros y contarnos las cosas que te suceden. Yo he sido dura contigo, pero me he dado cuenta de que ante todo eres mi hermana, mi hermana la pequeña, que tiene un corazón muy grande; todo lo que tú hagas estará bien hecho.

Le di un abrazo y pensé en mi padre, pobre padre mío, siempre trabajando, no supo nunca lo que era disfrutar de la vida. Arancha, mi amor que tantas veces olvidé y que yacía en lo más profundo de mi alma, se preocupaba por mí y sabía mis historias.

—Ángela, mi pobre Ángela, creo que no nos hemos conocido nunca, ¿y nuestro hermano cómo está?

—Va bastante bien, es muy estricto en sus planes y se cuida mucho.

Me fui a casa de mi hermano. Él me abrazó al verme y se le saltaron las lágrimas. Su mujer le echó la bronca por haberse alterado. Les dije lo del premio.

—Podéis acompañarme si queréis. Yo os pago los gastos.

Francisco, con cara de pena, me contestó.

—No es por los gastos, Candela, nosotros ya no estamos para viajar; si no hemos viajado nunca, solo serviríamos para darte problemas. Te veremos en la televisión, seguro que saldrás en las noticias.

No pude ir a la granja, no me dio tiempo, Francisco me dijo que se había abierto un matadero y les daban los alimentos que estaban próximos a caducar.



Regresé a Madrid y me alojé en un hotel, no era muy lujoso. No tenía nada especial para la noche de los premios y decidí salir de tiendas. Entre en una tienda y una dependiente muy agradable me ayudó a elegir un traje pantalón negro y una camisa blanca de seda.

—Deberías probártelo.

Salí del probador con el traje puesto, recordé cuando Mirian y yo entramos en aquella tienda unisex.

—Parece hecho para ti, te está perfecto, ahora el toque final. —Me anudó en el cuello una cinta negra.

Estaba muy nerviosa, me había mecho mis famosas trenzas vikingas. Salí del taxi. A las puertas del edificio se encontraban fotógrafos y periodistas. Sonó el móvil, era Adolfo para decirme que estaban al lado del portero esperándome.

Los vi. Juncal estaba preciosa, llevaba un traje del color del oro, muy ajustado, el pelo le caía en cascadas por los hombros, adornado con cintas del mismo color del vestido. Se quedaron sorprendidos al verme. Adolfo exclamó:

—¡Qué bárbaro! ¡Qué cambio! Estás guapísima.

Le abracé. Me acerqué a ella y la besé en la mano.

—Buenas noches, Juncal.

Ella me miró a los ojos con una expresión entre el amor y la tristeza.

Disimuladamente miraba hacia todos los lados, sabía que podían estar allí, la entrega del premio así como el nombre de los finalistas había salido en los medios de comunicación.

Mirian debería ir por su profesión y Alejandra y Arancha..., ¿quizás por curiosidad?

Entonces las fui viendo. Mi mirada se cruzó con las de ellas. Hicimos gestos de sorpresa al vernos, pero ninguna tuvimos intención de acercarnos, esperaríamos al final. Estaban las tres bellísimas, cada una en su estilo.

Nos fuimos sentando y Juncal quedó en medio. Nuestros hombros se rozaban. Se apagaron los focos, el escenario quedó totalmente iluminado. Habló el presentador.

—Buenas noches a todos. Me complace comunicarles que esta noche va a saberse por fin el nombre del ganador del certamen. Por los medios de comunicación

conocen los tres finalistas. Al jurado, debido a la calidad de los trabajos, le ha costado mucho decidirse. Su nombre está en este sobre. —Lo alzó para que se apreciase mejor.

Sonó un murmullo, abrió el sobre.

—El nombre del ganador del certamen es... Candela..., por su escrito. *Amar una mujer a otro mujer y un hombre a otro hombre ¿Qué es?*

Tronaron los aplausos, me mareé, Juncal me apretó el brazo.

—Candela, te llaman al escenario.

—Por favor, la ganadora puede subir a recoger el premio, ¿o es que no le interesa? —dijo burlonamente al repetirlo por segunda vez.

Subía las escaleras de la plataforma sin ver los escalones, llegué al escenario, fui recobrando mi aire chulesco y me dirigí hacia el presentador.

—Enhorabuena. —Me abrazó y me entregó una pluma de plata y un sobre con el cheque.

No podía ver, los *flashes* y las luces me lo impedían. Alcé el premio y sonaron los aplausos.

—Este premio se lo dedico a las mujeres que desde el amor y la pasión amé, con un amor que nos llevó al sexo y a los más placenteros orgasmos.

Se escuchó un murmullo.

—Sí, no me avergüenzo de decirlo. ¿Acaso nuestro cuerpo no está preparado para dar y recibir placer? ¿No tiene un sexo que se lo proporciona? No solo tenemos el cuerpo para sufrir. ¿Y por qué si es algo natural en nosotros, nos sentimos avergonzados? Estas mujeres marcaron mi vida, me hicieron caminar por el camino de las suyas. Una de ellas me estará viendo desde el cielo, deseo que esté acompañando a Dios. —Con las yemas de los dedos rocé mis labios y los alcé hacia el cielo—. Ellas me enseñaron a amar por primera vez, amar sin pudor, amar sin recibir nada a cambio, ni siquiera el placer del sexo, a sentir y sufrir el aguijón de los celos.

Hay otra mujer cuyo amor me está prohibido. Como mujer que soy supe tocar los hilos sensibles de sus cuerpos y que se desprendieran las melodías más bellas que salen del corazón y de la carne. Mujeres caprichosas y volubles a veces sembraron en mí el deseo y las pasiones más placenteras, llegando con nuestros orgasmos a tocar las nubes, haciéndolas abrirse y que la lluvia mojara el mundo, pero siempre con el manto del amor.

Para todas ellas, mi recuerdo amado. No hay mayor placer que el placer que nos produce amar sin fronteras, sale de lo más profundo del corazón, el mundo no es quién

para cerrar esas fronteras, limitarlo y destruirlo por el mero hecho de no ser compartido entre mujer y hombre y serlo entre mujer y mujer y entre hombre y hombre.

Estas cuatro mujeres no eran lesbianas, yo tampoco soy lesbiana, yo no deseo el sexo de otra mujer, yo me enamoro y amo a la mujer, lo que llevará a mi cuerpo, por la propia ley de la naturaleza, al deseo sexual. Yo quiero seguir siendo lo que soy, respeto lo que mi vida ha marcado.

Sonaron fuertes aplausos.

—Yo cuido mis formas, no quiero que mi cuerpo sea masculino, prefiero ser fuerte, sensual y atractiva, así conseguí que ellas me amaran como las amé yo, que amaran mi cuerpo y mi forma de ser.

Bien, nosotras nos salimos de las normas establecidas por una parte de la sociedad que no acepta que el amor es un sentimiento, que no lo hace la persona, está dentro de nosotros marcado por fuego y sangre y no podemos controlarlo. Desde aquí les digo a las personas que quieren destruirnos y mancillarnos por sentir amor entre nosotros que solo podrán destruir un amor con otro amor, ni siquiera la muerte, el fuego o la sangre podrán aniquilarlo.

Me salí de ataduras y absurdas prohibiciones y estimulé todos los puntos sensibles de mis parejas.

Sonaron fuertes aplausos y carcajadas.

—No he querido ser desagradable, no he encontrado palabras más correctas para expresarme.

Desde mi corazón, recordar a Antonio, un sacerdote que colgó sus hábitos para dedicarse por entero a los marginados. Para todos aquellos que sufrieron abusos y vejaciones y cuyas vidas fueron truncadas por gentes que no tenían que haber nacido.

Alcé el premio.

—A mi familia, que supo aceptarme sin ponerme obstáculos, que me ayudó, apoyó y me quiso con todo su corazón.

A los hombres que aman a los hombres y a las mujeres que aman a las mujeres, les pido que luchen, al final del túnel está la luz, luchemos con la mejor arma, indestructible y hermosa, el corazón, contra las espadas que llevan los de las armaduras de hierro, cobardes que no quieren caminar por la vida con las armas y el corazón al descubierto.

Aplaudían mientras bajaba las escaleras del escenario.

Me acerqué a ellos. Juncal tenía los ojos brillantes, Les pregunté:

—¿Qué tal he estado?

Adolfo contestó:

—Soberbia, única, dinos quién es esa mujer a la que no puedes amar.

Sentí la mirada de Juncal.

—Eso ha sido para darle un punto de intriga.

Intenté buscar sus ojos, ya no me miraba.

Empezaron a venir periodistas, querían entrevistarme.

—Candela —dijo Adolfo—, te dejamos, es tu momento, te llamaré.

Les vi alejarse mientras una lluvia de preguntas caía sobre mí.

De pronto apareció Raúl, vino en mi ayuda.

—Vamos, compañeros, dejadlo para mañana, ella os atenderá encantada, ahora está agotada.

Le abracé.

—Gracias, Raúl, amigo mío.

—¿Amigo tuyo? Valiente cara, si te has olvidado de mí.

—Tú sabes que en aquellos momentos no podía...

—Aquello duró menos de un año, desde entonces te está esperando.

—Ahora ya no, es tarde, me hizo mucho daño.

Vi cómo Alejandra se marchaba y Arancha se dirigía hacia la puerta con un grupo de amigos.

—Perdona, Raúl.

Aceleré mis pasos y la llamé.

—¡Arancha!

Se volvió.

—Arancha, ¡cuánto tiempo! —Llevé su mano a mis labios y la besé.

Ella sonrió.

—Tan galante como siempre. ¿Y tu pareja?

Me eché a reír.

—No es mi pareja.

—¿Quién lo hubiera dicho por la forma que te estuvo mirando?

—¡Qué mala eres! ¿Y tú qué tal?

—Como dijiste una vez, en estado de ermitaña.

—¿Cómo?

—A los pocos meses de casarme, me divorcié, aquello no funcionaba. Tuve la suerte de colocarme como médico en uno de los hospitales de Móstoles y eso me ayudó a remontar.

—Arancha, yo...

Puso sus dedos en mi boca, impidiéndome que siguiera hablando, me acarició la trenza.

—Rebelde como tú eres, no digas nada. Adiós, Candela.

Volvía a salir de mi vida. Desperté, corrí detrás de ella, estaba ya fuera, en la puerta. Mis brazos rodearon su cintura y la volví hacia mí.

Cogí su cara con las manos y la besé en la boca, no sé cómo describir lo que sentí, fue como si pequeños orgasmos sacudieran mi cuerpo, sus labios se abrieron a los míos.

Un amigo de ella nos separó.

—Menudo espectáculo estáis dando, os están tirando fotos.

No veía ni oía nada, solo la veía a ella. Me cogió de la mano y me llevó hasta su coche.

La observé mientras conducía, tenía una belleza serena que desprendía seguridad y firmeza, yo no era capaz de decir una palabra.

Entramos en su apartamento, la rodeé con mis brazos y la atraje hacia mí.

—Amor mío —dijo—, creí que nunca llegaría este momento.

La besé en la boca, en el cuello... Nos desnudamos, la eché sobre la cama, creía volverme loca de placer. Contemplaba su cuerpo desnudo, me quedé paralizada, ella sonrió.

—¿Me tienes miedo?

—No sé, nunca me había pasado, estoy nerviosa.

—Por favor, Candela —me atrajo hacia ella—, después de tus mujeres y esos orgasmos, ¿no vas a saber hacerme el amor?

Rompí las ataduras de mis miedos y mis ojos recorrieron su cuerpo, su piel morena resaltaba del blanco de las sábanas, sus pechos levantados como la cúpula de una catedral, mi lengua empezó a lamerlos, mordía sus pezones, mis manos acariciaban su vientre y su pubis perdiéndose en su vello y buscando su sexo, ella empezó a gemir y a removerse, las yemas de mis dedos tocaban su vulva y su clítoris, mi lengua lamía su cuello y el lóbulo de su oreja y se introducía en su boca, enlazándose con la suya. Ella temblaba, mis dedos seguían rítmicamente acariciándola.

—Candela, por favor, haz que me corra, péntrame..., hazme tuya.

Cerré sus labios con mi boca y seguí tocándola. Separé sus piernas y puse mi boca en su sexo, succionando todo su clítoris, mientras mis dedos la penetraban. Intentó quitarme, sus manos intentaban apartarme, sus gemidos eran más fuertes, no podía apartarse, mi mano sujetaba su vientre. Aceleré mis movimientos, se tensó y se convulsionó, dio un grito, me llené de sus fluidos, se fue relajando. Le besaba sus ojos, su boca, friccioné mi sexo contra su muslo y me llegó un fuerte orgasmo.

Nos miramos a los ojos, ella me rodeó con sus brazos y pegó su cuerpo al mío, acariciaba sus pechos mientras la besaba, se dio la vuelta y se plegó a mi cuerpo, le acariciaba el vientre mientras le decía: «Te amo tanto que tengo miedo a que todo sea un sueño». Besó mis manos y las puso en sus pechos, se quedó dormida. Sentía su respiración pausada y el calor de su cuerpo, enlacé mi pierna a la suya, tenía miedo a que la noche se la llevara, las lágrimas resbalaban por mis mejillas, eran de agradecimiento, no sé si a Dios o a la vida por lo que me entregaba; me quedé dormida.

Sentí que me zarandeaba suavemente.

—Candela, amor mío, me marchó, llego tarde al trabajo, por favor, despierta, te dejo las llaves encima de la mesilla, por si quieres ir a buscarme.

Sentí sus labios en los míos. Extendí mi brazo y la atraje hacia mí, tirándola en la cama.

—No, no, Candela, no puedo, es muy tarde.

Yo me excité.

—Candela, para...

La deseaba tanto que no podía controlarme. Arranqué los botones de su camisa.

—Por favor, Candela, ¿quieres violarme?

Le di un tirón al sujetador y aparecieron sus pechos; vi lágrimas y miedo en sus ojos. fue como un mazazo en mi cabeza.

—Arancha, Arancha, lo siento, lo siento, perdóname, te lo ruego —tenía lágrimas en los ojos—, me he dejado llevar por el deseo y al resistirte ha sido peor.

Ella apoyó mi cabeza en sus pechos desnudos.

—No te conocía de esa forma, me has asustado.

Las lágrimas corrían por mis mejillas; recordé a Judit.

—¿Con quién de ellas lo hacías?

Moví la cabeza en señal de negación. Eso no se lo diría nunca.

Se desnudó y se metió en la cama conmigo.

Con mi brazo rodeé su cintura y la atraje hacia mí, mi boca recorría su cuello, sus brazos rodeaban el mío, la acariciaba la espalda, tenía su cabeza apoyada en mi hombro, la levantó y me miró a los ojos, busqué su boca, nuestros cuerpos se reconocían, sentí su calor y la presión de su pubis contra el mío, el tiempo parecía haberse parado; me susurró al oído: «Ámame como tú sabes hacerlo». Mis manos bajaron a sus muslos y levantaron sus piernas, su sexo se mostró en todo su esplendor, se lo lamía en círculos hasta llegar a su vulva y a su clítoris; se lo acariciaba al mismo tiempo que la penetraba, empezó a gemir y a removerse queriendo apartarme, tenía sus dedos metidos entre mi pelo y tiraba suavemente de ellos, aceleré mis movimientos, soltó mi pelo y se agarró a la almohada, convulsionando al mismo tiempo que daba un fuerte gemido, sus fluidos llenaron mi boca, se relajó, yo besaba su pubis, su vientre, hasta llegar a su boca, puse mi sexo en su muslo y friccionándolo me llegó el orgasmo. Me rodeó con sus brazos, acariciaba sus pechos, nos fuimos tranquilizando, besaba mi cuello, mi boca, diciéndome «Amor mío, ámame siempre». La apreté contra mí. «Te amaré hasta la eternidad».

Me despertaron sus besos.

—Candela, eres una perversa.

La sonreí y la atraje hacia mí.

—No puedo más, amor, me duelen las piernas, me han llamado por el busca, tengo que ir al hospital. Amor mío, dúchate y cálmate.

El agua de la ducha me calmó, me tiré encima de la cama, estaba rendida, intenté dormirme.

—Candela, estás mojada, no te duermas, amor mío —me hablaba y secaba mi cuerpo—, qué cara tienes, acompáñame y comemos juntas.

Me levanté y fui a la cocina, hice un zumo de naranja para ella y para mí, quería recuperar mis energías.

Íbamos al hospital.

—Arancha, me he dejado todas mis cosas en Zaragoza.

—¿Y...? Ve a recogerlas, ¿o tienes miedo de algo?

—¿Quién es ahora la perversa? ¿Por qué no te encargas tú, amor mío?

—Deberías hacerlo tú. Está bien, yo me encargaré.

Puse mi mano en su pubis.

—Candela, déjate de guarradas.

—¿Guarradas? Pues bien que te gustan las guarradas.

—Vas a dar lugar a que me salgan los colores.

Llegamos al hospital.

—¿Por qué no te vienes a planta conmigo?

—No, prefiero quedarme aquí.

Me había fijado en el mostrador de la entrada, había dos chicas, una rubia y otra morena. Arancha se dio cuenta.

—Aquí ni se te ocurra quedarte, tengo prisa, luego hablaremos.

Entré, me miraron, la morena parecía simpática, pero la rubia tenía cara de prepotente. La rubia se adelantó.

—¿Qué desea? —en un tono de imposición más que de petición.

—¿Quién, yo? —dije mirando a mi alrededor, sabía que no había nadie más.

Puso cara de sorpresa.

—¿Quién va a ser si no hay nadie más que usted?

—¡Ah! Es que te puedes imaginar lo que yo puedo desear. —Mientras le hablaba con todo el descaro le miraba los pechos, que parecía que se le iban a salir por el escote.

La morena nos miraba e intentaba no reírse. Se empezó a poner nerviosa.

—No tenemos el día como para jueguecitos.

—Y dime, ¿a qué estamos jugando?

Se levantó, nuestras caras estaban muy juntas, nos separaba un estrecho mostrador.

—¿Es que me vas a dar una bofetada? —le dije, y con todo mi descaro bajé mis ojos hacia sus pechos.

—¿Qué, te gustan?

Estábamos en la punta del borderío.

—A simple vista sí, pero para saber si están buenos o no, habría que tocarlos y lamerlos.

Y diciendo esto, se los acaricié con las manos. Levantó su mano, fui rápida y se la sujeté. Estaba a punto de darle algo.

—Esto te pasa por lo borde que eres. Por cierto, tus pechos me gustan mucho, son duros y muy bonitos. Lo que tienes que hacer es portarte bien con el público y aprender modales.

Nos miramos a los ojos, me di cuenta de que tenía sujeta su mano con la mía.

—Perdóname, lo siento, soy una borde y cuando me bordean me enciendo.



No decía nada, pero no se apartaba ni soltaba la mano. Me la llevé a los labios y la besé.

—¿Me perdonas?

—Sí —dijo en un susurro.

Ya estábamos separadas cuando llegó Arancha. Tuvo que notar la tensión que flotaba en el ambiente.

—¿Qué ocurre?

La morena contestó.

—Nada, doctora, nos ha venido a preguntar por un especialista.

Arancha sabía que mentía. La rubia tenía sus ojos puestos en mí, no decía nada.

—A propósito, os voy a presentar. Ana, Teresa (la rubia), mi pareja, Candela.

No supieron qué decir.

Cuando salimos, Arancha me preguntó:

—¿Qué ha pasado? He notado cierta tensión.

—Nada, qué va a pasar —sonreí.

—Candela, te conozco, estás cada vez más borde, la rubia no te quitaba ojo.

Le agarré por la cintura y la atraje hacia mí.

—Eso es porque estoy muy buena.

La besé en la boca.

—Por lo que pudiera pasar, no te quiero ver más en ese mostrador.

Cómo me conocía.

Entramos en el restaurante al que solíamos ir a comer, la camarera que nos atendía se nos quedó mirando.

—¿Has visto cómo nos ha mirado? —me preguntó Arancha.

Me fijé en un periódico que había sobre una de las mesas, salía una foto del beso que nos dimos a la salida del certamen periodístico. Se la enseñé a Arancha.

—¡Qué cabrones!

El texto decía: *La ganadora del certamen periodístico sobre el mejor artículo de investigación hace honor a su trabajo y da un largo beso a una mujer a la salida de dicho certamen. ¿Busca popularidad para promocionarse o es solo una demostración de lo que ha escrito? Intentaremos averiguarlo.*

—Están listos si piensan que les voy a conceder una entrevista.

—¿Qué te crees, que eres una *celebrity*? —dijo Arancha en tono de broma.

—No me creo nada, la fama me importa... Bueno, tú ya sabes. La fama es una hembra voluble y dañina que cuando crees que la has conseguido te abandona y busca otros cuerpos y otros placeres.

Intentaron contactar conmigo, los ignoré y terminaron por aburrirse; noticias más interesantes llegaron a sus despachos.

Arancha consiguió que me mandaran todas mis cosas de Zaragoza. Adolfo me despidió. Como yo quería, me quedaba la prestación por desempleo. Hablé con él por teléfono y le di las gracias. Con Juncal no volví a hablar, quizás fui una cabrona con ella, pero no fue mi intención, era cierto que me empecé a enamorar de ella, pero volver a encontrarme con Arancha me hizo ver una realidad que no veía. Gracias a Dios, me di cuenta de que Arancha siempre estuvo dentro de mí, ya no volvería a dejar que se fuera.

Estábamos en el apartamento sentadas en el suelo, yo estaba entre sus piernas, leía las ofertas de trabajo en el periódico. Me acariciaba el pelo, le encantaba meter sus dedos entre ellos, de vez en cuando levantaba la cabeza y le exigía que me besara la boca.

—Anda, mira —le dije—, una oferta para trabajar como periodista.

—Amor mío, ¿por qué no te presentas?

—Eso pienso hacer, hay un problema, el periódico es el de Mirian.

Dio un manotazo y lo arrancó de mis manos.

—Ni lo pienses.

—¿Por qué no? Tendría su gracia.

Giré mi cabeza y se la metí entre sus muslos, empecé a mordérselos.

—Candela, por favor, no empieces.

La tumbé en el suelo y me puse encima de ella.

—O te dejas o me voy al periódico.

Se echó a reír.

Mordía su cuello y mis manos recorrían sus muslos, le arranqué las bragas y levanté sus piernas hacia arriba, su sexo se mostró placenteramente, metí la cabeza e introduje toda mi lengua en su vagina, esa postura me facilitaba meterla hasta dentro, la sacaba y la metía y succionaba con mi boca su vulva y su clítoris, sus muslos se tensaban y presionaban mi cabeza cada vez más, gemía, hubo un momento que creí no controlar su temblor, sus manos intentaron quitarme, insistí con más vigor, gritó al mismo que todo su cuerpo convulsionaba, mi boca se llenó de sus fluidos, sus piernas

empezaron a relajarse, hice que con su mano me estimulara el clítoris y sentí una sensación de placer que me llevó al orgasmo.

Me quedé echada encima de ella.

—Amor, por poco me asfixias.

Me besó en la boca y me dijo:

—Para que no vuelvas a meter la cabeza donde no debes.

—¡Ah, sí! Esas tenemos, no te preocupes —dije burlonamente.

—Es una broma —dijo riéndose—, anda, acaríciame los pechos.

Lo rodeé con mis brazos y acariciándole los pechos nos quedamos dormidas.

Estaba esperando a Arancha en el aparcamiento, no se me volvió a ocurrir esperarla en el mostrador de la entrada, pero la vida tiene ciertos caprichos y vi a Teresa (la rubia) que venía hacia mí. ¿Estaría yo al lado de su coche? Llegó a mi altura y sonrió.

—Qué casualidad —dijo; se había dado cuenta de que me había cogido por sorpresa y estaba en desventaja—. Encontrarme con la persona a la que le gustan tanto mis pechos.

Se acercó tanto a mí que podía sentir su respiración.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Qué borde era, se puso de puntillas, me rodeó con sus brazos y me besó en la boca, metiéndome la lengua hasta dentro, la verdad es que no pude controlarme y le devolví el beso.

Bajé de la nube de golpe y al grito de...

—¡Candela!

Ella me apartó.

—Ahora también te gustarán mis besos.

Se montó en su coche y se fue. Arancha llegó hasta donde yo estaba y me soltó un bofetón impresionante.

—¡Joder! Me ha dolido.

—¡Serás cerda! En mi propia cara.

—Quieres dejar que te explique.

—Tendrás jeta, qué me vas a explicar, si he visto cómo os morreabais.

—Arancha...

Me zarandé y se echó a llorar, la abracé con fuerza, mis brazos impedían que se moviera.

—Tranquilízate, para, escúchame, por favor, amor mío, ha sido ella, es una chula, ha venido y me ha besado, no he podido reaccionar.

—Cómo puedes ser tan embustera y zorra, si la tenías rodeada con tus brazos.

—Habrá sido por inercia.

Me dio otro sonoro bofetón.

—Eres una cínica.

Dejó de hablarme y no quiso ir a comer. Nos fuimos a casa. Entré en la cocina y preparé huevos fritos y guisantes con jamón; era su plato favorito.

—¿Me perdonas? Mira, he hecho la comida.

—Según tú, no tengo nada que perdonarte, tú no eres la culpable.

—Arancha, no sé si la rodeé o no con mis brazos, ella me importa una mierda, y perdóname por la palabra. Comamos, por favor.

—No quiero comer y menos si lo has hecho tú.

—No lo he hecho yo, lo ha traído un chino.

No pudo evitar reírse.

La abracé, intentó soltarse, pero no podía.

—Dime que me amas, dímelo o no te suelto.

Rodeó mi cuello con sus brazos.

—Júrame que nunca me abandonarás —me dijo.

—Lo juro, ni la muerte podrá separarnos. Jamás nos separarán.

Me encapriché de comprarme una moto.

—No pienses que yo me voy a montar en «eso».

—Eres una cabezota, ¿qué te cuesta? Te agarras a mí y ya está.

—Candela, te conozco, no insistas, he dicho que no y es que no.

Me compré la moto, dos cascos, un pantalón, una cazadora y unas botas de cuero. No conseguí que ella se comprara nada de ello.

—¿te llevo al trabajo?

—No, no, gracias, qué dirían mis compañeros, no quiero que se burlen de mí.

—No entro en el aparcamiento.

—No empecemos, Candela, he dicho que no.

Se tuvo que poner unos vaqueros, con lo poco que le gustaban a ella los pantalones.

—Vamos, cariño, abrázate bien, como cuando vas a correrte.

—Candela, eres imposible, mira que no me monto.

Era un placer sentir cómo el aire fresco azotaba tu rostro y tu pelo, aunque corto se enredaba. Aparqué en la misma puerta del hospital. Arancha se quitó el casco.

—Ya sabía yo que esto iba a ocurrir.

Venía hacia nosotras un grupo de hombres y mujeres. Se echaron a reír. Una rubia muy graciosa dijo:

—¿Desde cuándo eres motera?

—Os voy a presentar a mi pareja, que es la culpable.

Me quité el casco, moví la cabeza para colocarme los pelos, llevaba un *piercing* en la oreja y otro en la nariz. Montada en la moto y con las piernas abiertas apoyadas en el suelo estaba muy sensual. Una de ellas me miró de forma lasciva. Arancha se dio cuenta y la expresión de su cara cambió.

—Merche, Rosalía, Silvia, Tomás, Antonio, ella es Candela, como os he dicho antes, mi pareja.

Todos se acercaron y me besaron; la de la mirada lasciva, Rosalía, me besó en la comisura de la boca y me dijo:

—¿Cuándo me vas a dar una vuelta en la moto?

Iba a contestar, pero Arancha se adelantó.

—Lo siento, solo me monta a mí.

Lo de «monta a mí» lo recalcó con profundidad.

Llegaban las Navidades, estaba desesperada, no encontraba trabajo.

—No te preocupes, amor mío, yo gano lo suficiente para que tengamos un buen nivel económico.

—Sabes que no quiero ser una mantenida. ¿Para qué me he sacrificado estudiando una carrera? Y me gusta mi carrera.

—Lo hablamos después de las vacaciones, anda, vámonos a la cama.

—¿Qué? —dije extrañada, nunca me lo pedía, era yo siempre quien lo iniciaba.

Corrí hacia la cama y me metí bajo las sábanas, impidiendo que me pudiera coger, ella lo intentaba, pero no podía, yo me reía a carcajadas.

—Candela, amor mío, sé buena y déjame que te toque.

—Ni que lo sueñes, yo no tengo ganas de que me metas mano.

Se enfadó y se fue a la punta de la cama, esperé a ver si le entraba sueño para despertarla, no se dormía, tenía que estar cabreadísima. Me deslicé silenciosamente y la cogí por detrás, dio un respingo y me quitó las manos.

—Vamos, Arancha, era una broma.

—Déjame. —Estaba a punto de llorar.

—Por favor, Arancha, no seas cría —apreté mi cuerpo contra el suyo—, amor mío, no te cabrees.

—Ya no te deseo.

Sabía que su punto más sensible eran sus pechos, los cogí entre mis manos acariciándolos y pellizcando sus pezones.

—Anda. sé buena, vuélvete y bésame en la boca, estoy ardiendo.

Su cuerpo se removió.

—No, suéltame —decía en un susurro.

Mi lengua lamía su cuello, sus hombros, temblaba, mis dedos bajaban lentamente por su piel hasta llegar a sus caderas, a su vientre, acariciándolos en círculos, le mordía el lóbulo de la oreja mientras la susurraba.

—Amor mío, no seas mala.

Ella se volvió y cogió mis pechos, abrí mis brazos, podía sentir la humedad en mis muslos. Mis manos presionaron su cuerpo contra el mío y frotábamos nuestros pubis.

—No puedo más, penétrame...

Yo no quería. Bajé mi boca a su sexo, succionaba su clítoris, empezó a gemir, a removerse, mis dedos la penetraban.

—No vayas tan lenta, por favor, por favor —me susurraba.

Con mi mano, sujeté su vientre y aceleré mis movimientos, empezó a tensarse, a levantar su pubis, dio un fuerte gemido y convulsionó, mi boca sintió la humedad de sus fluidos, se fue relajando, bajó su boca a mi sexo y lo succionaba mientras sus dedos me penetraban, quería parar el tiempo, mi cuerpo dio una fuerte convulsión y de mi garganta salió un profundo grito. La rodeé con mis brazos.

—Amor mío, te amo.

Ella besaba mi boca.

—Candela, ya eres mía como yo tuya.

Nos besábamos mientras mis manos acariciaban sus pechos, el sueño nos venció.

Al despertarme seguíamos abrazadas, era muy tarde, le acaricié la cara.

—Arancha, vamos, despierta, amor.

Extendió sus brazos y se desperezó.

—¿Qué hora es?

—La hora de levantarse. ¿Qué te pasó anoche?

—No sé, estaba muy caliente, me irá a venir el periodo.

—Bendito periodo, me gusta que me lo pidas.

—Yo te lo pido siempre, hasta con la mirada, lo que ocurre es que tú no te das cuenta.

Estábamos sentadas en la terraza de una cafetería, tomándonos unas bebidas, esperábamos a Agustín y Aurora; Arancha hacía meses que no los veía.

—Candela, ¿qué vamos a hacer estas vacaciones? Sabes que terminaremos discutiendo para al final hacerse lo que tú digas.

—Lo que tú quieras. —Me estaba fijando en una rubia sentada enfrente de mí, estaba con una pareja, había perdido la cuenta de las veces que cruzó y descruzó las piernas enseñándome unas bonitas bragas negras.

—¡Candela! ¿Me estás escuchando? —Siguió mi mirada y la vio—. ¡Mira que eres cerda! Estás mirándote con esa guarra que te enseña sus bragas.

—Arancha, yo...

—Cámbiate de sitio, vente a mi lado, eres una quedona y encima vistiendo con esos pantalones rotos, esas camisas y esos *piercings*, vas a empezar a vestirte de otra forma.

—Arancha, vamos —la panorámica había desaparecido—, yo siempre me vestiré de esta forma.

Acerqué mi cara a la suya y la besé en la boca; me separó con sus manos y sonrió.

—No puedo contigo.

Llegaron Aurora y Agustín, nos abrazamos y besamos. Iba a sentarme.

—No, no, tú aquí, a mi lado —me dijo Arancha.

Aurora sonrió.

—Os veo pletóricas.

Agustín se echó a reír.

—Eso es por los orgasmos tan placenteros que tienen.

Arancha le echó la bronca. Hablábamos de cosas intrascendentes, cuando se nos acercó el camarero.

—Me han dicho que les llene otra vez.

Arancha preguntó:

—¿Quién ha sido?

—La señorita rubia que estaba detrás de ustedes y me ha dado esto para usted — dijo dirigiéndose a mí.

Me fue a entregar una servilleta escrita con un número, Arancha me la quitó de las manos.

—Será puta. —La rompió en trocitos.

El camarero se bloqueó.

—Sí —le dije—, sírvanos otra vez, por favor.

Aurora y Agustín preguntaron.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, que una cerda le ha estado enseñando las bragas a Candela, que ha estado incitándola, mirándola.

Me eché a reír; cómo era, la besé. Cuando llegó el camarero, le dijo:

—El dinero que le han dado se lo devuelve o se lo queda usted de propina. Pago yo todo.

Nos reímos a carcajadas.

Decidimos irnos de vacaciones a la montaña.

—Amor, estaremos cinco días, nos vamos luego con mis padres y mi hermana a pasar unos días con ellos. ¿Quieres que vayamos a ver a tus hermanos?

—No, de momento no.

No les había contado que tenía pareja y también me daba miedo que las personas del pueblo pudieran decirle alguna cosa que pudiera herirla.

Arancha tenía una hermana unos años más joven que ella, se había casado con un chulo hijo de papá, no tuvieron hijos; al poco tiempo de casarse se divorciaron.

Después de discutir y pelearnos, conseguí que hiciéramos el viaje en moto, bajo la amenaza de que como nos ocurriera alguna desgracia, no me lo perdonaría nunca.



Iba viendo el paisaje según subíamos la montaña, paré en una zona de descanso, estábamos a bastante altitud, se veía correr el agua por los riachuelos y regatos, los montes de alrededor protegían una ladera verde y jugosa. Los árboles parecían guerreros dispuestos a defender la tierra. Se podía sentir su palpitar. Nos daban un ejemplo de supervivencia y de respeto, las aguas bañaban la tierra que la recogía alimentando a las flores, a los animales y a los seres humanos. Demostraban su humildad, generosidad y plenitud, dando vida sin pedir nada a cambio.

Cogí a Arancha de la mano.

—Mira, Arancha, mira la vida de la Tierra, se puede sentir su palpitar; sintiendo esto jamás podremos negar la existencia de Dios.

Me puse de rodillas ante ella.

—Aquí, este caballero templario, entre el cielo y la Tierra, jura amor eterno a su dama más allá de la muerte, hasta la eternidad.

Se le saltaron las lágrimas y me rodeó con sus brazos.

—Candela, a veces eres maravillosa.

—Siempre —le dije—, sellemos este pacto con un largo beso.

Sentimos que unos coches nos pitaban. Arancha me apartó.

—No cambias, Candela, nos pitan porque están viendo que me estás metiendo mano.

Llegamos a las oficinas de la urbanización, nos dieron las llaves de la cabaña. Nos paramos en un cruce de una de las calles.

—Por las explicaciones que nos han dado, tiene que ser por aquí, Candela. — Arancha señaló hacia la izquierda.

Para cabrearla tiré hacia la derecha. Intentó morderme el hombro, pero no pudo porque la cazadora era de cuero. Ella tenía razón, tuve que volver sobre mis pasos.

Paré la moto a la entrada de la parcela, Arancha se bajó y abrió la puerta. Entré dando acelerones, sabía que eso la enfurecía. Me quité el casco y me quedé sujetando la moto con mis piernas.

—Tienes mala leche, no me has hecho caso, no sé cómo no escarmiento. ¿a qué han venido esos acelerones?

—Pues para que salgan esas tres. —Señalé con la mirada a tres pivones morenos que salieron de la cabaña de al lado.

—Te lo advierto, Candela, no les des confianza y no hagas el payaso, que la tenemos.

—¡Hola! —nos saludaron—. ¿De dónde sois?

—Nosotras de Madrid —contesté—, ¿y vosotras?

—De Salamanca. Oye, ¿me darías una vuelta en la moto?

Arancha saltó:

—Lo sentimos, en la moto solo me monto yo.

—¿Eres celosa?

Se notaba que la niña era borde. Tenía unos pechos enormes.

—Soy lo que me da la gana —estaba furiosa—, ahora, si no os importa, tenemos que deshacer el equipaje.

La borde insistió.

—Ya nos veremos.

Estaba muerta de risa, pero intentaba no expresarlo. Al entrar, se encaró conmigo.

—Lo primero que te digo que no hagas, que no les des confianza y es lo primero que haces. No ves que son unas golfas. Esa quiere darse una vuelta contigo para que te la tires.

—Arancha, habla cada vez peor. ¿Y tus modales de pija?

—Candela, no me cabrees más, tú tienes la culpa, me sacas de mis casillas.

—No ves que son unas crías.

—Todavía peor.

Me eché en la cama mientras la veía deshacer el equipaje.

—Podías ayudarme en lugar de estar ahí mirándome.

—A mí me da igual, deja mis cosas donde quieras.

—Qué desordenada eres.

Me desnudé, no se dio cuenta, estaba de espaldas, me acerqué a ella por detrás, la rodeé con mis brazos y la inmovilicé.

—Candela, no..., el equipaje.

Le quité los pantalones y las bragas, presionaba mi cuerpo contra el suyo, desabroché su camisa y su sujetador, levanté sus brazos y los apoyé en el armario.

—Candela, amor mío, déjame.

Intentaba separarse, su resistencia me ponía cada vez más caliente, mi boca chupaba su cuello, su oreja.

—Arancha, estate quieta, deja que te folle.

Mis manos oprimían sus pechos y pellizcaban sus pezones, ella empezó a ceder, a gemir.

—Eres una zorra —me decía mientras sus manos intentaban apartarme.

Con mi lengua recorría su espalda, de arriba abajo, su vello se erizaba, sus gemidos se hacían más profundos. Le metí la rodilla entre las piernas, friccionando con ella su clítoris, temblaba de placer, la eché sobre la cama besándola en la boca, introduje mis dedos en su vagina, sentí su humedad, llegué a su punto sensible, no me dio tiempo a tocarlo, convulsionó todo su cuerpo, dando un fuerte gemido. Estimulé mi clítoris con su pierna y me corrí.

La rodeé con mis brazos, puse mis manos en sus pechos y nos quedamos dormidas.

Me despertó el hambre, me dolía el estómago, miré el reloj, eran las tres de la tarde. Arancha dormía profundamente. La besé en el cuello, se removi6, le mordí el l6bulo de la oreja.

—Candela, no, por favor, no puedo más.

—Amor mío, ¿no quieres comer?

—Sí, pero no puedo con mi cuerpo.

—Voy a bajar al pueblo a comprar unos bocadillos.

—Candela, por favor, no te lées, sobre todo con esas tres.

Cogí la moto y bajé al pueblo. Aparqué en la plaza. Me dirigí a uno de los bares que allí había. Qué casualidad, allí estaban comiendo las tres. Me hice la despistada, me fui a la barra y le dije al camarero:

—Por favor, ¿me pones dos bocadillos de jamón y dos montados de lomo a la plancha? ¿Me puedes vender unas naranjas y una caja de leche?

El chico muy amable me dijo que sí, pero que tardaría un rato, que mientras tanto me sentara en una de las mesas.

Me llamó la borde.

—¡Oye, vecinita! Vente a tomar algo con nosotras.

Hice un gesto de negación con la cabeza, aunque sabía que no me serviría de nada.

Ella se levantó y vino hacia mí.

—¿Tanto miedo le tienes a tu pareja?

Me estaba tocando la fibra y la íbamos a tener.

—Mira, guapa, no creo que te tenga que dar explicaciones.

Se acercó tanto que sentía su respiración.

—¿Por qué no me das un paseo en la moto?

La miré, qué ojos verdes, qué boca y sobre todo qué pechos, estuve a punto de caer en la tentación.

Me acerqué a ella y la miré directamente a los ojos.

—No quiero complicaciones con mi pareja, déjame tranquila, que soy muy visceral.

Hizo algo que no me esperaba, se alzó sobre sus pies y me besó en la boca, metiéndome la lengua hasta dentro.

Sentí una oleada de deseo. Bien a mi pesar, la aparté.

—Eres una zorra.

—¿No me irás a decir que no te ha gustado? He sentido tu lengua y tu temblor.

—Déjame, por favor, no me compliques la vida.

—No te voy a dejar hasta que me folles.

El camarero no sabía qué decir, estaba violento.

—Aquí tiene usted, son veinte euros —me dijo entregándome una bolsa con lo que había pedido.

Le pagué y me fui.

Arancha estaba levantada, terminando de ordenar el equipaje.

—¡Todo lo que has tardado!

—Cariño, lo han tenido que preparar, no estaba hecho.

—¿A que te has encontrado con esas?

—Arancha, comamos, voy a hacer zumo.

—Ahora estoy segura de ello, quieres desviar la atención. ¿Qué ha pasado?

Me conocía mejor que yo misma.

—Quieres comer de una vez y beberte el zumo.

Nos lo comimos y bebimos todo, con sus dedos me quitó una miga de pan de la comisura de la boca.

—Candela, no me engañes, ¿qué ha pasado con esas zorras?

—Olvídate de ellas, sobre todo no les hagas caso.

Retiró su silla y se sentó a horcajadas encima de mí, se abrió la camisa, no llevaba sujetador, puso sus pechos en mi boca.

—Ahora te voy a follar yo a ti —me dijo.

Sentía la tibieza de ellos, con mi lengua se los chupaba; mordía sus pezones, mis manos se introdujeron en sus bragas y mis dedos se perdían en su vello buscando su sexo, Arancha gemía profundamente...

—No puedo más, amor...

Me levanté de la silla y la senté a ella dejando su culo al borde para poder acceder mejor a su pubis, me arrodillé y metí la cabeza entre sus muslos, puso sus manos en mi cabeza, echándose hacia delante, mis dedos la penetraban y mi boca presionaba su clítoris.

—Candela, dame más, dame más, por favor...

Introduje mis dedos hasta dentro mientras con mis labios cogía su clítoris estirándolo y soltándolo, aceleraba cada vez más los movimientos; con la otra acariciaba sus pezones, se tensionó hacia atrás y dio una fuerte convulsión al mismo tiempo que gritó, estaba exhausta, la llevé a la cama.

—Arancha, amor mío, haz que me corra.

cogió mi sexo y sus dedos, ya expertos, me penetraban y acariciaban el clítoris, di un fuerte gemido, sentí que el placer entraba en mi cuerpo.

La abracé y puse mi pierna encima de sus muslos; quería tenerla dentro de mí.

Me despertó la claridad del día. Arancha dormía plácidamente. Plegué mi cuerpo al de ella y la abracé, la amaba profundamente, el deseo de poseerla me quemaba por dentro, tendría que controlarme si no quería causar riesgos a nuestra salud.

Se desperezó entre mis brazos y los acaricié, la besé en el cuello, ella me acarició la cara, mis manos bajaron a sus muslos.

—Por favor, Candela, nos vamos a hacer viciosas, ¿no te has fijado en las ojeras que tenemos?

—Perdóname, amor.

Me levanté y me puse desnuda delante de la ventana, lanzó la almohada contra mí.

—Apártate de ahí, te van a ver esas.

—Arancha, ven, ha caído una pequeña nevada.

Una bola de nieve rompió en el cristal.

—Mira que te lo he dicho, serán golfas, tú las provocas.

Corrí hacia la cama y me metí entre las sábanas, le mordía los muslos, le hacía cosquillas en las ingles y debajo de los brazos, se reía a carcajadas.

Empecé a controlar mis deseos sexuales, era cierto, estábamos más delgadas y con ojeras. Arancha empezaba también a descontrolarse, me buscaba continuamente.

Salíamos a correr, íbamos al pueblo a comprar alimentos. Por las noches nuestros cuerpos pedían hacer el amor.

Éramos felices, la Nochebuena y la Navidad la celebramos haciendo unas comidas especiales y tradicionales: pavo, turrón..., y leyendo un pasaje de la Biblia, le pedimos a Jesucristo que nada ni nadie nos separara jamás.

Solo faltaba un día para terminar allí nuestras vacaciones, después iríamos a pasar unos días con su familia.

Estábamos sentadas en el suelo, yo entre sus piernas, era nuestra postura favorita, Arancha me acariciaba el pelo. Veíamos un programa de la televisión. Llamaron a la puerta. Iba a abrir, pero ella se adelantó, era nuestra vecina, la borde.

—¿Está tu pareja?

—Qué morro tienes, ¿no?

—Me prometió que me montaría en la moto.

Arancha se giró y me miró.

—¿Qué es lo que le has prometido?

—¿Yo? Esa está loca.

—¿Loca? ¿No le has dicho lo del otro día en el bar donde compraste los bocadillos, cuando te metí la lengua en la boca? Pues bien que te gustó.

Arancha cerró la puerta con tanta fuerza que por poco la descuelga, pudo haberle dado en la cara a la borde. Se vino hacia mí.

—Cabrona, lo sabía.

Intentaba controlarla con mis brazos, pero le hacía daño y tenía que soltarla. Me abofeteó.

—¿Vas a creer a esa loca? —le dije mientras me tocaba en donde había sido la bofetada.

Se quedó quieta.

—O me lo cuentas y me dices la verdad o bajo ahora mismo al pueblo y voy preguntando a todos los camareros.

—Fue el día que bajé a comprar los bocadillos, se me insinuó, yo no le hice ni caso, pero me cogió desprevenida y me besó.

Se abalanzó de nuevo sobre mí, pero la abracé por detrás y besaba su cuello, lamiéndoselo con la lengua.

—¡Suéltame! Eres una zorra pervertida, no voy a dejar que me toques más.

Seguía besándola moviendo lentamente mi lengua detrás de su oreja, de su cuello, de sus hombros, empezó a ceder, tocaba sus pechos, eran su punto débil, se dio la vuelta.

—¡Qué puta eres!

Se rindió, la acariciaba y la besaba, mi boca buscaba su cuerpo, mis dedos su sexo y mi alma la suya. Nuestros muslos se enlazaban, mis manos la moldeaban como el escultor moldea su escultura; por unos instantes tuve la sensación de que su cuerpo entraba en el mío.

Ahora lo entendía; cuando hacíamos el amor no solo entregábamos nuestros cuerpos y nuestros corazones, entregábamos el alma, el alma que no nos pertenecía, pertenecía a Dios.

Sentí sus caricias en mi cara, me miré en la profundidad de sus ojos.

—¿Cómo puedes poner en duda lo que te amo?

Cerró mis labios con sus dedos.

—Amor mío, tengo celos hasta del aire que respiras.

Salimos por la mañana muy temprano. Arancha no quería encontrarse con la borde. Circulábamos por la carretera en dirección a la finca de sus padres, estaba cerca de donde nos encontrábamos, en el municipio de Ávila, y la finca pertenecía al municipio de Segovia. Arancha me iba indicando el camino.

Cuando llegamos me quedé sorprendida, era enorme, había aproximadamente un kilómetro desde la entrada a la casa. La cancela estaba abierta. Estaban esperándonos a las puertas de la casa, nos habrían visto entrar. Arancha se bajó, se quitó el casco y corrió a abrazar a su padre.

Me bajé de la moto, me quité el casco y esperé.

—Cariño, ven a saludar a mis padres.

No se cortó, por la forma de nombrarme comprendí que les tenía que haber contado lo nuestro.

Me acerqué y tendí mi mano a su madre; ella me abrazó.

—Recuerda que me llamo Margarita —me dijo sonriente.

—Y yo Ricardo —dijo su padre dándome un fuerte abrazo.

Vimos como una figura montada a caballo se acercaba al trote. Al llegar me fijé en ella, ¡qué pelo! ¡Qué ojos azules! ¡Qué labios! Me imaginé que era Lucía, la hermana de Arancha. Se bajó del caballo y se dirigió a ella. Se abrazaron y se besaron.

—Estás guapísima, Lucía, el campo te sienta muy bien.

Me miró y se acercó a mí.

—Tú, Candela —dijo riéndose—, eres tal y como me ha descrito Arancha.

Me besó efusivamente, entramos en la casa, evitaba mirar a Lucía. Arancha la llevaba abrazada por la cintura, le iba preguntando.

—Cuéntame tus planes...

Estábamos en nuestro cuarto.

—Candela, te lo digo muy en serio, respeta a mi hermana, por Dios te lo pido.

Tenía toda la razón del mundo, ¿por qué sería yo así? Siempre con ese fuego en el cuerpo. La abracé y la besé en la boca.

—Ahora no, amor, no nos da tiempo. Mi padre es muy estricto para las horas de las comidas, nos da tiempo solo a ducharnos.

Nos duchábamos, no pude evitar tocarla, el agua corría por nuestra piel, bebía la que salía de su boca, la pegué a la mampara, recorría su cuerpo con mis dedos, con mi boca mordía su cuello y detrás de la oreja, besaba su boca a placer entrando y sacando mi lengua y enlazándola con la suya, oprimía sus pechos y chupaba sus pezones, sus gemidos se entrecortaban por sus temblores y se perdían en el sonido del agua. Me arrodillé, succionaba su pubis, su clitoris... Ella acariciaba mi pelo, la penetraba lentamente con mis dedos, sentí su cuerpo arquearse y convulsionar, dio un fuerte gemido, las piernas le fallaron, la sujeté entre mis brazos, la apoyé en la mampara mientras mis dedos me estimulaban y sentía el orgasmo.

Me abrazó y me besó diciéndome:

—Amor mío, cuánto te amo.

Llegamos justo a la hora de la comida. Margarita buscó mis ojos y sonrió, yo bajé la mirada, esa mujer se había dado cuenta de lo que minutos antes estábamos haciendo.

Lucía se iba a sentar a mi lado, pero Arancha la llamó.

—Lucía, vente aquí conmigo.

—bueno —dijo su padre—, contadnos cómo os lo habéis pasado.

La miré a los ojos a la espera de lo que pudiera decir sobre lo que estuvimos haciendo.



Ella esquivó mi mirada y contestó:

—Hemos hecho senderismo, íbamos a las fiestas del pueblo, sobre todo hemos descansado.

Estuve a punto de soltar una carcajada, sería embustera, «sobre todo descansando», había equivocado la palabra, no era «descansando», sino haciendo sexo.

—¿Te acuerdas de la pérgola? Arancha, papá la ha preparado y puede escucharse la música que quieras, podíamos ir esta noche.

Nos fuimos a la pérgola. Lucía puso una de esas canciones románticas.

—Vamos, Arancha, bailemos.

La cogí por la cintura y empecé a mover mi cuerpo al ritmo de la música, mis manos la presionaban contra mí, ella me miró a los ojos y me susurró.

—Candela, no te pases, nos está mirando mi hermana.

Bailamos dos o tres canciones, luego Arancha me dijo:

—Baila con mi hermana.

Yo no sabía qué hacer, hubiera preferido no hacerlo. Lucía llevaba un traje con un escote que dejaba parte de sus pechos al descubierto, ella se acercó sonriendo, cogió mis manos, las puso cerca de sus caderas y las suyas en mis hombros. Evitaba mirarla, sentía a través de mis dedos el calor de su piel y sus movimientos, olía su perfume, una de las veces nuestros ojos coincidieron, yo bajé los míos, miré a Arancha, su mirada expresaba dolor. Por fin terminó la canción.

—Bailas muy bien, Candela, tienes mucha suerte, Arancha.

—Sí, Lucía, nos vamos a descansar.

Me cogió de la mano y nos retiramos a nuestro cuarto, Arancha no me hablaba.

Nos metimos en la cama, yo no quería decir nada. Me miró a los ojos.

—¿Me amas, Candela?

La rodeé con mis brazos y metí mi cabeza entre sus pechos.

—¿Cómo puedes dudarlo? Amor mío, eres mi vida.

—Sin embargo, yo creo que te amo más a ti que tú a mí.

Le besaba sus pechos y mis manos le acariciaban la espalda.

—Amor, no digas tonterías; si no te tuviera, me mataría.

Se puso de espaldas y plegó su cuerpo al mío, cogió mis manos y las puso en sus pechos, estábamos agotadas, nos quedamos dormidas.

Llegó el día de Nochevieja, como siempre nos acostamos después de comer. A Arancha le encantaba la siesta, sobre todo si había sexo. Había puesto el despertador del móvil, que sonó al mismo tiempo que llamaban a la puerta.

Arancha abrió la puerta, a mí solo me dio tiempo a ponerme la camisola, quedando mis piernas totalmente al descubierto. Era Lucía.

—Arancha, que... ¡uy! ¡Qué *sexy*, Candela! Acordaos que hoy es Nochevieja y viene todo el grueso de caballería, es decir, toda la familia.

Arancha la besó y le dio las gracias. Cerró y se volvió hacia mí mirándome furiosa.

—Podías haberte puesto los pantalones.

—Si estaba desnuda cuando has abierto la puerta, ni sé cómo he podido ponerme la camisola.

La cogí por la cintura y presioné mi pubis contra su culo.

—No seas celosilla, tontina.

—Candela, no seas guarra, déjame.

—Conque guarra, esta noche te voy a demostrar yo lo que es ser una guarrilla.

Se echó a reír.

—Candela, a ver, ¿qué te vas a poner?

Me puse seria y me enfadé.

—Sabes que mi personalidad no la voy a cambiar.

Se acercó a mí y me besó.

—Amor mío, ponte lo que tú quieras.

Me puse unos pantalones negros, una blusa con cierto caché que resaltaba el moreno de mi piel, el *piercing* en la oreja, las botas tobilleras y me hice la trenza vikinga.

Arancha me miró.

—Eres chula y borde. ¿Sabes los comentarios que vas a levantar?

—Soy como soy, borde, chula, zorra y lasciva y tú estás preciosa.

La besé en la boca.

—Anda, alborótame el pelo como tú sabes.

Hundió sus dedos en mis pelos y los agitó.

Aparecimos en el salón, todos los ojos se volvieron hacia mí. Me pareció entrar a cámara lenta. Levanté mi barbilla y puse un gesto desafiante, vi a Lucía morderse los

labios para contener la risa. Sonó el ruido de un vaso al caer. Ricardo tosió levemente y se levantó de su asiento.

—Tengo el honor de presentaros a la pareja de mi hija, Candela.

No podía decir cuántos eran, si el derroche y el lujo de poder que desprendían, no quise mirar sus caras, me imagino que habría expresiones para todos los gustos. Ricardo tuvo valor para hacer lo que hizo, se lo agradecí en el alma, Arancha presionó mi brazo y nos miramos a los ojos, ella sonreía; prefería mirarme a mí que las caras de sus familiares.

Nos fuimos sentando en nuestros sitios, Lucía se dio habilidad para sentarse a mi lado.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo eres tan borde? Se necesita tener valor para venir como has venido, hasta con un *piercing*. Arancha, ¿cómo es así? Hay que reconocer que estás muy sensual, mira cómo te miran mis primos y diría que también mis primas.

Me fijé en uno de los primos de Arancha, que no me quitaba ojo. Estaba en alerta, sabía que diría algo.

—Arancha, ¿quién es la activa y quién es la pasiva?

Se hizo un pesado silencio, Arancha iba a contestar, pero me adelanté.

—Se ve que no conoces nuestros apetitos sexuales, eso se suele dar en los homosexuales masculinos, nosotras no somos ni activas ni pasivas, somos lascivas.

Lucía soltó una carcajada, vi varios rostros sonrientes, entre ellos el de Ricardo.

Sonaron las campanadas, las uvas, como siempre, no las terminamos a su tiempo.

Con mi brazo rodeé la cintura de Arancha, la atraje hacia mí y con el otro sostenía la copa de champán, lo entrelacé con el suyo, vertimos el dorado líquido en nuestras bocas, nos besamos dejando que se derramara en ellas, el líquido cayó también por nuestras comisuras, con mis dedos se lo recogí y lo llevé a mi boca.

No nos importaron los presentes. A lo lejos distinguí los ojos de Lucía, tenían un resplandor de envidia.

Estábamos desayunando cuando Lucía me preguntó.

—Candela, ¿sabes montar en bici?

Sentí nostalgia, recordé a mi familia y los tiempos de la universidad.

—Sí, claro que sí.

—¿Qué se te ha ocurrido, Lucía? Eres peor que ella —dijo Arancha.

Lucía insistió.

—Papá, hay unas bicicletas en algún sitio, ¿verdad?

Ricardo contestó.

—Sí, creo que están en el garaje.

Lucía me miró.

—¿A que no te atreves a echar una carrera?

Había cuatro bicicletas.

—Arancha, ¿te animas? —le preguntó Lucía.

—Conmigo no contéis, te advierto que Candela es muy tramposa.

Me eché a reír. Lucía y yo nos montamos en las bicis. Arancha y su padre nos miraban desde el porche.

—Hasta la entrada y volvemos —dijo Lucía.

Corríamos a toda velocidad. ella dio un viraje y cayó. Me paré de golpe y volví a ver qué le había ocurrido. Estaba caída en el suelo sin moverse, era preciosa, la zarandeeé.

—Lucía, Lucía, contesta —me asusté.

Abrió sus ojos y soltó una carcajada.

—Te daría una bofetada, vaya susto que me has dado.

Nos quedamos en silencio mirándonos a los ojos, sus brazos me llevaban hacia ella, los sujeté.

—No, Lucía, no puede ser, amo a tu hermana con toda mi alma.

Me quedé sentada en la hierba, cogió mis manos.

—Perdóname, por favor, no se lo digas a ella.

Le acaricié la cara.

—No tengo nada que perdonarte y claro que no se lo diré, no ha pasado nada.

Sus ojos estaban húmedos por las lágrimas.

Volvimos con las bicis y le dejé que ganara. Arancha me miró a los ojos, cómo podría ser tan intuitiva.

Después de comer nos acostamos a echar la siesta. Estaba dándome la espalda, intenté abrazarla, pero no me dejó.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado dónde?

—Lo sabes de sobra, mi hermana cuando habéis regresado tenía una mirada triste.

—Vamos, Arancha, no me digas que ahora descifras las miradas.

Se volvió.

—Sé que no me lo vas a decir, pero que sepas que yo no soy tonta.

Puse mi mano en su pubis.

—Déjame y no me toques.

Le susurré al oído.

—Déjame que te toque, deja que calme mi deseo, amor mío, estoy muy caliente, no me dejes así.

Se quedó quieta y se volvió hacia mí.

—¿Tanto me deseas?

—Te deseo y te amo, compláceme tú a mí.

Levantó mis brazos y con movimientos lentos friccionaba su pubis contra el mío presionando mis glúteos, sus manos subían lentamente por mi espalda, oprimía mis pechos y pellizcaba mis pezones, sentía sus manos perderse entre mi vello púbico buscando mi sexo, gemía y temblaba, sus dedos tocaban mi clítoris, puso su mano debajo de mi vientre y lo alzó dando facilidad a su boca que succionaba todo mi sexo con movimientos cada vez más rápidos, mi cuerpo se arqueó, di un grito al llegarme un fuerte orgasmo.

Me miró a los ojos, su cuerpo estaba ardiendo, la puse al borde de la cama quedando su sexo al aire, me arrodillé, abrí sus piernas, mi lengua la penetraba, le sujetaba su vientre, mis dedos acariciaban y abrían su sexo para que mi lengua penetrara su vagina, aceleré los movimientos, ella gemía cada vez con más fuerza, empezó a temblar, se arqueó dando un ronco gemido, mi boca se llenó de sus fluidos.

Me abrazó y besaba mi boca diciéndome:

—Amor mío, consigues de mí todo lo que quieres.

—Es que mi deseo de ti es tan fuerte que llega hasta tu alma.

Se dio la vuelta, plegó su cuerpo al mío y puso mis manos en sus pechos, nos venció el sueño.

Lucía me evitaba y Arancha procuraba que no estuviésemos a solas. Teníamos que marcharnos, se habían acabado nuestras vacaciones. Les prometimos a sus padres

que no tardaríamos en volver. Nos besamos y nos abrazamos, Lucía me dio un fugaz beso, Arancha buscó mis ojos, yo bajé mi mirada.

Circulábamos por la carretera de regreso a casa. Ella oprimía su cuerpo contra el mío, sus brazos presionaban mi cintura.

Llegamos al apartamento y me tumbé en la cama.

—Dulce hogar.

—Anda, no tengas cara, ayúdame a deshacer el equipaje.

—Arancha, deja el jodido equipaje y descansemos primero.

Me desperté, las sábanas cubrían mi cuerpo, ella me había quitado los pantalones y las botas. Sentí la ducha, terminé de desnudarme. Abrí la mampara y entré.

—¡Candela, no, no! Déjame ducharme...

Llamé a mi hermano, estaba enfadado, no solo no había ido a verlos, sino que ni siquiera los había llamado. Les dije que tenía pareja, se alegraron mucho. Que cuando tuviera Arancha unos días de vacaciones, nos acercaríamos a verlos.

Mi hermana estaba bien, él seguía con su tratamiento. De la granja no sabía nada.

Pasaron los años sin darnos cuenta. Éramos ya mujeres maduras. Arancha tenía cincuenta y nueve años y yo cincuenta y ocho. Dentro de mi edad seguía vistiéndome en mi línea y haciendo gimnasia.

Daba gracias a Dios por haber puesto a Arancha en mi camino. Había conseguido encontrar trabajo como periodista de prensa del corazón.

Arancha se volvió muy posesiva y celosa.

Una tarde estábamos bromeando, haciéndonos cosquillas y se desplomó, perdiendo el conocimiento. Tuvo que ser ingresada en el hospital donde trabajaba.

Llamé a sus padres. Llegaron acompañados de Lucía, se había quedado con ellos cuidando la finca, no quiso volver a tener pareja. Ricardo y Margarita estaban ya muy mayores.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Margarita angustiada y a punto de llorar. Me abracé a ella llorando.

—No lo sé, no lo sé. Están con ella sus compañeros.

Lucía me abrazó.

—Vamos, Candela, no te vengas abajo.

Entraron cuatro médicos, conocía a dos de ellos.

—Candela, Arancha nos ha dicho que no te lo dijéramos. Ella es médica y no le hemos podido obviar nada, Creemos que, como pareja suya, debes saberlo, entre otros motivos, porque no podéis hacer sexo.

—A mí el sexo no me importa si a ella le va a hacer daño. Solo la quiero a ella —dije con furia.

No sabían cómo continuar, habían percibido mi agresividad. Uno de ellos me ofreció una pastilla.

—Candela, ¿por qué no te la tomas?

—No quiero, no quiero ni una puta pastilla. —Estaba perdiendo el control, presentía que el diagnóstico no sería bueno.

Uno de ellos me agarró por el hombro.

—Vamos, Candela, tranquilízate, no querrás que ella te vea de esta forma.

Los miré desafiante, el más joven carraspeó y empezó a hablar.

—Tiene una lesión grave de corazón, no tiene operación, no sabemos cuánto...

Sentí que la ira me invadía, me fui hacia él e intenté cogerle por el cuello.

—Hijo de puta, lo que ocurre es que no le has hecho las pruebas suficientes; ella no se ha sentido mal nunca.

No eran capaces de barajarme ni con el ayudante de seguridad.

Sentí náuseas, estaba mareada. Me tenían acostada en una cama. Los padres de Arancha y Lucía estaban conmigo.

—¿Qué ha pasado?

Lucía se acercó a mí.

—Candela, ¿cómo te encuentras?

La agarré por los hombros.

—Dime que ha sido un sueño, por Dios, ¡dímelo!

Se le saltaron las lágrimas y no me contestó. Volví mi cara hacia la ventana.

Margarita se acercó y me abrazó.

—Candela, debes ser fuerte, ella lo necesita y no querrá verte sufrir. Por Dios, Candela, tenemos que entrar a verla, ha preguntado por ti varias veces.

Me incorporé, todo me daba vueltas. Entró Laura, era enfermera, la conocía por Arancha.

—Vamos, Candela, te creíamos más fuerte. Tómate esta pastilla, te encontrarás mejor.

—Lo siento, lo siento, os pido disculpas a todos, perdí la cabeza.

—No te preocupes, suele pasar cuando damos ciertos diagnósticos, aunque no solemos luchar con la fuerza con la que tú actuaste.

Entramos en la habitación, estaba rodeada de médicos. Se apartaron al vernos. Ella nos sonrió.

—¿Qué has hecho, Candela, amor mío?

Me arrodillé y recosté mi cabeza en su cama, ella me acarició el pelo. Quería contener mis lágrimas, pero no pude.

Nadie se atrevió a comentar su enfermedad, ella tampoco.

Le dieron el alta, le pusieron un tratamiento y revisiones cada mes.

Sus padres nos dijeron que nos fuésemos con ellos una temporada al campo o a su casa de Segovia.

—No, papá, Candela tiene que trabajar y, además, habría que mover mucho papeleo.

—No, por mí no, no voy a trabajar más.



—¿Cómo? De eso nada, tú irás a trabajar, con lo que luchaste para encontrar trabajo.

—Arancha, no voy a trabajar, tú sabes que soy muy cabezona. Siempre me has dicho que tenías dinero suficiente para mantenernos a las dos.

—Tiene razón, Arancha, déjala que no trabaje si no quiere —dijo Ricardo.

—Papá, tú no la conoces, ha estado al borde de la desesperación cuando no encontraba trabajo —se le saltaron las lágrimas—, lo hace solo por mí.

La abracé.

—No llores, por Dios, Arancha, no te disgustes, haré lo que tú quieras.

Dejé el trabajo, sabía que podía ocurrir en cualquier momento. Su lesión era una valvulopatía aórtica, no tenía operación, tenía una dilatación importante y las contracciones del corazón le habían dañado.

No podía soportar ver su cuerpo, acostarme cada noche a su lado, que sus brazos me rodearan, sentir su calor y no poder tocarla, abrazarla, amarla. Me sentía rota por dentro, sabía que podía perderla y no volvería a verla jamás. Había noches que tenía que levantarme, el dolor oprimía mi pecho, otras sentía que el deseo me invadía haciendo temblar mis manos, tenía que irme a la ducha a masturbarme.

Pedí ayuda psicológica para que me bajaron la libido, a sus compañeros. Me haría un seguimiento una psiquiatra llamada Aroa.

Una noche sentí que su cuerpo no se tranquilizaba. La tenía abrazada.

—¿Qué ocurre, mi amor? —pregunté.

—¿te has puesto el tratamiento para bajarte la libido, verdad?

—Arancha, son mis cosas.

—Yo no puedo más, amor mío, hazme el amor.

—Sabes que no...

—Prefiero morirme, por favor, por favor.

Le acaricié sus pechos, era lo que más le gustaba, su cuerpo tembló y gimió, no quise tocarla más, rocé su pubis y acaricié suavemente su clítoris, gimió profundamente y sentí cómo llegaba al orgasmo. El haber tardado tanto tiempo en hacer sexo la tenía más sensibilizada.

Me presioné el clítoris con su muslo y llegué al orgasmo.

Me abrazó, sentí cómo respiraba con dificultad, la incorporé.

—Por favor, Candela, dame unas pastillas rosas que tengo en la mesilla.

Fui a la cocina y le traje agua, me senté en la cama y la rodeé con mis brazos, poco a poco su respiración se hizo más sosegada. Me miró a los ojos.

—No me sueltes, amor mío.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Sentía cómo el dolor me desgarraba por dentro, quería gritar, no podía.

—Si lloras, soy capaz de matarme, Arancha, te lo juro.

Se fue tranquilizando y se durmió en mis brazos.

Aceptamos nuestro destino, las revisiones solo demostraban su deterioro, los médicos suavemente intentaban enmascararlo; ella era médica y yo no era tonta.

Cada día la quería más, era como si la necesitase hasta para respirar. Veía su extrema delgadez, no quería recordar sus curvas ni sus pechos. Adoraba su cuerpo tal y como estaba. Su cara iba mostrando la huella de la enfermedad.

Yo estaba más delgada, tenía unas ojeras oscuras que le quitaban brillo a mis ojos.

Sus padres vinieron a visitarnos. Margarita no pudo evitar hacer un gesto de dolor al vernos. Dijeron que esta vez no aceptarían excusas, nos iríamos al campo, el sol y el aire nos vendrían bien.

Nos fuimos con ellos a la finca, tenía la esperanza de que nuestros cuerpos adquiriesen un aspecto más saludable.

Arancha ya se cansaba al andar. La cogía en brazos, bromeaba con ella para quitarle importancia. Ella sonreía y besaba mi boca, no se atrevía a más.

Una tarde me dijo.

—Me has hecho la mujer más feliz del mundo, amor mío, desde el primer día que hicimos el amor supe que no podría dejar de amarte, ni vivir sin ti. Donde quiera que esté, te estaré siempre esperando.

Los días pasaban lentamente, su padre hablaba muy poco, su mirada expresaba una infinita tristeza, su madre y su hermana intentaban bromear, la abrazaban mucho y permanecían a nuestro lado con nuestros silencios.

Una mañana al despertarme sentí la frialdad de su cuerpo, la muerte se la llevó. Me levanté y fui a la cocina, cogí una botella de cristal y la rompí, tomé unos de los trozos, volví a la cama, corté las venas de mis muñecas, viendo cómo manaba mi sangre la rodeé por última vez con mis brazos.

Abrí los ojos, me encontraba en el hospital, Lucía estaba sentada al lado de mi cama. No le di tiempo a reaccionar, de un tirón me quité los tubos que tenía puestos e intenté arrancarme las vendas de mis muñecas.

Ella tocó el timbre.

—Por Dios, Candela, estate quieta, me estás asustando.

Entraron dos enfermeras y un guardia de seguridad. Me sujetaron y me pusieron una inyección, me fui durmiendo poco a poco.

Escuchaba cómo hablaban los médicos con Lucía y su padre. Al ver que había abierto los ojos se acercaron.

Ricardo me habló.

—Candela, ¿tú crees que a mi hija le hubiese gustado verte en este estado?

No tenía fuerzas ni para llorar, me quedé en silencio.

—Candela, si no pones de tu parte, te tendremos que ingresar en un hospital psiquiátrico —dijo uno de los médicos.

Ricardo intervino.

—No, por Dios, se vendrá con nosotros.

—No puede ser en las condiciones en las que está.

Me llevaron al hospital psiquiátrico.

Había perdido el contacto con mis hermanos, solo nos felicitábamos las fiestas de Navidad, unas veces por una cosa y otras porque mis vacaciones no coincidían con las de Arancha; no la llevé para que la hubieran conocido.

Una mañana Ricardo me dijo que por qué no le decía a mis hermanos lo que me pasaba, yo no quería contárselo por miedo a su reacción, ellos suponían que me encontraba bien y a Francisco se le había agravado su lesión de corazón y a mi hermana le habían diagnosticado una diabetes.

Seguían viniendo a verme los padres de Arancha y su hermana, yo creo que me cogieron cariño.

Una tarde, mirando por la ventana, veía a los enfermos pasear por los jardines del hospital, la puerta se abrió y apareció Lucía.

—Candela, qué alegría que estés levantada.

Me abrazó, la sonreí.

—Llevo varios días levantándome, me encuentro mucho mejor.

—Cuando te den el alta, debes venirte con nosotros a la finca.

—No saldré nunca de aquí, tendré etapas mejores y peores, yo ya estoy muerta.

Mis manos nunca volverán a acariciar como la acariciaban a ella, ni de las yemas de mis dedos fluirá la energía que se transformaba en sensaciones y se introducían en su cuerpo. Mis ojos no volverán a ver la profundidad de la vida, ni mi cuerpo sentirá los placeres del amor que salen del corazón. La muerte me ha penetrado, está dentro de mí. Lo que me hace vivir son los latidos de un corazón que ya no tiene sentimientos. El caballero templario que le juró amor hasta la eternidad y que nunca la abandonaría enfundará su espada, montará a la grupa de la muerte y volará hasta su amada.

Seguí apoyada en los cristales de la ventana, solo se oían los sollozos de Lucía.

Aroa pidió permiso al hospital para seguir llevando mi historial clínico y se lo concedieron.

Venía a verme los lunes y viernes. Intentaba luchar contra mi mente, llegar a sus profundidades para sacar mis demonios, yo no la dejaba.

Ella a veces sonreía y me decía:

—Eres imposible, Candela, no dejas que llegue a ti.

—No quiero, podría asustarte —le decía sonriendo.

—¿Por qué no escribes tu historia? Redactas muy bien, he leído tu escrito, el que ganó el certamen.

Sentí una punzada en el pecho, Aroa seguía hablando.

—Candela, somos adultas, sabemos que la muerte existe.

—Sí, la muerte existe y todos la sentiremos en nuestros cuerpos, lo doloroso es cuando esa muerte se lleva a lo que más quieres en esta vida, más que a ti misma. Te miras al espejo, pareces verla a ella, no es ella, eres tú, te das cuenta de que nunca jamás volverás a verla ni a tocar la suavidad de su piel, ni sentir el placer de sus besos, ni su risa, ni...

Rompí a llorar.

—Por Dios, Candela, cálmate.

Me iba recuperando lentamente, salía a pasear por los jardines del hospital. Ricardo y Margarita insistían en que en cuanto me encontrara bien, me iría con ellos a la finca. Lucía era la que más contenta estaba.

Estábamos una tarde Aroa y yo sentadas en un banco en el jardín y me preguntó:

—Candela, ¿qué sientes?

—No siento nada, todo me da igual, es como si mi cuerpo estuviera vacío, hueco y solo sonara el latir de un corazón cansado, viejo.

Vi sombras en sus ojos, me eché a reír.

—No te preocupes, no voy a suicidarme.

Aroa me obligaba a hacer natación y gimnasia. Para picarme me decía:

—Candela, ¿no te duele perder las líneas de tu cuerpo, tu fuerza?

Empecé a bromear, a reírme, no quería que sufriera, sabía cómo contestar a sus preguntas y hacerle creer que mejoraba. Veía la ilusión en sus ojos y ciertos sentimientos que no quería descifrar.

Se acercaba el fin de semana.

—¿Te gustaría salir este fin de semana? —me preguntó Aroa.

—Sí.

—¿Dónde irías?

—A la montaña —dije con optimismo.

—Te voy a conceder el alta momentáneamente, solo para este fin de semana.

*Aroa, me paro aquí. Si algo me ocurriera, no te sientas culpable, has sido muy buena conmigo como profesional y como persona, te doy las gracias desde lo más profundo de mi alma. No has apreciado mi inteligencia, es broma. He conocido a muchas personas, he leído mucho, por eso puedo decirte que no actuamos por nosotros mismos, es el destino el que tiene predestinadas nuestras vidas.*

*Una vez me preguntaste en lo que sentía y ahora te digo lo que siento, siento su risa, su boca en la mía, el calor de su piel, sus manos acariciándome suavemente, sus ojos buscando los míos, cómo sus dedos se introducían en mi pelo, su cuerpo, cuando mis manos quieren tocarlo se deshace en miles de cristales que se clavan en mi alma. Eso es lo que siento.*

*Aroa, acuérdate de vez en cuando de mí y reza una oración por mi alma.*

*Recuerda y ten presente que cuando el fuego del amor penetra con tanta fuerza entre dos personas, ni la muerte puede separarlas.*

*Te dejo mis escritos, había noches enteras que me pasaba escribiendo para dejarte hasta el último soplo de mi vida en ellos. Sé que harás con ellos lo que para mí será mejor.*

*Por favor, diles a Margarita y Ricardo que les quiero y que les estuve siempre agradecida. A Lucía, mi querida Lucía, dile que luche por su vida, que remonte y nos recuerde a su hermana y a mí como ejemplo de lo que ella se merece tener.*

*A mis hermanos que me perdonen, que los he querido mucho, aunque no supe demostrarlo.*

*Besos.*

*Candela*

*Cuando se dirigía a la casa de la montaña, su moto se estrelló contra los quitamiedos de la carretera, quedó destrozada, como estaba ella por dentro.*

*Fue una mujer que marcó la vida de cuatro mujeres que la amaron y amó apasionadamente. A la que amó desde sus mismísimas entrañas e incluso desde su alma, fue a Arancha y Arancha se la llevó.*

*Marcó también la mía y sin ser yo una mujer que amase a las mujeres, me enamoré de ella, tenía una especie de influjo, de poder que te llegaba hasta lo más*

*profundo de tu ser. Ahora sé que se dio cuenta de lo que yo sentía. Como me pidió, no la olvidaré nunca. Rezaré siempre por ti, Candela, amor.*

*Estuvieron en su entierro Alejandra y Mirian, sé que ellas eran porque Candela me las describió cierto día cuando hablábamos de su pasado. Se habían enterado del accidente por las noticias.*

*Preguntaron si había sufrido mucho, les dije la verdad, que había sufrido hasta el borde de la locura sin entrar en ella. Se les saltaron las lágrimas, ninguna comentó nada y se marcharon.*

*Vinieron, realmente se los puede nombrar como sus suegros y su cuñada. Lloraron mucho, sobre todo Lucía, su cara mostraba el sufrimiento que padecía, creo que ella también se enamoró de Candela.*

*Sus hermanos me escribieron diciendo que sentían mucho no haber podido venir, pero sus enfermedades se lo impidieron.*

*Sentía cierta culpabilidad, pero también consideraba que si una persona al borde de perder la razón no la pierde, tiene derecho a marcar las pautas de su vida.*

*He creído que debería publicar esta historia, está llena de pasiones, de amores y es prueba de que cuando te lo propones puedes llegar a conseguir tus sueños.*

*Pero hay algo con lo que no contamos nunca, no somos dueños de nuestras vidas y pueden sernos arrancadas de cuajo.*

*Candela, donde quieras que estés, le pido a Dios que deje descansar tu alma en paz. Adiós, amor.*

*Aroa*